REMOTE STORAGE
860.82
Sp24
v.512
512:1

MIMI PINSON

EL HIJO DE TICIANO
EL LUNAR
FEDERICO Y BERNERETTE

POR

ALFRED DE MUSSET

TRADUCCIÓN DE

FRANCISCO CASANOVAS

ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS POR

GASPAR CAMPS

SEGUNDA EDICIÓN

F. GRANADA Y C.ª, EDITORES

344, DIPUTACIÓN, 344
BARCELONA

MESONERO ROMANOS, 10
MADRID

Tip. El Anuario.—Diputación, 344.—F. Granada y C.ª
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE*)*

ÍNDICE

	Págs.
Mimi Pinson	7
El hijo de Ticiano	45
El lunar	97
Federico y Bernerette	139

PERFIL DE GRISETA

Entre los estudiantes que el año pasado seguían los cursos de la Escuela de Medicina, había un joven llamado Eugenio Aubert. Era un muchacho de buena familia, que tenía apenas diez y nueve años. Sus padres vivían en provincia, y le pasaban una modesta pensión, que le bastaba para sus necesidades. Llevaba vida tranquila, y tenía fama de sumamente afectuoso. Sus camaradas le querían; bueno y servicial, tenía siempre á su disposición su generosa mano y su corazón abierto. El único defecto que se le criticaba era una singular inclinación á vivir abstraído y solitario, y una reserva tan excesiva en sus palabras y sus mínimas acciones, que le habían puesto el epíteto de *la Niña*, epíteto del que, por otra parte, se reía él mismo, y al que sus amigos no le daban alcance ofensivo, sabiendo que era, á la ocurrencia, tan hombre como cualquiera; pero su conducta justificaba algo aquel sobrenombre, sobre todo por lo mucho que contrastaba con las costumbres de sus compañeros. Mientras se tratase de trabajo, era el primero en poner manos á la obra; pero si se trataba de una partida de campo, de una comida en el Molino de Manteca, ó de una contradanza en la Cabaña, la *Niña* meneaba la cabeza y se encaramaba á su cuartito amueblado. Cosa casi monstruosa entre los estudiantes: Eugenio no sólo no tenía querida, aun cuando su edad y su semblante hubieran podido valerle algu-

nos éxitos, sino que ni siquiera le habían visto en el mostrador de una griseta, galanteándola, costumbre inmemorial en el barrio Latino. Las bellezas que pueblan el Monte de Santa Genoveva y se reparten los amores de las escuelas, le inspiraban una especie de repugnancia que llegaba á la aversión. Mirábalas como una especie aparte, peligrosa, ingrata y depravada; nacida para distribuir aquí y allá el mal y la desgracia á cambio de unos pocos placeres. «Guardaos de aquellas mujeres — decía: — son muñecas de hierro candente». Por desgracia abundaban los ejemplos para justificar el odio que le inspiraban. Las riñas, los desórdenes, algunas veces hasta la ruina que envolvían á aquellas pasajeras relaciones, tan aparentemente dichosas por fuera, ocurrían diariamente así en el año pasado como en el presente, y probablemente como en el año próximo.

No hay que decir si los amigos de Eugenio se burlarían de continuo de su moral y sus escrúpulos: — ¿Qué te propones? — le preguntaba con frecuencia uno de sus compañeros, que se llamaba Marcelo, y no ocultaba su afición á la vida alegre; — ¿qué significa una falta ó un accidente que por una vez produzca la casualidad?

— Que hay que abstenerse — respondía Eugenio, — para que no nos suceda por segunda vez.

— Tu razonamiento es falso — replicaba Marcelo, — y cae como un castillo de naipes al más ligero soplo. ¿Qué es lo que puede preocuparte? Uno de nosotros pierde al juego; ¿es motivo suficiente para hacerse fraile? Uno se queda sin un céntimo, el otro bebe agua fresca; ¿pierde Elisa por ello el apetito? ¿De quién es la culpa si el vecino lleva su reloj al Monte de Piedad para ir á romperse un brazo en Montmorency? La vecina no por eso queda manca. Te bates por Rosalía y te dan una estocada; ella te vuelve la espalda, nada más sencillo; ¿pero su talle pierde en elegancia? Pequeños inconvenientes de que está sembrada la vida, aunque son más raros de lo que imaginamos. Repara

CAMPS

los domingos, cuando hace buen tiempo, ¡cuántas parejas de amigos en los cafés, paseos y tabernas! Considera esos ómnibus llenos, atiborrados de grisetas, que se van á Ranelagh ó á Belleville. Cuenta lo que sale, únicamente un día de fiesta, del barrio de San Jaime: los batallones de modistas, los ejércitos de planchadoras, las nubes de estanqueras; todo eso se divierte, todo tiene sus amores, todo cae en los alrededores de París, bajo los campestres emparrados, como bandadas de gorriones. Si llueve, se van al teatro de melodrama á comer naranjas y á llorar; porque comen mucho, sin duda, y lloran con facilidad; lo que prueba que tienen buen genio. ¿Pero qué daño causan esas pobres muchachas, que han cosido, hilvanado, bordado, picado y remendado durante toda la semana, predicando con el ejemplo, los domingos, el olvido de los males y el amor al prójimo? ¿Y qué mejor puede hacer un hombre honrado que, por su parte, acaba de pasar ocho días disecando cosas poco agradables, que despejar la vista contemplando un semblante fresco, una pierna torneada, y la hermosa naturaleza?

— ¡Sepulcros blancos! — decía Eugenio.

— Yo digo y mantengo — proseguía Marcelo — que se puede y se debe elogiar á las grisetas, y que son buenas usándolas con moderación. Primeramente, son virtuosas, porque pasan el día confeccionando las prendas más indispensables al pudor y á la modestia; en segundo lugar, son honradas, porque no hay dueña de establecimiento ó quien sea que no recomiende á sus muchachas que hablen á todo el mundo con propiedad; en tercer lugar, son cuidadosas y limpias, atendido á que tienen constantemente entre manos ropa blanca y sederías que no pueden ensuciar, so pena de ser mal pagadas; en cuarto lugar, son sinceras, porque beben ratafía; en quinto lugar, son económicas y frugales, porque con mucha dificultad ganan treinta sueldos (1),

(1) El sueldo vale cinco céntimos.

y si hay ocasiones en que se muestran glotonas y malgastadoras, nunca es con su propio dinero; en sexto lugar, son alegres, porque el trabajo que las ocupa es, en general, horriblemente fastidioso, y se menean como el pez en el agua así que han terminado. Otra ventaja que poseen, es que no son importunas, obligadas á pasar su vida clavadas en una silla sin poderse levantar, y por consiguiente no pueden correr detrás de sus amantes como las damas de alto copete. Además, no charlan, porque se ven precisadas á contar los puntos. No gastan gran cosa en calzarse, porque andan poco, ni en perfumería, porque es raro que les abran crédito. Si se las acusa de inconstantes, no es que lean malas novelas ni aun por natural malicia; esto depende del gran número de personas diferentes que pasan por delante de sus tiendas; por otra parte, prueban suficientemente que son capaces de pasiones verdaderas, por la gran cantidad de ellas que se arrojan diariamente al Sena ó por la ventana, ó que se asfixian en sus domicilios. Es verdad que casi nunca ven satisfecha el hambre y la sed, precisamente á causa de su gran temperancia; pero es notorio que saben contentarse, á guisa de desayuno, de un vaso de cerveza y un cigarro; cualidad muy importante que pocas veces se encuentra en el matrimonio. En una palabra, yo sostengo que son buenas, amables, fieles y desinteresadas, y que son dignas de lástima cuando terminan en el hospital.

Casi siempre Marcelo hablaba así en el café después de haberse calentado algo la cabeza; llenaba entonces el vaso de su amigo y le incitaba á beber á la salud de la señorita Pinson, costurera de blanco, vecina de ambos; pero Eugenio tomaba el sombrero, y mientras Marcelo seguía perorando á sus compañeros, desaparecía inadvertidamente.

II

La señorita Pinson no era, en realidad, lo que se llama una mujer bonita. Hay mucha diferencia entre una mujer bonita y una bonita griseta. Si una mujer bonita, reconocida por tal, se pusiera una cofia, un vestido de indiana y un delantal de seda, su vestimenta, sin duda, la haría parecer una bonita griseta. Pero si una griseta se emperifolla con un sombrero, una manteleta de terciopelo y una falda de Palmira, no por ello está obligada á ser una mujer bonita; muy al contrario, es probable que tome el aspecto de una percha, y estará en su derecho. La diferencia, pues, consiste en las condiciones en que viven ambos seres, y principalmente en ese pedazo de cartón acanalado, cubierto de seda y llamado sombrero, que las mujeres han juzgado apropósito aplicarse á cada lado de la cabeza, poco más ó menos como las antojeras de los caballos. (Hay que advertir, sin embargo, que las antojeras impiden á los caballos ver hacia los lados, y que el pedazo de cartón no impide absolutamente nada).

Sea lo que quiera, una pequeña cofia autoriza una nariz chata, que, á su vez, requiere una boca bien dibujada, la que necesita bonitos dientes, y una cara redonda por marco. Una cara redonda requiere ojos brillantes, tanto mejores cuanto más negros, y cejas proporcionadas. Los cabellos son *ad libitum*, atendido á que los ojos negros sientan bien á todo. Este conjunto, según puede verse, está lejos de la belleza propiamente dicha. Es lo que se llama una cara graciosa, cara clásica de griseta, que sería tal vez fea debajo del trozo de cartón, pero que la cofia hace con frecuencia encantadora y más linda que la belleza. Así era la señorita Pinson.

Marcelo se había puesto en la cabeza que Eugenio

debía galantear á esa señorita; ¿por qué? no lo sé, como no hubiera otra razón que la de ser adorador de la señorita Celia, amiga íntima de la señorita Pinson. Parecíale cómodo y natural arreglar las cosas á su manera, enamorándose amistosamente. Esa especie de cálculos no son raros, y con mucha frecuencia dan buenos resultados, pues desde que el mundo existe, la ocasión ha sido una de las más poderosas tentaciones. ¿Quién podría decir los acontecimientos felices ó desdichados, los amores, las riñas, las alegrías ó las desesperaciones á que han dado pie dos puertas inmediatas, una escalera secreta, un pasillo, un vidrio roto?

Ciertos caracteres, no obstante, se niegan á esos juegos de azar. Quieren conquistar sus goces, no ganarlos á la lotería, y no se sienten dispuestos á amar porque se hallen al paso con una mujer bonita. Tal era Eugenio, y Marcelo lo sabía; así es que había concebido, desde algún tiempo, un proyecto muy sencillo, que creía maravilloso, y sobre todo infalible para vencer la resistencia de su compañero.

Había resuelto dar una cena, y tomó por justificado pretexto celebrar su propia fiesta. Hizo llevar á su casa dos docenas de botellas de cerveza, un gran trozo de ternera frita con ensalada, un enorme pastel de pato y una botella de champagne. Invitó á dos amigos estudiantes y luego hizo saber á la señorita Celia que aquella noche habría fiesta en la casa y que condujera consigo á la señorita Pinson. No hay cuidado que faltaran. Marcelo pasaba, á justo título, por uno de los cortesanos del barrio Latino, por una de aquellas personas á quienes nada se niega; de modo que apenas acababan de dar las siete y estaban ya las dos grisetas llamando á la puerta del estudiante; la señorita Celia, de falda corta, borceguíes grises y cofia á flores, y la señorita Pinson más modesta, de traje negro, que no dejaba nunca, y que le daba, según decían, un aire español del que se mostraba muy orgullosa. Ambas ignoraban, no hay que decirlo, los secretos proyectos de su anfitrión.

Marcelo no cometió la imprudencia de invitar de antemano á Eugenio; estaba segurísimo de su negativa. Pero cuando ambas señoritas hubiéronse sentado á la mesa, y vaciaron el primer vaso, pidió permiso para ausentarse por algunos instantes á buscar un convidado, y se dirigió á la casa en que vivía Eugenio, hallándole, como de costumbre, absorto en su trabajo, solo, rodeado de sus libros. Después de algunas frases insignificantes, empezó nuevamente á dirigirle las acostumbradas reconvenciones, que se cansaba demasiado, que hacía mal en no distraerse, y acabó proponiéndole un paseo. Algo cansado, en efecto, por haber estudiado todo el día, Eugenio aceptó; y ambos jóvenes salieron juntos, no siendo difícil á Marcelo, después de haber dado algunas vueltas en el Luxemburgo, obligar á su amigo á entrar en su casa.

Las dos grisetas, solas, cansadas probablemente de esperar, empezaron por ponerse con comodidad; quitáronse los chales y las cofias y bailaban cantando una contradanza, no sin honor á las provisiones, de vez en cuando, á manera de ensayo. Brillándoles ya los ojos y con el semblante animado, detuviéronse de buen humor y algo jadeantes, cuando Eugenio las saludó con aire á la vez tímido y sorprendido. Atendido á sus costumbres solitarias, era apenas conocido de ellas; así es que le observaron de pies á cabeza con aquella intrépida curiosidad que es privilegio de su casta; luego reanudaron su canción y su danza, como si tal cosa. El recién llegado, desconcertado á medias; hacía ya algunos pasos hacia atrás, pensando tal vez en retirarse, cuando Marcelo, que había cerrado la puerta, echó ruidosamente la llave encima la mesa.

— ¡Nadie aun! — exclamó. — ¿Pero qué hacen mis amigos? No importa, el salvaje nos pertenece. Señoritas, les presento al joven más virtuoso de Francia y de Navarra, que hace tiempo desea tener el honor de conocerlas á ustedes, y que es, en particular, admirador de la señorita Pinson.

La contradanza volvió á interrumpirse; la señorita Pinson hizo una ligera cortesía, y se puso la cofia.

— ¡Eugenio! — exclamó Marcelo — hoy son mis días; estas dos señoras se han dignado celebrarlos con nosotros. Es verdad que casi te he traído á la fuerza; pero espero que te quedarás de buen grado, oyendo nuestras súplicas. Son sobre poco más ó menos las ocho; podemos fumar aún una pipa para esperar el apetito.

Mientras hablaba, echó una significativa mirada á la señorita Pinson, quien, comprendiéndole en seguida, se inclinó sonriente otra vez, y con voz dulce dijo á Eugenio:

— Sí, señor, se lo rogamos á usted.

En aquel momento, los dos estudiantes invitados por Marcelo llamaron á la puerta. Eugenio vió que no había manera de retroceder sin ponerse en ridículo, y, resignándose, sentóse á la mesa con los demás.

III

La cena fué larga y alegre. Aquellos señoritos, empezando por llenar el cuarto de humo, bebían otro tanto para refrescarse. Las damas hacían el gasto de la conversación, y divertían á la compañía con sus chistes más ó menos picantes á costa de sus amigos y conocidos, y con aventuras más ó menos verídicas aprendidas en las trastiendas. Si la materia carecía de verosimilitud, por lo menos no era estéril. Dos pasantes de procurador, á creerles, habían ganado veinte mil francos jugando sobre fondos españoles, y se los habían comido en seis semanas con dos guanteras. El hijo de uno de los más ricos banqueros de París había ofrecido á una célebre costurera un palco en la Opera y una quinta que ésta había rehusado, prefiriendo estar al cuidado de sus padres y permanecer fiel á un dependiente de *Los dos monos*. Cierto personaje que no

se podía nombrar, y que estaba obligado por su rango á permanecer envuelto en el mayor misterio, hacía visitas de incógnito á una bordadora del pasaje del Puente Nuevo, la cual había sido robada de pronto por orden superior, metida en una silla de posta á media noche con una cartera llena de billetes de banco, y enviada á los Estados Unidos, etc.

— Basta — dijo Marcelo, — ya lo sabemos. Celia improvisa, y en cuanto á la señorita Mimi (así se llamaba la señorita Pinson en la intimidad) sus informes son incompletos. Sus pasantes de procurador sólo ganaron una torsión dando vueltas por las calles; su banquero ha ofrecido una naranja, y su bordadora está tan lejos de los Estados Unidos, que está visible todos los días, de las doce á las cuatro, en el Hospital de la Caridad, donde ha tomado un cuarto á consecuencia de la falta de comestibles.

Eugenio estaba sentado al lado de la señorita Pinson. Al oir la última palabra, pronunciada con entera indiferencia, parecióle observar que palidecía. Pero, casi en seguida, se levantó, encendió un cigarrillo, y exclamó con deliberada intención:

— ¡Cállese usted á su vez! Pido la palabra. Puesto que el señor Marcelo no cree en fábulas, voy á contar una historia verdadera, *et quorum pars magna fui.*

— ¿Habla usted latín? — dijo Eugenio.

— Ya lo ve usted — respondió la señorita Pinson; — esta sentencia la aprendí de mi tío, que sirvió con el gran Napoleón, y que no dejó de decirla una vez, antes de explicar una batalla. Si ignora usted lo que esas palabras significan, lo sabrá de balde. Quieren decir: «Os doy mi palabra de honor».

Sepan ustedes, pues, que la semana pasada fuimos con dos amigas, Blanca y Bermejuela, al Odeón, á ver una tragedia. Bermejuela, como ya saben, acaba de perder á su abuela, de quien heredó cuatrocientos francos. Habíamos tomado un palco de platea; en el patio había tres estudiantes; se fijaron en nosotras, y á

pretexto de que estábamos solas, nos invitaron á cenar.

— ¿Sin más ni más? — preguntó Marcelo. — Y ustedes rehusaron, por supuesto.

— No, señor — contestó la señorita Pinson; — aceptamos, y en el entreacto, sin esperar la terminación de la obra, nos marchamos á casa Viot.

— ¿Con sus caballeros?

— Con nuestros caballeros. El camarero empezó, se comprende, por decirnos que no había nada; pero su inconveniencia no por eso nos detuvo. Ordenamos que se buscara donde hubiese, de qué comer. Bermejuela tomó la pluma y combinó un festín de boda: langostinos, tortilla en dulce, croquetas, mejillones, huevos á la nieve, lo mejor que hay en el mundo de las cazuelas. Nuestros desconocidos, á decir verdad, ponian cara triste.

— ¡Ya lo creo, vive Dios! — exclamó Marcelo.

— No nos pasó inadvertido. Así que nos sirvieron empezamos á hacer las melindrosas. No encontrábamos nada bueno, todo nos disgustaba. Apenas se tocaba un plato, lo mandábamos quitar para que nos trajeran otro. — Mozo, llévese esto; — esto es muy malo; — ¿dónde habrán tomado estas porquerías? — Nuestros desconocidos deseaban comer, pero no les fué posible. En una palabra, cenamos igual que comía Sancho, y la cólera nos llevó hasta á romper algunos utensilios.

— ¡No está mal! ¿Y cómo se pagaba?

— Esta es, precisamente, la pregunta que se dirigían los tres desconocidos. Según la conversación que sostuvieron en voz baja, uno de ellos nos pareció que poseía seis francos, el otro infinitamente menos, y el tercero sólo tenía su reloj, que sacó generosamente del bolsillo. En tal contingencia, los tres desdichados se presentaron al mostrador, con objeto de obtener una prórroga. ¿Y qué les parece á ustedes que les respondieron?

— Supongo — objetó Marcelo — que se los quedaron en rehenes, y que los llevaron al cuartelillo.

— Se equivoca usted — dijo la señorita Pinson.— Antes de subir al gabinete, Bermejuela había tomado sus medidas, pagando todo el gasto por anticipado. Imaginen ustedes qué golpe de efecto, al contestarles Viot: — ¡Señores, todo está pagado! — Nuestros desconocidos nos miraron con una estupefacción mezcla de temor y de agradecimiento. Nosotras, mientras tanto, bajamos haciéndonos las desentendidas, y mandamos á buscar un coche. — Querida marquesa — me dijo Bermejuela, — hay que acompañar á estos señores á sus casas. — Con mucho gusto, querida condesa — respondí.— Nuestros pobres amantes no sabían sacarse las palabras de la boca. Digo ¡si estarían avergonzados! Rehusaban nuestra cortesía, no querían que les acompañáramos, y se negaban á dar su dirección... ¡Ya lo creo! ¡Estaban convencidos de que tenían que habérselas con damas del gran mundo, y vivían en la calle de las Angustias!...

Los dos estudiantes, amigos de Marcelo, que hasta entonces no habían hecho gran cosa más que fumar y beber en silencio, mostrábanse poco satisfechos de aquella historia. Obscureciéronse sus semblantes; tal vez conocían tan bien como la señorita Pinson los detalles de aquella malaventurada cena, porque le dirigieron una inquieta mirada cuando Marcelo dijo riendo:

— Nombre usted á los incógnitos, señorita Mimi. Y puesto que ocurrió la última semana, no habrá inconveniente.

— Nunca, señores — dijo la griseta. — Se puede poner en ridículo á un hombre, pero estropear su carrera ¡jamás!

— Tiene usted razón — dijo Eugenio, — y en esto obra más cuerdamente, quizás, de lo que imagina. De todos los muchachos que pueblan las escuelas, casi no hay uno solo que no tenga sobre su conciencia alguna falta ó alguna locura, y sin embargo, de allí sale lo más dis-

tinguido y respetable de Francia; médicos, magistrados...

— Sí — confirmó Marcelo, — es la verdad. Hay pares de Francia en embrión que comen en casa Flicoteaux, y que no siempre tienen con qué pagar la lista. Pero — añadió guiñando el ojo — ¿no ha vuelto usted á ver á sus desconocidos?

— ¿Por quién nos toma usted? — respondió Mimi con seriedad y casi ofendida. — ¿No conoce usted á Blanca y á Bermejuela? Y puede suponer que yo misma...

— Esta bien — dijo Marcelo; — no se enfade usted. Pero no deja de ser una curiosa aventura. Tres locuelas que no tenían quizás con qué comer al día siguiente, y que tiran el dinero por la ventana por gusto de mortificar á tres pobres diablos que no podían con su alma.

— ¿Por qué nos invitaban á cenar? — respondió Mimi.

IV

Con el pastel apareció en toda su gloria la única botella de champagne que debía componer los postres. Con el vino se habló de canciones. — Veo — dijo Marcelo, — como dice Cervantes, que Celia tose; lo que significa que quiere cantar. Pero, si á estos señores les parece bien, estando la fiesta dedicada á mí, he de rogar á la señorita Mimi, si no la ha puesto ronca su anécdota, que nos honre con una copla. Eugenio — prosiguió, — sé galante, choca con tu vecina y pídele una copla para mí.

Eugenio se puso encarnado y obedeció. Y así como la señorita Pinson no se había desdeñado de hacerlo para obligarle á él á quedarse, se inclinó y le dijo con timidez: — Sí, señorita, yo se lo ruego.

Al mismo tiempo levantó su copa y tocó la de la griseta. De aquel ligero choque se desprendió un soni-

do claro y argentino; la señorita Pinson cazó aquella nota al vuelo, y con pura y fresca voz la sostuvo largo rato en cadencia.

— Vamos — dijo, — consiento, porque mi copa me ha dado el *la*. Pero ¿qué quieren que cante? No soy gazmoña, se lo prevengo, pero no sé canciones de cuerpo de guardia. ¡No quiero envilecer mi memoria!

— No hay que decirlo — dijo Marcelo; — es usted una virtud; siga su camino, las opiniones son libres.

— Pues bien — prosiguió la señorita Pinson, — voy á cantar algunas coplas dedicadas á mí.

— ¡Atención! ¿Y el autor?

— Mis compañeras de almacén. Trátase de poesía hecha al pespunte; reclamo, pues, la indulgencia.

— ¿Tiene estribillo la canción?

— Sin duda, ¡vaya una pregunta!

— En este caso — dijo Marcelo, — pongamos mano á los cuchillos y cuando llegue el estribillo, golpeemos, pero procuremos llevar el compás. Celia puede abstenerse, si lo desea.

— ¿Por qué, mal hombre ?— preguntó Celia colérica.

— Por nada — respondió Marcelo; — pero si quiere usted ser de la partida, tome, golpee con un tapón; esto ofrecerá menos inconvenientes para nuestros oídos y para sus blancas manos.

Marcelo colocó en redondo las copas y los platos, y se sentó en medio de la mesa con su cuchillo en mano. Los dos estudiantes de la cena de Bermejuela, algo reanimados, sacaron el tubo de sus pipas para golpear con ellos las copas; Eugenio estaba abstraído, Celia estaba de mal humor. La señorita Pinson tomó un plato é hizo muestra de quererlo romper, á lo que asintiendo Marcelo con un gesto, la cantadora tomó los pedazos para hacerse unas castañuelas, y empezó así las coplas que sus compañeras habían compuesto, excusándose antes de las alabanzas que contenían dirigidas á ella.

Mimi Pinson, la modistilla
Es rubia como un serafín;
Tiene una cofia muy sencilla,
Tralaralira
Y un solo traje de satín.
Más tiene el Turco en su alacena.
Pero Dios quiso en su intención
Que fuese buena...
Nunca se empeña ni enajena
La falda de Mimi Pinson.

Mimi Pinson lleva una rosa,
Flor entreabierta en su interior;
Y es esa flor pura y hermosa
Tralaralira
Su inagotable buen humor.
Cuando la excita alegre cena
Da rienda suelta á la canción
Libre y amena...
Mas siempre yérguese serena
La cofia de Mimi Pinson.

Es muy difícil su conquista;
Los estudiantes en tropel
Acuden todos á su vista
Tralaralira
Como las moscas á la miel.
Tratando á todos con agrado
Mimi les da mejor lección
Que un abogado.
No haya temor que salga ajado
El traje de Mimi Pinson.

Puede Mimi seguir soltera,
Es su derecho natural;
Y vivir siendo costurera
Tralaralira
Mientras tener pueda el dedal.

Quien la pretenda, de contado,
Ha de mostrar buen corazón,
Ser hombre honrado;
Pues no se inclina á ningún lado
La cofia de Mimi Pinson.

Si alguien la frente le ciñera
Con la corona de azahar,
En justo cambio, ella le diera
Tralaralira
Algo muy digno de estimar.
No es una joya peregrina
Ni aristocrático blasón,
¡Ya se adivina!
Mas guarda en sí una perla fina
El traje de Mimi Pinson.

Los cuchillos y las pipas, y hasta las sillas, acompañaron con el ruido consiguiente el final de cada estrofa. Las copas bailaban con la mesa, y las botellas, medio vacías, se balanceaban alegremente chocando de hombros.

— ¿Son amigas suyas las que han compuesto esta canción? — dijo Marcelo; — parece hecha por una perfumista, sabe demasiado á almizcle. ¡Prefiero las canciones en que se dicen las cosas claras!

Y entonó con voz fuerte:

Aun no tenía Anita quince años...

— ¡Basta, basta! — exclamó la señorita Pinson; — será mejor que bailemos. ¿Hay por aquí algún músico?

— Tengo lo que hace falta — respondió Marcelo, — una guitarra; pero — prosiguió descolgando el instrumento, — mi guitarra no tiene lo que le hace falta, está calva de tres cuerdas.

— ¡Aquí hay un piano! — dijo Celia; — Marcelo nos hará bailar.

Marcelo lanzó á su amante una mirada tan iracunda como si le hubiera acusado de un crimen. No hay duda que conocía bastante el mecanismo para tocar una contradanza; pero para él, como para muchos otros, era una especie de tortura á la que se sometía de mala gana. Celia, al denunciarle, se vengaba de lo del tapón.

— ¿Estás loca? — dijo Marcelo; — ya sabes que este piano está aquí por pura apariencia, y que sólo tú lo maltratas, bien lo sabe Dios. ¿De dónde has sacado que yo sepa tocar bailes? No sé más que la *Marsellesa*, y aun con un solo dedo. Si lo pidieras á Eugenio, enhorabuena; ¡éste sí que lo entiende! Pero no quiero incomodarle hasta este punto, me guardaré muy bien. Sólo tú eres bastante indiscreta para hacer estas cosas sin encomendarte á Dios ni al diablo.

Eugenio se puso colorado por tercera vez y se dispuso á hacer lo que le pedían con tan buenos modos y tan indirectamente. Sentóse, pues, al piano y se organizó un sarao.

Duró casi tanto como la cena. Después de la contradanza, siguió un *wals;* después del *wals*, el *galop*, porque aun se galopa en el barrio Latino. Las damas, sobre todo, eran incansables, y daban unos saltos y prorrumpían en tan sonoras carcajadas, que eran capaces de despertar á todo el vecindario. Doblemente cansado por el ruido y por la larga velada, no tardó Eugenio en caer en una especie de modorra, y tocaba maquinalmente, como los postillones que duermen á caballo. Las bailadorás pasaban y traspasaban ante él como fantasmas de un sueño; y como no hay nada tan lógicamente triste como ver reir á los demás, la melancolía, que le aquejaba con frecuencia, no tardó en apoderarse de él. — Triste alegría — pensaba, — ¡miserables placeres! ¡instantes robados, según creen, al dolor! ¿Quién sabe cuál de las cinco personas que saltan con tanta alegría delante de mí está segura, según decía Marcelo, de comer mañana?

Mientras estaba reflexionando así, pasó por su lado

la señorita Pinson, y le pareció que, sin dejar de bailar, tomaba á hurtadillas un pedazo de pastel que había quedado encima de la mesa, y lo metía discretamente en el bolsillo.

V

Empezaba á alborear cuando la compañía se separó. Antes de volver á su casa, Eugenio se paseó por las calles para respirar el aire fresco de la mañana. Absorto siempre en sus tristes pensamientos, iba repitiendo en voz baja y á su pesar, la canción de la griseta:

Tiene una cofia muy sencilla
y un solo traje de satín.

— ¿Será posible? — se preguntaba. — ¿Puede la miseria llegar hasta ese punto, mostrarse tan abiertamente, burlarse de sí misma? ¿Puede ser cosa de risa la carencia de pan?

El pedazo de pastel que se había llevado, era un indicio que no dejaba lugar á dudas. Eugenio no podía abstenerse de sonreir, sintiéndose al propio tiempo conmovido. — Sin embargo, seguía pensando, — no ha tomado pan, sino pastel; tal vez sea por golosina. ¿Quién sabe? Tal vez quiera regalarlo al hijo de alguna vecina, tal vez á una portera chismosa, que explicaría que ha pasado la noche fuera de casa; un cancerbero á quien hay que lisonjear.

Sin fijarse por donde iba, Eugenio se había introducido por casualidad en aquel laberinto de callejuelas que hay detrás de la encrucijada de Bucy, por las que apenas pasa un coche. Iba ya á retroceder, cuando una mujer, envuelta en un mal peinador, con la cabeza descubierta, los cabellos en desorden, pálida y ajada,

salió de una casa. Estaba tan débil, que apenas podía andar; le flaqueaban las rodillas, é iba apoyándose en las paredes como si quisiera dirigirse á una puerta cercana, en la que había un buzón, para echar un billete que llevaba en la mano. Sorprendido é impresionado, Eugenio se acercó á ella, y le preguntó adonde iba, qué buscaba y si podía ayudarla. Al mismo tiempo extendió los brazos para sostenerla, pues iba á caerse. Pero, sin contestarle, la mujer retrocedió con una mezcla de temor y orgullo. Puso el billete sobre un poyo, y como si reuniera todas sus fuerzas: — ¡Allí! — dijo solamente, y arrastrándose otra vez por las paredes, se volvió á su casa. Eugenio intentó en vano ofrecerla el brazo y repetir sus preguntas. Ella entró lentamente en el estrecho y sombrío portal de donde había salido.

Eugenio recogió la carta y anduvo algunos pasos para llevarla al correo, pero se detuvo de pronto. Aquel extraño encuentro le había impresionado tanto, sentíase tan conmovido por una especie de terror mezcla de intensa compasión, que rompió el sello casi involuntariamente. Consideraba indigno é imposible no buscar, por cualquier medio que fuera, la explicación de aquel misterio. Era indudable que aquella mujer estaba moribunda; ¿de enfermedad ó de hambre? En todos casos debía ser de miseria. Eugenio abrió la carta, que llevaba está dirección: «Al señor barón de ***», y contenía lo siguiente:

«Lea usted esta carta, y por piedad no rechace mi súplica. Usted puede salvarme, sólo usted. No me desoiga, sálveme y hará una buena acción que le será recompensada. Acabo de sufrir una cruel enfermedad, que me ha quitado las pocas fuerzas y el ánimo que tenía. Por agosto he de volver al almacén; mis efectos están empeñados desde el último trimestre y tengo casi la certidumbre de que antes del sábado me encontraré sin techo donde guarecerme. Tengo tanto miedo de morirme de hambre, que esta mañana estaba re-

suelta á echarme al río, porque hace veinticuatro horas que no he tomado nada. Pero me he acordado de usted y he concebido alguna esperanza. ¿Verdad que no me he engañado? Caballero, se lo ruego de rodillas, por poco que sea me dejará respirar algunos días aun. ¡Me da miedo morir, y después, no tengo más que veintitrés años! Con poco que me ayudase, tal vez podría llegar á fin de mes. Si se me ocurrieran palabras para excitar su piedad, se las diría, pero nada acude á mi imaginación. Sólo puedo llorar por mi impotencia, porque me temo que hará usted de mi carta lo que se hace cuando se reciben con frecuencia otras semejantes: la rasgará sin pensar que hay una pobre mujer que aguarda las horas y los minutos con la esperanza de que usted piense lo cruel que sería dejarla en la incertidumbre. No creo que la idea de dar un luis, que es tan poca cosa, le detenga á usted, estoy persuadida; así como también me parece cosa fácil doblar su limosna en un papel con la dirección: «Señorita Bertin, calle del Espolón». Me he cambiado el nombre desde que trabajo en los almacenes, porque el mío es el de mi madre. Cuando salga usted de casa lo da al recadero. Esperaré el miércoles y el jueves, y rogaré fervorosamente á Dios que le conmueva.

»Se me ocurre que no creerá usted en tanta miseria; pero si me viese se convencería.

»BERMEJUELA.»

Si Eugenio se había impresionado al leer estas líneas, no hay que decir cuánto aumentaría su sorpresa al ver la firma. ¡Tratábase, pues, de la misma muchacha que había gastado locamente su dinero en inútiles placeres, é imaginado aquella ridícula cena contada por la señorita Pinson, y á quien la desdicha condenaba á tales sufrimientos y á semejante súplica! Tanta imprevidencia y necedad parecíanle á Eugenio increíble sueño. Pero no había duda, la firma era aquella; y la señorita Pinson en el transcurso de la velada había

pronunciado el nombre de guerra de su amiga Bermejuela, convertida en señorita Bertin. ¿Cómo es que se encontraba de pronto abandonada, sin socorro, sin pan, casi sin asilo? ¿Qué hacían sus amigas de la víspera, mientras tal vez expiraba en alguna buhardilla de aquella casa? ¿Y cómo sería aquella casa, donde se podía morir sin auxilio de nadie?

El momento no era oportuno para hacer conjeturas; lo que más convenía era socorrer el hambre de aquella mujer.

Eugenio empezó por entrar en un restaurant que acababa de abrir sus puertas, y compró lo que pudo encontrar. Hecho esto, se encaminó, seguido por el mozo, hacia la casa de Bermejuela; pero sentía un cierto embarazo en presentarse de aquel modo tan brusco. El orgullo que había mostrado aquella muchacha le hacía temer, si no una negativa, al menos un ímpetu de susceptibilidad; ¿cómo enterarla de que había leído su carta?

Cuando llegó ante la puerta:

— ¿Conoce usted — dijo al mozo — una joven que vive en esta casa, y que se llama señorita Bertin?

— ¡Sí, señor! — respondió el mozo. — ¡Ya lo creo! Como que nosotros la servimos habitualmente. Pero si va usted, no la encontrará. Está en el campo.

— ¿Quién se lo ha dicho? — preguntó Eugenio.

— ¡Diantre! la portera. La señorita Bermejuela es aficionada á comer bien, pero no tiene tanta afición á pagar. Los pollos asados y las langostas que pide no se cuentan; pero en cuanto á cobrar, ¡nos hace volver cien veces! Por esto sabemos en el barrio cuando está y cuando no está.

— Pues ya ha vuelto — contestó Eugenio. — Suba usted á su cuarto, déjele lo que lleva, y si les debe algo, no le pidan nada por hoy. Corre de mi cuenta y ya volveré. Si la señorita Bertin desea saber quién le envía esto, le dirá que es el barón de ***.

Dicho esto, Eugenio se marchó. Mientras iba andan-

do, arregló como pudo el sello de la carta, y la echó al buzón. — Después de todo — pensó, — no lo rehusará, y si encuentra Bermejuela que la respuesta ha sido muy rápida, ya se entenderá con su barón.

VI

Los estudiantes, lo mismo que las grisetas, no siempre tienen dinero. Eugenio comprendía perfectamente que, para dar aspecto de verosimilitud á la pequeña farsa que el mozo debía representar, hubiera debido añadir á su envío el luis que pedía Bermejuela; pero ahí estaba la dificultad. Los luises no son, á decir verdad, moneda corriente en la calle de San Jaime. De una parte, Eugenio acababa de comprometerse á pagar al dueño del restaurant, y por desdicha, su caja no estaba en aquel momento más provista que su bolsillo. Esto le decidió á tomar sin dilaciones el camino de la plaza del Panteón.

En aquel tiempo vivía en dicha plaza un famoso barbero que quebró y se arruinó arruinando á los demás. Allí, en la trastienda, donde se practicaba en secreto la grande y la pequeña usura, iba diariamente el estudiante pobre y despreocupado, enamorado tal vez, á pedir prestado á crecido interés algunas monedas que gastaba por la noche alegremente, y que pagaba muy caras al otro día. Allí entraba furtivamente la griseta, con la cabeza baja, los ojos avergonzados, á alquilar para una partida de campo un sombrero tronado, un chal reteñido, una camisa comprada en el Monte de Piedad. Allí, jóvenes de buenas familias, que necesitaban veinticinco luises, firmaban letras por dos ó tres mil francos. Menores que se comían su fortuna antes de tiempo; calaveras que arruinaban á sus familias y destruían á menudo su porvenir. Desde la cortesana blasonada, á quien hace perder la cabeza una pulsera, has-

ta el pedante menesteroso que desea un libro de lance ó un plato de lentejas, todos acudían allí como á las fuentes del Pactolo, y el usurero rapabarbas, orgulloso de su clientela y de sus negocios, de los que se vanagloriaba, daba ocupación á la cárcel de Clichy (1), mientras esperaba ingresar él mismo.

Tal era el triste resorte que Eugenio, aunque con repugnancia, iba á tocar para favorecer á Bermejuela, ó para hallarse al menos en condiciones de intentarlo; pues parecíale bastante inseguro que la petición dirigida al barón surtiese el efecto deseado. Tratándose de un estudiante, hay que reconocer que era una verdadera caridad empeñarse por una desconocida; pero Eugenio creía en Dios, y consideraba indispensables las buenas acciones.

El primer semblante que se le apareció, al entrar en casa del barbero, fué el de su amigo Marcelo, sentado delante de un tocador, con la toalla al cuello, pretextando afeitarse. El pobre muchacho iba tal vez á buscar con qué pagar la cena de la víspera; mostrábase, al parecer, preocupado, y fruncía las cejas con aire inquieto, en tanto que el barbero, aparentando á su vez que le pasaba por los cabellos las tenacillas completamente frías, le hablaba á media voz con acento gascón. Ante otro tocador, en un gabinetito, estaba sentado también y con su correspondiente toalla, un extranjero, que en el colmo de la inquietud, miraba sin cesar á uno y otro lado; y por la puerta entreabierta de la trastienda, veíase en un espejo antiguo la silueta de una muchacha pasablemente delgada, que, ayudada por la mujer del barbero, se estaba probando una falda á cuadros escoceses.

— ¿Qué vienes á hacer á estas horas? — exclamó Marcelo, cuya cara recobró la expresión de su habitual buen humor, desde que reconoció á su amigo.

---

(1) Cuando se escribía esta novela, subsistía aún en Francia la prisión por deudas. (Nota del traductor).

Eugenio se sentó al lado del tocador, y explicó en pocas palabras el encuentro que había tenido y el objeto que allí le conducía.

— Por mi vida — dijo Marcelo, — que te caes de cándido. ¿De qué te preocupas, si hay de por medio un barón? Has visto una muchacha interesante que tenía necesidad de alimento; le has pagado un pollo fiambre, y eso es muy digno de ti; nada hay que objetar. No exiges de ella ninguna gratitud, te place permanecer incógnito; y esto es una heroicidad. Pero ir más allá, es puro quijotismo. Empeñar el reloj ó la firma por una planchadora protegida de un barón, sin tener el honor de frecuentarla, no se ha practicado, desde que el mundo es mundo, más que en la Biblioteca azul.

— Ríete de mí si quieres — respondió Eugenio. — Yo sé que hay en este mundo muchos más desdichados de los que puedo socorrer. Compadezco á los que no conozco; pero si veo uno, he de ayudarle. Me es imposible, por más que quiera, mirar con indiferencia á los que sufren. Mi caridad no me impele hasta ir en busca de los pobres, no soy bastante rico para ello; pero cuando los encuentro, les doy limosna.

— En este caso — respondió Marcelo, — tienes mucho que hacer; no te faltarán pobres en este país.

— ¡Qué importa! — dijo Eugenio impresionado todavía por el espectáculo de que había sido testigo; — ¿hay que dejar morir á la gente y seguir adelante en su camino? Aquella infeliz es una atolondrada, una loca, todo cuanto quieras; no merece seguramente la compasión que inspira; pero esa compasión la siento. ¿Te parece preferible obrar como sus buenas amigas, que parece se acuerdan de ella como si ya no existiera, y que ayer la ayudaban á arruinarse? ¿A quién podrá dirigirse? ¿A un extraño, que encenderá su cigarro con su carta, ó á la señorita Pinson, pongo por caso, que cena fuera de casa y baila con todo su entusiasmo, mientras su compañera se está muriendo de hambre? Te confieso, amigo Marcelo, que todo eso me causa ver-

dadero horror. Aquella casquivana de ayer noche, con su canción y sus chistes, riendo y hartándose en tu casa, mientras la otra, la protagonista de su cuento, expira en una buhardilla, me subleva el corazón. Vivir como amigas, casi como hermanas, durante días y meses, recorrer los teatros, los bailes, los cafés, y no saber al día siguiente si una está muerta y viva la otra, es peor que la indiferencia de los egoístas, es la insensibilidad del bruto. Tu señorita Pinson es un monstruo, y las grisetas que tú ensalzas, esos modales sin vergüenza, esas amistades sin corazón, ¡son lo más despreciable que conozco!

El barbero, que durante la conversación había escuchado en silencio, mientras pasaba las tenacillas frías por la cabeza de Marcelo, sonrió maliciosamente cuando Eugenio terminó de hablar. Hablador como una urraca, ó mejor dicho, como un peluquero, cuando se trataba de maledicencia, taciturno y lacónico como un espartano, así que husmeaba los negocios, había adoptado la prudente costumbre de dejar hablar primeramente á sus parroquianos antes de intervenir en la conversación. La ira que expresaba Eugenio en términos tan violentos le hizo, no obstante, interrumpir el silencio.

— Es usted demasiado severo — dijo riendo y con acento gascón.—Tengo el honor de peinar á la señorita Mimi, y creo que es una excelente persona.

— Sí — dijo Eugenio, — excelente en efecto, cuando se trata de beber y fumar.

— Es posible — contestó el barbero; — no digo que no. Ya se sabe, las muchachas ríen, cantan, fuman; pero las hay que tienen buenos sentimientos.

— ¿Qué quiere usted decir, tío Cadédis? — preguntó Marcelo. — Menos diplomacia, y hable claro.

— Quiero decir — respondió el barbero designando la trastienda, — que allí hay, colgado de un clavo, un traje de seda negro que los señores conocen seguramente, si conocen á la propietaria, quien, á decir verdad, no

posee un ropero muy provisto. La señorita Mimi me ha enviado esta madrugada aquel traje; y presumo que, si no ha socorrido á la pobre Bermejuela, es que ella tampoco nada en la abundancia.

— ¡Hombre! es curioso — dijo Marcelo levantándose y entrando en la trastienda, sin consideración á la pobre mujer de la falda á cuadros escoceses. — ¡Miente, así, la canción, puesto que empeña su vestido! ¿Pero cómo diablos podrá hacer sus visitas ahora? ¿Acaso no saldrá hoy de casa?

Eugenio había seguido á su amigo.

El barbero no les engañaba: en un rincón polvoriento, entre otras prendas de varias especies, estaba triste y humildemente colgado el único traje de Mimi Pinson.

— No hay duda, es éste — dijo Marcelo; — lo reconozco por haberlo visto nuevecito hace diez y ocho meses. Es la bata, la amazona y el uniforme de parada de la señorita Mimi. En la manga izquierda debe haber una mancha grande como una moneda de cinco francos, que se hizo con el champagne. ¿Y cuánto le ha prestado usted por él, tío Cadédis? Porque supongo que el traje no está vendido, y que se encuentra en este gabinete en calidad de empeño.

— He prestado cuatro francos — respondió el barbero; — y lo he hecho por pura caridad. A cualquiera otra no le hubiera dado más de dos francos, porque la prenda está muy usada, se ve por transparencia, parece una linterna mágica. Pero ya sé que la señorita Mimi me pagará; merece crédito por cuatro francos.

— ¡Pobre Mimi!—exclamó Marcelo.—Apostaría ahora mismo mi casquete que ha pedido esta suma para enviarla á Bermejuela.

— O para pagar alguna deuda escandalosa — dijo Eugenio.

— No — contestó Marcelo, — conozco á Mimi y la creo incapaz de desnudarse por un acreedor.

— Es muy posible — confirmó el barbero. — He cono-

cido á la señorita Mimi en mejor posición que la que goza actualmente; entonces tenía numerosas deudas. Todos los días se le presentaban los acreedores llevándose cuanto poseía, y acabaron, efectivamente, por quitarle todos los muebles, excepto la cama, porque aquellos señores saben sin duda que no se puede tomar la cama de un deudor. Enhorabuena, la señorita Mimi poseía entonces cuatro trajes muy buenos. Se ponía los cuatro uno sobre otro, y se acostaba con ellos para que no se los quitaran; por esto me sorprendería que, no teniendo más que un vestido, lo empeñara hoy para satisfacer á alguien.

— ¡Pobre Mimi! — repitió Marcelo. — Pero, por fin, ¿cómo se arregla? ¿Ha engañado á sus amigos? ¿posee, acaso, algún otro traje no conocido? Tal vez se halla indispuesta por habérsele indigestado el pastel, y la verdad, si está en cama, no tiene necesidad de vestirse. No importa, tío Cadédis, este traje me da lástima, con sus mangas que cuelgan pidiendo gracia; tome usted, cóbrese los cuatro francos sobre las treinta libras que me acaba de prestar, y póngame el vestido en un pañuelo para llevarlo á esa muchacha. ¿Qué tal, Eugenio? — prosiguió — ¿qué opina de esto tu caridad cristiana?

— Que tienes razón—respondió Eugenio,—en hablar y obrar como lo haces, pero que quizás no me equivoco; si quieres, te hago una apuesta.

— Sea — dijo Marcelo, — apostemos un cigarro, como los miembros del Jockey-Club. Además nada tienes que hacer aquí. Tengo treinta y un francos, somos ricos Vayámonos en seguida en casa de Mimi Pinson. Ardo en deseos de verla.

Se puso el vestido bajo el brazo, y ambos salieron de la tienda.

MIMI PINSON
CAMPS

VII

— La señorita se ha ido á misa — respondió la portera á los dos estudiantes, al llegar á casa de la señorita Pinson.

— ¡A misa! — dijo Eugenio sorprendido.

— ¡A misa! — repitió Marcelo. — Es imposible, no ha salido de casa. Déjenos pasar, somos antiguos amigos.

— Le aseguro á usted — respondió la portera, — que ha salido para ir á misa, ha cosa de tres cuartos de hora.

— ¿Y á qué iglesia ha ido?

— A San Sulpicio, como de costumbre; no falta una mañana.

— Sí, sí, ya sé que es muy devota; pero encuentro muy extraño que haya salido esta mañana.

— Mire usted, ahora vuelve; entra en la calle; ya lo ve usted mismo.

La señorita Pinson, de regreso de la iglesia, se dirigía, efectivamente, á su casa. Apenas la vió Marcelo, corrió hacia ella, impaciente por ver de cerca cómo iba vestida. Llevaba, á guisa de falda, un refajo de indiana obscura, medio oculto bajo una cortina de sarga verde, de la que se había hecho, mal ó bien, un chal. De aquella singular envoltura, que, sin embargo, no llamaba la atención á causa de sus colores obscuros, salían su graciosa cabeza cubierta con su blanca cofia, y sus piesecitos calzados con borceguíes.

Se había envuelto en su cortina con tanto arte y precaución, que parecía en realidad un chal viejo, pues casi no se veía el fleco. En una palabra, sabía ser agradable hasta entre aquellos harapos, y probaba, una vez

más, en el mundo, que una mujer bonita es siempre bonita.

— ¿Qué tal les parezco? — dijo á los dos jóvenes entreabriendo su cortina y enseñando su talle cubierto con el corsé. — Es una bata que Palmira acaba de enviarme.

— Está usted encantadora — dijo Marcelo. — Por mi vida, que nunca hubiera imaginado se pudiera hacer tan buena cara con el chal de una ventana.

— ¿De veras? — respondió Mimi; — no obstante, parezco un fardo.

— Un fardo de rosas — observó Marcelo. — Casi me arrepiento de haberle traído su traje.

— ¡Mi traje! ¿Dónde lo ha encontrado usted?

— Donde estaba, aparentemente.

— ¿Y lo ha librado de la esclavitud?

— ¡No que no! Y hasta he pagado la redención. ¿Le sabe mal mi audacia?

— ¡No, en mis días! pero á condición de restituirlo. Estoy contenta de haber recobrado mi vestido; porque, la verdad, hace ya mucho tiempo que vivimos juntos, y le he tomado cariño.

Y así diciendo, la señorita Pinson subía los cinco pisos que la conducían á su cuartito, en donde ambos amigos penetraron con ella.

— Sin embargo — prosiguió Marcelo, — no puedo devolverle su vestido sin una condición.

— ¡Carape! — dijo la griseta. — ¡Alguna tontería! No acepto condiciones.

— He hecho una apuesta — objetó Marcelo; — tiene usted que decirnos francamente por qué ha empeñado el traje.

— En primer lugar, deje que me lo ponga — respondió Mimi; — y en seguida les diré por qué. Pero les prevengo que si no quieren hacer antesala en mi armario ó en la escalera, tendré que cubrirles la cara como Agamenón, mientras me visto.

— No vale la pena — dijo Marcelo; —somos más hon-

rados de lo que usted piensa, y no levantaremos siquiera un ojo.

— Lo creo—contestó la señorita Pinson; —mi confianza es ilimitada, pero la sabiduría de las naciones nos dice que dos precauciones valen más que una sola.

Y desembarazándose de su cortina, la extendió delicadamente sobre la cabeza de ambos amigos, hasta dejarles completamente ciegos.

— No se muevan ustedes — les dijo; — termino en un instante.

— ¡Esté usted alerta! — exclamó Marcelo. — Si hay algún agujero en el telón, no respondo de nada. Ya que no se contenta con nuestra palabra, la damos por desempeñada.

— Afortunadamente además lo está mi vestido; y mi talle también — añadió echando al suelo el telón.— ¡Pobre trajecito mío! Me parece completamente nuevo. ¡Qué gusto me da sentírmelo encima!

— ¿Y su secreto? ¿nos lo dirá ahora? Vamos, sea sincera, no somos charlatanes. ¿Cómo es que una persona como usted, prudente, metódica, virtuosa y modesta, ha debido colgar así, de golpe y porrazo, todo su ajuar á un clavo?

-- ¿Por qué...? ¿por qué...? — respondió Mimi Pinson como vacilando; luego tomó á cada uno de los jóvenes por un brazo, y acompañándoles hacia la puerta, les dijo: — Vengan conmigo y lo verán.

Y según opinaba Marcelo, les condujo á la calle del Espolón.

VIII

Marcelo había ganado la apuesta. Los cuatro francos y el pedazo de pastel de la señorita Pinson estaban

encima de la mesa de Bermejuela, con los restos del pollo de Eugenio.

La pobre enferma estaba algo mejor, pero aun guardaba cama; y por mucha que fuera su gratitud hacia su incógnito bienhechor, hizo decir á aquellos señores que la excusaran, porque no se hallaba en estado de recibirles.

— ¡La reconozco en esto! — exclamó Marcelo; — aunque se estuviera muriendo en un jergón de su buhardilla, seguiría haciendo la duquesa á solas con su jarro de agua.

Ambos amigos, muy á su pesar, se vieron obligados á marcharse del mismo modo que habían ido, no sin reirse de aquella altivez y discreción tan extrañamente escondidas en una buhardilla.

Después de asistir á las clases de la Escuela de Medicina, comieron juntos, y por la noche se fueron á dar una vuelta por el boulevard de los Italianos. Mientras paseaban, fumando Marcelo el cigarro que había ganado por la mañana:

— En vista de todo ello — decía — ¿no te ves precisado á confesar que me asiste razón para querer, y hasta estimar á esas pobres criaturas? Consideremos lealmente las cosas desde el punto de vista filosófico. Esa Mimi, que tanto has calumniado, ¿no hace, despojándose de su vestido, una obra más laudable, más meritoria, y estoy por decir más cristiana, que el buen rey Roberto permitiendo que un pobre cortase la franja de su manto? El buen rey Roberto, de una parte, tenía sin duda muchos mantos; de otra, estaba sentado á la mesa, según dice la historia, cuando se le aproximó un mendigo arrastrándose á gatas, y cortó con unas tijeras la franja de oro del traje del rey. La señora reina halló mal la cosa, y el digno monarca, hay que reconocer la verdad, perdonó generosamente al cortador de franjas; pero seguramente había comido bien. ¡Qué distancia entre él y Mimi! Mimi, cuando se enteró de la desgracia de Bermejuela, estaba de segu-

ro en ayunas. Ten la persuasión de que el pedazo de pastel que se llevó de mi casa estaba destinado de antemano á constituir su propio desayuno. Y en cambio ¿qué ha hecho? En lugar de desayunarse, se ha ido á misa, y en esto se muestra al menos igual al rey Roberto, que era muy piadoso, convengo en ello, pero que perdía el tiempo cantando en el coro, mientras los normandos hacían el diablo á cuatro. El rey Roberto se deja cortar la franja, pero al fin y al cabo le queda el manto. Mimi envía su traje entero al tío Cadédis, acción incomparable por ser Mimi mujer, joven, bonita, coqueta y pobre; y fíjate en que necesita su vestido para poder ir, como de costumbre, á su almacén, á ganar el pan de cada día. Así, pues, no solamente se priva del pedazo de pastel que iba á comer, sino que se pone en voluntaria situación de no poder comer. Observemos, además, que el tío Cadédis está muy lejos de ser un mendigo, y de arrastarse á gatas debajo un mesa. El rey Roberto, renunciando á su franja, no hacía un gran sacrificio, porque ya la encontró cortada, y hay que saber si la franja estaba cortada en uno ú otro sentido y si quedaba en estado de poderse recoser; mientras que Mimi, espontáneamente, sin esperar siquiera á que le roben la ropa, arranca ella misma de su pobre cuerpo aquel vestido, más rico, más útil que el talco de todos los pasamaneros de París. Sale vestida con una cortina; pero está seguro de que no iría así á otra parte más que á la iglesia. Se dejaría antes cortar un brazo que dejarse ver compuesta de tal suerte en el Luxemburgo ó en las Tullerías; pero se muestra á Dios, porque es la hora en que le ruega todos los días. Créeme, Eugenio; hay más valor, humildad y verdadera religión en el solo hecho de atravesar con su cortina la plaza de San Miguel, la calle de Tournon y la calle del Leoncillo, donde conoce á todo el mundo, que todos los himnos del buen rey Roberto, de quien habla todo el mundo, desde el gran Bossuet hasta el vulgar Anquetil; mientras que Mimi se morirá desco-

nocida en su quinto piso, entre un vaso de flores y un dobladillo.

— Mejor para ella — dijo Eugenio.

— Y si quisiera seguir comparando — prosiguió Marcelo, — podría establecer un paralelo entre Mucio Escévola y Bermejuela. ¿Crees, acaso, que es más difícil para un romano del tiempo de Tarquino poner el brazo, durante cinco minutos, encima de un brasero encendido, que para una griseta contemporánea permanecer veinticuatro horas sin probar bocado? Ni uno ni otra han proferido un lamento, pero examina por qué motivos. Mucio se halla en medio de un campamento, en presencia de un rey etrusco á quien ha querido asesinar; ha errado lamentablemente el golpe, y se encuentra en manos de los gendarmes. ¿Y qué es lo que se le ocurre? Una baladronada. Para que le admiren antes de que le cuelguen, se tuesta la mano en un tizón (pues nada prueba que el brasero estuviese muy caliente, ni que la mano se cayera hecha ceniza). Entonces, el digno Porsena, estupefacto por la fanfarronada, le pordona y le manda á casa. Apostaría á que el tal Porsena, tan bien dispuesto á perdonar, era hombre de buen semblante, y que Escévola sospechaba que, sacrificando su brazo, salvaría la cabeza. Bermejuela, al contrario, padece con resignación el más horrible y lento de los suplicios, el hambre; nadie la ve. Hállase sola en un rincón de su buhardilla, y no ve á su lado, para que la admire, á un Porsena, esto es, al barón, ni á los romanos, esto es, los vecinos, ni á los etruscos, esto es, sus acreedores, ni siquiera el brasero, porque su estufa no arde. Ahora bien, ¿por qué sufrir sin quejarse? En primer lugar por vanidad, de esto estoy seguro, pero Mucio se encuentra en igual caso; luego, por grandeza de alma, y esta es su gloria; porque si permanece callada detrás de su puerta, es precisamente para que sus amigos no sepan que se está muriendo, para que no tengan piedad de su valor, para que su compañera Pinson, que sabe que es buena y

afectuosa, no se vea precisada, como así lo ha hecho, á darle su traje y su pastel. Mucio, en lugar de Bermejuela, hubiera mostrado que moría en silencio, pero en una encrucijada ó á la puerta del restaurant Flicoteaux. Su taciturno y sublime orgullo hubiera sido una manera delicada de pedir á la concurrencia un vaso de vino y un mendrugo. Bermejuela es cierto que ha pedido un luis al barón, que persisto en comparar á Porsena; pero ¿no ves claramente que el barón debe ser deudor á Bermejuela de algunos favores personales? Esto salta á la vista del más obtuso. Y como tú mismo has observado con mucha perspicacia, puede ser que el barón esté en el campo, en cuyo caso Bermejuela está perdida. Y no creas poder dirigirme la objeción que se opone á todas las buenas acciones de las mujeres, esto es, que no saben lo que se hacen, y que corren tras las desgracia como los gatos por los tejados. Bermejuela sabe lo que es la muerte; la ha visto de cerca en el puente de Jena, porque se arrojó al agua ya una vez, y le pregunté si había sufrido. Me dijo que no, que no había sentido nada, excepto en el momento en que la pescaron, porque los barqueros la agarraron por las piernas y le *rasparon* la cabeza, según decía ella, con el costado de la embarcación.

—¡Basta! — dijo Eugenio — acaba con tus bromas de mal gusto. Respóndeme seriamente: ¿opinas que tan terribles pruebas, tantas veces repetidas, siempre amenazadoras, pueden servir de alguna utilidad? ¿Esas pobres muchachas, entregadas á sí mismas, sin apoyo, sin consejo, poseen suficiente sentido común para adquirir experiencia? ¿Hay acaso un demonio unido á ellas, que las condena eternamente á la desgracia y la locura, ó, á pesar de tantas extravagancias, pueden volver al camino del bien? Mimi hace oración á Dios, según dices; va á misa, cumple sus deberes y vive honradamente de su trabajo; sus compañeras parece que la estiman... y vosotros mismos, cabezas destornilladas, no la tratáis con vuestra acostumbrada ligereza. Berme-

juela pasa sin cesar del atolondramiento á la miseria, de la prodigalidad á los horrores del hambre. Con seguridad, recordará por mucho tiempo las crueles lecciones que recibe. ¿No te parece que, con prudentes avisos, una conducta arreglada, algún auxilio, podría hacerse de tales mujeres seres razonables? Si es así, dímelo; se nos presenta una buena ocasión. Vámonos en seguida á casa de Bermejuela; tal vez sufre aún y su amiga estará á su cabecera. No me desalientes, déjame hacer. Quiero probar de llevarlas al buen camino, hablándoles un lenguaje sincero; no les haré ningún sermón ni las reconvendré. Deseo sólo acercarme á aquel lecho, tomarles la mano y decirles...

En aquel momento ambos amigos pasaban por delante del café Tortoni. La silueta de dos muchachas, que tomaban helados al lado de una ventana, destacábase á la luz de las arañas. Una de ellas agitó su pañuelo y la otra dejó escapar una risotada.

— ¡Pardiez! — dijo Marcelo — si quieres hablarles, no debemos ir muy lejos, que digamos, porque están aquí. ¡Dios me valga! Reconozco á Mimi por su traje y á Bermejuela por su penacho blanco, siempre tras de las golosinas. Parece que el señor barón ha hecho bien las cosas.

IX

— Y semejante locura — dijo Eugenio — ¿no te espanta?

— Cierto —contestó Marcelo; —pero cuando digas mal de las grisetas, yo te lo ruego, exceptúa á la simpática Mimi Pinson. Nos supo contar una historia mientras

cenábamos, supo empeñar su vestido por cuatro francos, y supo hacerse un chal de una cortina; y quien dice lo que sabe, da lo que tiene y hace lo que puede, no está obligado á más.

FIN DE MIMI PINSON

EL HIJO DE TICIANO

I

Al despuntar el alba de un día del mes de Febrero del año 1580, cruzaba un joven la Piazzetta de Venecia. Llevaba el vestido en desorden y hundido hasta las orejas el birrete, sobre el que flotaba una airosa pluma encarnada. Dirigióse apresuradamente hacia el muelle de los Esclavones, arrastrando la espada y la capa, mientras que con desdeñoso pie iba saltando por encima de los pescadores que dormían en el suelo. Cuando llegó al puente de la Paja, detúvose y miró á su alrededor. La luna se ocultaba detrás de la Giudecca, y la aurora doraba el palacio Ducal. De vez en cuando se escapaban de un palacio cercano una espesa humareda, un resplandor brillante. Vigas, piedras, enormes masas de mármol, mil ruinas interceptaban el canal de las Cárceles. Un incendio reciente acababa de destruir, en medio de las aguas, la mansión de un patri-

cio. Elevábanse por momentos algunos manojos de chispas, y á su siniestra claridad descubríase un soldado sobre las armas velando en medio de las ruinas.

Sin embargo, nuestro joven no daba muestras de interesarse ni por aquel espectáculo de destrucción, ni por la belleza del cielo que se teñía con las más delicadas tintas. Miró por algún tiempo al horizonte, como para distraer sus deslumbrados ojos; pero la claridad del día produjole, al parecer, desagradable efecto, porque, envolviéndose en su capa, prosiguió corriendo su camino. Mas no tardó en detenerse ante la puerta de un palacio, á la que llamó. Un paje, con una antorcha en la mano, abrió en seguida. Al entrar se volvió, y dirigiendo otra mirada al cielo,

— ¡Por Baco! — exclamó — mi carnaval me cuesta caro.

Aquel joven se llamaba Pomponio Filippo Vecellio. Era hijo de Ticiano, muchacho lleno de ingenio y de talento, que había hecho concebir grandes esperanzas á su padre, pero arrastrado por su pasión al juego, á continuos desórdenes. Cuatro años hacía solamente que el gran pintor y su hijo mayor Horacio habían muerto casi al mismo tiempo, y el joven Pippo, cuatro años después, había ya disipado la mayor parte de la inmensa fortuna que le había dado aquella doble herencia. En lugar de cultivar sus naturales talentos y de sostener la gloria de su nombre, pasaba los días durmiendo y las noches jugando en casa de una tal condesa Orsini, ó por lo menos así se hacía llamar, que ejercía el oficio de arruinar á la juventud veneciana. Reuníase en su casa cada noche una numerosa compañía compuesta de nobles y cortesanos. Allí se cenaba y se jugaba, y como no se pagaba la cena, no hay que decir que los dados se encargaban de indemnizar á la dueña de la casa. Mientras que los cequíes flotaban á montones, corría el vino de Chipre, las ojeadas se cruzaban sin cesar, y las víctimas, doblemente atontadas, dejaban allí su dinero y su razón.

De tan peligroso sitio acabamos de ver salir al protagonista de este cuento, quien había perdido más de una vez durante la noche. Además de haber vaciado su bolsillo á los dados, el único cuadro que había terminado en su vida acababa de desaparecer en el incendio del palacio Dolfino. Era un asunto de historia tratado con una espontaneidad y una valentía de pincel casi dignas del mismo Ticiano; adquirida por un rico senador, aquella tela había tenido la misma suerte que multitud de obras importantes; la imprudencia de un paje había convertido en cenizas aquellas riquezas. Pero á Pippo no le preocupaba gran cosa aquel incidente, y no pensaba más que en la mala suerte que le perseguía con tanta animadversión, y en los dados que habían sido causa de sus pérdidas.

Al entrar en su casa, empezó por levantar el tapete que cubría su mesa para contar el dinero que le quedaba en el cajón; luego, dejándose llevar de su carácter alegre y descuidado, así que el paje le desnudó, se puso á la ventana en traje de casa. Al ver que el sol estaba ya alto, se preguntó si cerraría los postigos para acostarse, ó si se despertaría como todo el mundo; hacía tiempo que no había visto de qué lado se levantaba el sol, y hallaba el cielo más alegre que de costumbre. Antes de decidirse á velar ó á dormir, mientras luchaba con el sueño, tomó el chocolate en el balcón. Cuando sus ojos se cerraban, le parecía ver una mesa, manos agitadas, rostros pálidos, y oía sonar los cubiletes. «¡Qué mala suerte! — murmuraba; — ¡es posible perder con quince puntos!» Y veía á su habitual adversario, el viejo Vespasiano Memmo, haciendo diez y ocho puntos y apoderándose del oro de encima el tapete. Entonces abría presuroso los párpados para substraerse á su pesadilla, y miraba á las muchachas que pasaban por el muelle; le pareció divisar á lo lejos una mujer enmascarada, y quedó sorprendido, aunque fuesen días de carnaval, porque los pobres no se disfrazan, y parecía extraño, á aquella hora, que una da-

ma veneciana saliera á pie, sola (1); pero no tardó en advertir que lo que había tomado por una máscara era la cara de una negra; cuando la tuvo más cerca, le pareció una mujer muy bien formada. Andaba bastante de prisa, y el viento, apretando á sus caderas su abigarrada falda de flores, dibujó sus graciosas líneas. Pippo se asomó al balcón, y vió, no sin sorpresa, que la negra llamaba á su puerta.

Mas como tardara en abrir el portero:

— ¿Qué quieres? — gritó el joven; — ¿necesitas de mí, morenita? Mi nombre es Vecellio, y si te hacen esperar, bajaré á abrir yo mismo.

La negra levantó la cabeza.

— ¿Os llamáis Pomponio Vecellio?

— Sí, ó Pippo, como tú quieras.

— ¿Sois el hijo de Ticiano?

— Para servirte; ¿qué puedo hacer por complacerte?

Después de haber echado sobre Pippo una ojeada rápida y curiosa, la negra retrocedió unos pasos, lanzó diestramente al balcón una cajita envuelta en un papel, y luego escapó rápidamente, volviendo la cabeza de vez en cuando. Pippo recogió la cajita, la abrió y encontró una rica bolsa envuelta en algodones. Supuso, con razón, que debajo del algodón habría un billete que le explicaría aquella aventura. En efecto, el billete estaba, pero era tan misterioso como lo demás, porque sólo contenía estas palabras:

«No gastes demasiado ligeramente lo que contengo; cuando salgas de casa ponme una moneda de oro, no necesitas más por un día; y si por la noche te queda algo, por poco que sea, encontrarás un pobre que te bendecirá.»

Cuando el joven hubo dado cien vueltas á la cajita, examinado la bolsa, mirado otra vez el muelle y vió por fin que no podía saber más: «Hay que confesar — pensó

(1) Antiguamente se llevaba antifaz en Venecia mientras duraba el carnaval.

— que este regalo es muy singular, pero por desgracia llega muy inoportunamente. El consejo que me dan es bueno; pero es demasiado tarde para avisar á los que se ahogan, cuando ya están en el fondo del Adriático. ¿Quién diablos puede mandarme esto?

Pippo reconoció sin dificultad que la negra era una criada; empezó á repasar en su memoria qué mujer ó qué amigo era capaz de enviarle aquel regalo, y como su modestia no le cegaba, se persuadió que debía tratarse de una mujer más bien que de un amigo. La bolsa era de terciopelo bordado de oro, y le pareció que estaba confeccionada con excesiva delicadeza para que hubiera podido salir de la tienda de un comerciante. Pasó, pues, revista en su cabeza, en primer lugar de las damas más hermosas que había en Venecia, y luego de las que lo eran menos; pero no pasó adelante, preguntándose cómo se las compondría para averiguar de dónde procedía la bolsa. Entregóse á los más atrevidos y agradables ensueños; más de una vez creyó haber adivinado; palpitábale el corazón, esforzándose en reconocer la escritura; había una princesa boloñesa que trazaba así las letras mayúsculas, y una hermosa dama de Brescia escribía á poca diferencia de aquel modo.

Nada hay tan desagradable como una idea importuna que se entrometa entre semejantes ensueños; hace el mismo efecto, casi, como si andando por un prado en flor, se pisa una serpiente. Tal es lo que probó Pippo cuando se acordó de pronto de una cierta Monna Bianchina, que hacía algún tiempo le perseguía con asiduidad. Había conocido á aquella mujer en una aventura de baile de máscaras, y aunque era muy bonita, no sentía por ella amor alguno. Monna Bianchina, al contrario, se había enamorado súbita y apasionadamente de él, esforzándose en ver amor donde no había más que artería; le buscaba, le escribía á menudo, y le llenaba de dulces reconvenciones; pero él se juró al salir un día de casa de aquella mujer, que no volvería nunca más, y cumplía escrupulosamente su palabra.

Ocurriósele, pues, que Monna Bianchina podía muy bien ser que le hubiese hecho aquella bolsa y que se la hubiese enviado; esta sospecha destruyó el gozo y la ilusión en que se mecía; y cuanto más reflexionaba, más verosímil le parecía aquella suposición; cerró de mal humor la ventana y se decidió á acostarse.

Pero no pudo dormir; á pesar de todas las probabilidades, le era imposible renunciar á una duda que lisonjeaba su orgullo. Y siguió soñando involuntariamente; ora quería olvidar la bolsa y no pensar más en ella; ora quería negar la existencia de Monna Bianchina, para buscar más á su gusto. Mientras tanto había corrido las cortinas y se hundió del lado de la pared para no ver la claridad del día; de pronto saltó de la cama y llamó á sus domésticos. Acababa de ocurrírsele una sencilla reflexión que no se le había presentado al principio. Monna Bianchina no era rica; sólo tenía una criada, y ésta no era negra, sino una mocetona de Chioggia. ¿Cómo hubiera podido proporcionarse, para aquella ocasión, la desçonocida mensajera que Pippo no había visto nunca en Venecia? «¡Bendita sea tu negra cara — exclamó, — y el sol de Africa que te la ha bronceado!» Y sin detenerse pidió su ropilla é hizo adelantar la góndola.

II

Había resuelto ir á visitar á la *signora* Doroeta, esposa del *avogador* Pasqualigo. Aquella dama, respetable por su edad, era de las más ricas é inteligentes de la República; era, además, madrina de Pippo, y como no había persona de posición en Venecia que ella no conociera, esperaba que podría ayudarle á aclarar el misterio que le ocupaba. No obstante, pensó que sería

demasiado pronto para presentarse en casa de su protectora, y para esperar, dió algunas vueltas por debajo de las Procuratías.

La casualidad hizo que encontrase precisamente á Monna Bianchina, que estaba contratando algunas telas de seda; entró en la tienda, y sin saber fijamente por qué, después de algunas insignificantes palabras, le dijo: «Monna Bianchina, esta mañana me habéis enviado un bonito regalo, y me habéis dado un buen consejo; os doy humildemente las gracias».

Expresándose con aquella certidumbre, contaba sin duda resolver en seguida la duda que le atormentaba; pero Monna Bianchina era demasiado astuta para manifestar sorpresa antes de examinar si convenía á su interés el mostrarla. Aunque nada había enviado al joven, vió que tenía en su mano el medio de engañarle; y si bien respondió que no sabía de qué le hablaba, tuvo buen cuidado, mientras hablaba, de sonreir con tanta gracia y de ruborizarse tan modestamente, que Pippo se quedó convencido, á pesar de las apariencias, de que la bolsa provenía de ella.

— ¿Y desde cuándo — le preguntó — tenéis á vuestras órdenes aquella linda negra?

Desconcertada por la pregunta y no sabiendo qué contestar, Monna Bianchina vaciló un instante, y luego soltó una sonora risotada dejando bruscamente á Pippo. Corrido y engañado, éste renunció á la proyectada visita; volvió á su casa, tiró la bolsa á un rincón, y no se acordó más de ella.

Pocos días después perdió al juego una enorme suma sobre su palabra. Cuando salía para saldar su deuda, le pareció conveniente servirse de aquella bolsa, que era grande y producía buen efecto colgada á la cintura; tomóla, pues, y aquella misma noche volvió á jugar y á perder de nuevo.

— ¿No seguís? — preguntó Vespasiano, el viejo notario de la Cancillería, cuando Pippo se quedó sin dinero.

— No — respondió éste, — no quiero jugar sobre mi palabra.

— Ya os prestaré lo que queráis — exclamó la condesa de Orsini.

— Y yo también — dijo Vespasiano.

— Y yo también — repitió con voz suave y sonora una de las numerosas sobrinas de la condesa; — pero antes abrid la bolsa, señor Vecellio: aun queda en ella un cequí.

Pippo se sonrió, y encontró efectivamente en el fondo de su bolsa un cequí que había olvidado. «Sea — dijo, — juguemos una vez más, pero no quiero exponer otra cosa.» Tomó el cubilete y ganó, y siguió jugando y doblando las apuestas; en una palabra, al cabo de una hora había recuperado las pérdidas de la víspera y las de aquella noche.

— ¿No proseguís? — preguntó á su vez á ser Vespasiano, que se había quedado sin blanca.

— ¡No! Muy tonto he de ser para dejarme expoliar por un hombre que no quiere exponer más de un cequí. ¡Maldita sea esa bolsa! Debe contener, sin duda, algún sortilegio

El notario salió furioso de la sala. Pippo se disponía á seguirle, cuando la sobrina que le había advertido, le dijo riendo:

— Puesto que me debéis la suerte, regaladme el cequí que os ha hecho ganar.

Aquel cequí tenía una señal que permitía reconocerlo. Pippo lo buscó, lo encontró, y ya tendía la mano para darlo á la hermosa sobrina, cuando exclamó de pronto:

— Por mi vida, hermosa mía, que no os lo doy; pero para demostraros que no soy avaro, aquí van estos diez que os ruego aceptéis. En cuanto á éste, quiero seguir un consejo que me han dado últimamente, y lo regalo á la Providencia.

Y así diciendo, tiró el cequí por la ventana.

— ¿Será posible — pensaba mientras se dirigía á su

casa — que la bolsa de Monna Bianchina me traiga suerte? Sería una broma singular de la casualidad, que una cosa que en sí misma me disgusta, tuviera una influencia benéfica para mí.

Parecióle, efectivamente, que cada vez que se servía de aquella bolsa ganaba. Cuando introducía en ella una moneda de oro, no podía eximirse de cierto respeto supersticioso, y meditaba á veces, á su pesar, la verdad de las palabras que halló escritas al fondo de la cajita. «Un cequí es un cequí — se decía, — y hay muchísimas gentes que no tienen uno diario». Esta idea le hacía menos imprudente, y le obligaba á restringir sus gastos.

Por desgracia, Monna Bianchina no olvidó su conversación con Pippo bajo las Procuratías. Para confirmarle en el error en que le había dejado, enviábale de vez en cuando un ramillete ó cualquier otra bagatela, acompañados de algunas palabras escritas. Ya hemos dicho que él estaba cansado de sus impertinencias, á las que había resuelto no contestar.

Ocurrió que Monna Bianchina, irritada en grado sumo por aquella frialdad, intentó una audaz empresa que disgustó mucho al joven artista. Presentóse sola en su casa, durante su ausencia, corrompió por dinero á un doméstico y logró esconderse en su cuarto. Al volver la encontró, como es natural, viéndose obligado á decirle sin ambajes que no la quería, y que le suplicaba le dejase en paz.

La Bianchina, que, según tengo dicho, era bonita, tuvo un terrible acceso de ira; colmó de reconvenciones á Pippo, pero esta vez ya sin ternura. Díjole que le había engañado hablándole de amor, que se consideraba comprometida, y, por fin, que se vengaría. Pippo, al oir aquellas amenazas, se irritó á su vez; y para probar que no la temía, la obligó á llevarse al instante un ramo que le había enviado aquella mañana, y entregándole la bolsa: «Tomad—le dijo,—tomad también esto, es-

ta bolsa que me ha traído suerte, pero con esto sabréis que nada quiero de vos».

Apenas hubo cedido á aquel ímpetu de cólera, se arrepintió. Monna Bianchina se guardó muy mucho de desengañarle acerca la mentira que le había dicho. Su ira era tan grande como su disimulación. Tomó la bolsa y se retiró, resuelta á hacer arrepentir á Pippo de la manera como la había tratado.

Por la noche jugó como de costumbre, y perdió; y no fué más afortunado en los días siguientes. Ser Vespasiano sacaba siempre los mejores puntos, y le ganaba sumas considerables. Rebelóse contra su suerte y su superstición, y siguió jugando y perdiendo. Por fin, una noche que salía de casa la condesa de Orsini, no pudo abstenerse de exclamar en la escalera: «¡Dios me perdone si aquel viejo loco no tenía razón al decir que mi bolsa estaba embrujada! Porque no hago una sola jugada buena desde que la devolví á la Bianchina».

En aquel momento divisó, flotando ante él, una falda de flores, de la que salían unas piernas delgadas y ligeras; era la negra misteriosa. Dobló el paso, la alcanzó, y le preguntó quién era y á quién pertenecía.

— ¿Quién sabe?— contestó la africana con maliciosa sonrisa.

— Ya lo supongo. ¿No eres la criada de Monna Bianchina?

— No. ¿Quién es esa Monna Bianchina?

— ¡Eh, por Dios! La que te encargó el otro día que me llevaras aquella cajita que tan diestramente tiraste á mi balcón.

— ¡Oh! excelencia, no lo creo.

— Si lo sé, no trates de fingir; ella misma me lo dijo.

—Si ella os lo dijo...—contestó la negra como vacilando. Levantó los hombros y reflexionó un instante; luego, dando con su abanico un golpecito en la mejilla de Pippo, exclamó mientras escapaba:

— Muchacho, se han burlado de ti.

Las calles de Venecia constituyen un laberinto tan complicado, se cruzan de tantas maneras y forman caprichos tan variados é imprevistos, que Pippo, después de haber dejado escapar á la joven, no pudo alcanzarla. Entonces se quedó sumamente perplejo, porque había cometido dos faltas: la primera dando su bolsa á Bianchina, y la segunda no reteniendo á la negra. Errando á la ventura por la ciudad, se dirigió, casi sin notarlo, hacia el palacio de la *signora* Dorotea, su madrina; arrepentíase de no haber hecho á aquella dama, algún tiempo antes, su proyectada visita; acostumbraba consultarla sobre todo cuanto le interesaba, y raras veces había acudido á ella sin sacar alguna ventaja. La encontró sola en el jardín, y después de haberle besado la mano: — Juzgad — le dijo, — mi buena madrina, de la tontería que acabo de hacer. Hace algún tiempo me enviaron una bolsa...

Pero apenas había pronunciado esas palabras, la *signora* Dorotea se echó á reir.

— ¡Qué! — le dijo — ¿no era bonita la bolsa? ¿No hallas que producen buen efecto las flores de oro sobre el terciopelo encarnado?

— ¡Cómo! — exclamó el joven, — ¿sería posible que supierais...?

En aquel momento varios senadores entraban en el jardín; la venerable dama se levantó para recibirles, y no contestó á las preguntas que Pippo, en su sorpresa, no cesaba de dirigirle.

III

Cuando se hubieron retirado los senadores, la *signora* Dorotea, á pesar de las súplicas é importunidades de su ahijado, no quiso dar más explicaciones. Sentíase

disgustada de que, cediendo á su primer impulso de alegría, le hubiera hecho entrever que sabía el secreto de una aventura en la que no quería tener arte ni parte. Mas como Pippo insistiera:

— Hijo mío — le dijo, — lo único que puedo decirte, es que no hay duda que revelándote el nombre de la persona que bordó aquella bolsa para ti, te prestaría un buen servicio; porque esa persona es seguramente una de las más nobles y hermosas de Venecia. Con esto tienes bastante; á pesar de mis deseos de servirte, he de callarme; no revelaré un secreto que soy la única en conocer, y que no te diré si no me lo encargan, porque entonces lo haría honrosamente.

— ¿Honrosamente, querida madrina? Podéis dudar de que confiándomelo á mí solo...

— Yo me entiendo — contestó la vieja dama; y como, á pesar de su dignidad, no sabía abstenerse de cierta malicia: — Puesto que en otro tiempo hacías versos — añadió, — ¿por qué no compones un soneto sobre ese tema?

Viendo que nada sacaba en claro, Pippo puso fin á sus instancias; pero su curiosidad, como puede imaginarse, quedaba vivamente excitada. Se quedó á comer en casa del *avogador* Pasqualigo, no pudiendo resolverse á dejar á su madrina, y esperando quizás que su bella desconocida la visitara por la tarde; pero vió únicamente senadores, magistrados y los uniformes más graves de la República.

Al trasponer el sol, el artista se separó de la compañía y fué á sentarse en un bosquecillo. Allí meditó lo que tenía que hacer y resolvió dos cosas: obtener de Bianchina la restitución de la bolsa, y seguir, en segundo lugar, el consejo que la *signora* Dorotea le había dado riendo, esto es, hacer un soneto sobre su aventura. Resolvió, además, entregar el soneto, así que estuviera escrito, á su madrina, quien no dejaría, sin duda, de enseñarlo á la bella incógnita. Y sin más tardanza, puso en obra en seguida su doble proyecto.

Después de haber ajustado su ropilla y caládose cuidadosamente el birrete sobre la oreja, se miró primero en un espejo para ver si tenía buen semblante, porque su primera idea fué volver á seducir á Bianchina con falsas protestas de amor, y persuadirla con dulzura; pero renunció en seguida á su proyecto, reflexionando que así no haría más que reanimar la pasión de aquella mujer y prepararse nuevas importunidades. Y tomó el partido contrario; corrió á su casa á toda prisa, como si estuviera furioso; y se dispuso á representar una escena desesperada, con objeto de espantarla, de suerte que le dejara en paz para siempre.

Monna Bianchina era una de esas venecianas rubias y de ojos negros, cuyo resentimiento se ha juzgado peligroso en todos tiempos. Desde sus graves insultos, Pippo no había recibido de ella ningún mensaje; sin duda estaba preparando en silencio la venganza prometida. Era, pues, necesario intentar un golpe decisivo, so pena de agravar el mal. Disponíase á salir cuando nuestro hombre llegó á su casa; detúvola en la escalera, y la obligó á entrar en su cuarto.

— ¡Desdichada mujer! — exclamó — ¿qué habéis hecho? ¡Habéis destruído todas mis esperanzas, y vuestra venganza está cumplida!

— ¡Dios mío! ¿qué os pasa? — preguntó Bianchina, estupefacta.

— ¡Y lo preguntáis! ¿Dónde está la bolsa que me dijisteis provenía de vos? ¿Os atreveréis á sostenerme esa mentira?

— ¿Qué importa si he mentido ó no? No sé lo que se ha hecho de esa bolsa.

— Vas á morir ó á devolvérmela — gritó Pippo echándose sobre ella. Y sin respetar el traje nuevo que se había puesto la pobre mujer, arrancó furiosamente el velo que cubría su pecho y le puso el puñal sobre el corazón.

Bianchina se dió por muerta y empezó á pedir socorro; pero Pippo la tapó la boca con su pañuelo y sin

que pudiera exhalar un grito la obligó en primer lugar á devolverle la bolsa que felizmente había conservado.

— ¡Tú has causado la desgracia de una poderosa familia! — le dijo en seguida. — ¡Has perturbado la existencia de una de las más ilustres casas de Venecia! ¡Tiembla! Esa temible casa te vigila; ni tú, ni tu marido daréis un solo paso, en adelante, sin tener quien os espíe. Los Señores de la Noche han inscrito tu nombre en su libro; piensa en los pozos del palacio Ducal. A la primera palabra que pronuncies para revelar el terrible secreto que tu malicia te ha hecho adivinar ¡desaparecerá tu famila entera!

Y salió después de pronunciar estas palabras, que en Venecia nadie ignoraba eran las más espantosas. Las secretas y crueles decisiones de la *corte maggiore* causaban un terror tan grande, que los que se tenían únicamente por sospechosos, se daban anticipadamente por muertos. Esto es lo que ocurrió, ni más ni menos, al marido de Bianchina, ser Orio, á quien ella contó, á poca diferencia, la amenaza que acababa de hacerle Pippo. Cierto es que ignoraba los motivos, como los ignoraba también Pippo, pues toda aquella trama era pura fábula. Pero ser Orio juzgó prudente que no había necesidad de averiguar por qué motivos se había ganado las iras de la corte suprema, y que lo más importante era substraerse á ellas. No era hijo de Venecia y sus parientes vivían en tierra firme. Al día siguiente se embarcó con su mujer, y nadie oyó hablar más de ellos. De este modo se desembarazó Pippo de Bianchina, devolviéndole con usura la mala partida que le había hecho. Ella creyó toda su vida que la bolsa de que quiso apoderarse envolvía realmente un secreto de Estado, y como en aquel extraño suceso todo aparecía misterioso para ella, no pudo hacer otra cosa que conjeturas. Los parientes de ser Orio lo hicieron asunto de sus conversaciones particulares; á fuerza de suposiciones, acabaron por crear una fábula verosímil.

«Una gran dama — decían, — se había enamorado de

Ticianelo, esto es, del hijo de Ticiano, el cual estaba enamorado de Monna Bianchina, á la que requería en vano, ya se comprende. Ahora bien, aquella gran dama, que había bordado con sus manos la bolsa para Ticianelo, era precisamente la dogaresa en persona. ¡Júzguese de su cólera al saber que Ticianelo había sacrificado aquel regalo de amor á Bianchina!» Tal era la crónica de familia que se repetía en voz baja en Padua, en la casita de ser Orio.

Satisfécho por el éxito de su primera empresa, nuestro héroe pensó en intentar la segunda. Tratábase de componer un soneto para su hermosa incógnita. Como la extraña comedia que había representado le impresionó á pesar suyo, empezó por escribir rápidamente algunas líneas que respiraban una cierta elocuencia. La esperanza, el amor, el misterio, todas las frases apasionadas comunes á los poetas, se presentaban en tropel á su imaginación. Empero — pensó, — mi madrina me ha dicho que se trataba de una de las más nobles y bellas damas de Venecia; así es que me conviene guardar un tono más conveniente y hablarle con más respeto.

Borró lo escrito, y pasando de un extremo á otro, compuso algunas rimas sonoras á las cuales se esforzó en adaptar, no sin trabajo, algunas ideas semejantes á su dama, es decir, las más bellas y nobles que pudo hallar. A la esperanza demasiado atrevida, substituyó la temerosa duda; en lugar de misterio y de amor, habló de respeto y gratitud. No pudiendo celebrar los atractivos de una mujer á quien nunca había visto, se sirvió lo más delicadamente posible de algunos términos nebulosos que podían aplicarse á todos los semblantes. En una palabra, al cabo de dos horas de meditación y trabajo, había hecho doce versos aceptables, muy armoniosos y muy insignificantes.

Púsolos en limpio en una hoja de pergamino, y dibujó en las márgenes algunos pájaros y flores que pintó cuidadosamente. Pero así que la obra estuvo terminada, apenas hubo releído sus versos, los tiró por la ventana

al canal que corría al pie de su casa. «¿Qué he de hacer? — se preguntaba; — ¿á qué fin proseguir esta aventura, si mi conciencia no me inspira?»

Tomó su mandolino y se paseó arriba y abajo del cuarto, cantando y acompañándose con la tonadilla compuesta sobre un soneto de Petrarca. Al cabo de un cuarto de hora, se detuvo; su corazón palpitaba. Ya no pensaba en las conveniencias ni el efecto que pudiera producir. La bolsa que había arrebatado á Bianchina, y que acababa de recobrar como una conquista, estaba sobre la mesa. Y se quedó mirándola.

«La mujer que ha hecho esto por mí — se dijo, —debe amarme y saber amar. Un trabajo como éste es largo y difícil; este fino bordado, estos bonitos colores, exigen mucho tiempo, y mientras trabajaba pensaba en mí. En las pocas palabras que acompañaban esta bolsa, se condensaba un consejo amistoso, y no había una sola palabra equívoca. Este es un cartel amoroso enviado por una mujer de corazón; aunque haya pensado en mí un solo día, hay que recoger gallardamente el guante.»

Puso otra vez manos á la obra, y al tomar la pluma, estaba más agitado por el temor y la esperanza que cuando jugaba las más gruesas sumas á una mano de dados. Sin reflexionar y sin detenerse, escribió presurosamente un soneto, cuya traducción es ésta poco más ó menos:

Cuando á Petrarca en mi niñez leía
Ambicioné su gloria rutilante.
Fué poeta de amor; cantor amante;
La lengua de los dioses poseía.

Sólo su poderosa fantasía
Penetró en nuestro seno palpitante;
Y al sorprender la risa, en el diamante
Con estilete de oro la esculpía.

¡Oh! vos cuya palabra generosa
Escrita ayer, ya se ha llevado el viento,
Acordaos de un alma agradecida.

Me falta de Petrarca la grandiosa
Inspiración, mas puedo dar contento
La mano á quien me llame, á vos, la vida.

Pippo se fué al día siguiente á casa la *signora* Dorotea. Así que pudo estar solo con ella, dejó su soneto sobre las rodillas de la ilustre dama, diciéndole: «Tomad, para vuestra amiga». La madrina se quedó de pronto sorprendida, después leyó los versos, y juró que no se tomaría el trabajo de enseñárselos á nadie. Pero Pippo se rió de ello, y persuadido de lo contrario, se despidió asegurando que se marchaba sin cuidado.

IV

Pasó, no obstante, la semana siguiente con la mayor turbación; pero su turbación no carecía de encantos. No salía de su casa, y no se atrevía, por decirlo así, á moverse, para dejar hacer con más espontaneidad á la fortuna. Obraba en ésto con más prudencia de la que se tiene generalmente á su edad, pues sólo tenía veinticinco años, y la impaciencia de la juventud nos hace con frecuencia ir más allá de nuestros propósitos, queriendo lograrlos demasiado pronto. La fortuna quiere nos ayudemos nosotros mismos y que sepamos asirla á tiempo; pues, según la frase de Napoleón, es mujer. Pero, por la misma razón, quiere aparentar que concede lo que le arrebatan, y hay que esperar á que abra la mano.

Al noveno día, hacia la tarde, la caprichosa diosa llamó á la puerta de nuestro joven; y no fué por poca cosa, como vais á ver. Bajó á abrir él mismo. La negra estaba en el umbral; llevaba en la mano una rosa y la aproximó á los labios de Pippo.

— Besad esta flor — le dijo; — tiene un beso de mi ama. ¿Puede venir á veros sin peligro?

— Sería una gran imprudencia — respondió Pippo — si viniera de día; mis domésticos no dejarían de verla. ¿Le es posible salir de noche?

— No.. ¿Quién se atrevería en su lugar? No puede salir de noche, ni recibiros en su casa.

— Es necesario, pues, que consienta en venir á otra parte, en un lugar que le indicaré.

— No, quiere venir aquí; tomad vuestras precauciones.

Pippo reflexionó unos instantes.

— ¿Tu ama puede levantarse temprano? — preguntó á la negra.

— A la hora en que sale el sol.

— Pues bien, escucha. Yo me despierto ordinariamente muy tarde, por consiguiente, toda mi servidumbre duerme hasta muy entrado el día. Si tu ama puede venir al amanecer, la esperaré, y podrá entrar aquí sin ser vista por nadie. En cuanto á hacerla salir, yo me encargo, si puede permanecer conmigo hasta el anochecer.

— Lo hará; ¿os place que sea mañana?

— Mañana al alba — dijo Pippo. Deslizó un puñado de cequíes en la gorguera de la mensajera; luego, sin preguntar más, subió á su cuarto y se encerró, decidido á velar hasta el nuevo día. Hízose desnudar desde luego, para que creyeran que iba á acostarse; pero cuando se quedó solo, encendió un buen fuego, se puso una camisa bordada, un cuello perfumado y un jubón de terciopelo blanco con mangas de raso de la China; y cuando lo tuvo todo bien dispuesto, se sentó á la ventana, y empezó á soñar en su aventura.

No se crea, como es de suponer, que juzgara excesiva la prontitud con que su dama le había dado una cita. En primer lugar, no hay que olvidar que esta historia sucede en el siglo XVI, y los amores de aquel tiempo corrían más de prisa que los nuestros. Según los más auténticos testimonios, parece indudable que en aquella época lo que llamaríamos indelicadeza pasaba por sinceridad, y hay además motivos para pensar que lo que hoy llamamos virtud parecía entonces hipocresía. Sea lo que fuese, una mujer enamorada de un guapo mozo se le rendía sin muchos circunloquios, y éste no por ello la estimaba menos; nadie pensaba en avergonzarse de lo que le parecía natural; era el tiempo en que un señor de la corte de Francia llevaba en su sombrero, á guisa de penacho, una media de seda de su amante, y respondía sin empacho á los que se sorprendían de verle en el Louvre con tal adorno, que era la media de una mujer que le hacía morir de amor.

Por otra parte, tal era el carácter de Pippo, que aunque hubiese nacido en el siglo presente, quizás no habría cambiado completamente de opinión sobre este punto. A pesar de sus desordenados y locos excesos, si era posible que alguna vez mintiera á los demás, nunca se engañaba á sí mismo; y con esto queremos decir que estimaba las cosas por lo que valían y no por sus apariencias, y que, con saber disimular, no empleaba el engaño más que cuando le impelía un verdadero deseo. En suma, podía creer obra de su capricho el regalo de que había sido objeto; pero en todo caso no era el capricho de una coqueta; y hemos enumerado antes los motivos, que consistían en el cuidado y delicadeza con que estaba bordada la bolsa, y el tiempo que en hacerla habrían invertido.

En tanto que su espíritu se anticipaba á la dicha prometida, se acordó de una boda turca cuya narración había oído. Cuando los orientales se casan, sólo ven en vísperas de la boda el semblante de la novia, que ha permanecido velado hasta entonces para ellos, lo mis-

mo que para los demás. Se fían de lo que les dicen los parientes, y se casan así bajo su palabra. Apenas concluye la ceremonia, la joven se muestra al esposo, quien puede averiguar entonces por sí mismo si el contrato realizado es bueno ó malo; pero como ya es tarde para desdecirse, no queda más recurso que hallarlo bueno; y, sea como quiera, nadie puede asegurar que aquellas uniones sean más desgraciadas que otras.

Pippo, se hallaba precisamente en el mismo caso que un novio turco: no esperaba, hay que ser justos, encontrar una virgen en su incógnita dama, pero esto no le importaba gran cosa; y además, tenía en su favor la ventaja de que el compromiso que contraía no era tan solemne. Podía entregarse á la ilusión de la esperanza y la sorpresa, sin temer sus inconvenientes, y esta consideración le bastaba para compensarle de lo que pudiera echar de menos. Figuróse, pues, que aquella noche era realmente la de sus bodas, y no es de extrañar que, á su edad, tal idea le causara verdaderos arrebatos de gozo.

La primera noche de bodas debe ser, sin duda, para una imaginación ardiente, una de las mayores felicidades imaginables, porque no está precedida por ninguna pena. Los filósofos pretenden, á decir verdad, que la pena da más sabrosidad al placer que acompaña, pero Pippo opinaba que una mala salsa no hace que el pescado sea más fresco. Así es que prefería los fáciles goces, pero sin llegar á ser groseros, y es por desgracia regla casi invariable que los placeres exquisitos se paguen caros. Ahora bien, la noche de bodas constituye la excepción de esa regla; es una circunstancia única en la vida, que satisface á la vez las dos inclinaciones más gratas al hombre, la indolencia y el deseo; conduce al cuarto de un hombre á una mujer coronada de flores, que ignora el amor, cuya madre se ha esforzado durante quince años en ennoblecer el alma y cultivar el espíritu; para obtener una mirada de aquella criatura, sería preciso tal vez suplicar un año ente-

CAMPS.

ro, y sin embargo, para poseer aquel tesoro, el esposo no ha de hacer más que abrir los brazos; la madre se aleja, Dios mismo lo consiente. ¿Si al despertar de tan hermoso sueño no nos halláramos casados, quién no querría soñar todas las noches?

No le supo mal á Pippo no haber dirigido más preguntas á la negra; porque una criada, en tales casos, no puede prescindir de elogiar á su ama, aunque fuera más fea que un pecado mortal; y las dos palabras que se escaparon á la *signora* Dorotea bastaban. Sólo hubiera querido saber si la incógnita dama era morena ó rubia. Para formarse una idea de una mujer, cuando se sabe que es hermosa, nada importa tanto como saber el color de sus cabellos. Pippo vaciló largo tiempo entre ambos colores; por fin imaginó que tenía los cabellos castaños, para tranquilizar su espíritu.

Pero entonces no supo decidir de qué color eran los ojos; los hubiera supuesto negros si hubiese sido morena, y azules si rubia. Y se figuró que eran azules, pero no ese azul claro é indeciso que, ora aparece gris, ora verdoso, sino de aquel azul puro como el cielo, que, en los momentos de pasión, toma un tinte más obscuro, y se vuelve sombrío como el ala de un cuervo.

Apenas columbró la mirada tierna y profunda de aquellos atractivos ojos, su imaginación los rodeó con una frente blanca como la nieve, y con dos mejillas sonrosadas como la cumbre de los Alpes á los rayos del sol. Entre ambas mejillas, suaves como un melocotón, creyó ver una nariz recta como la del busto antiguo que llaman el amor griego. Debajo, unos labios encarnados, ni grandes ni pequeños, dejando pasar entre dos filas de perlas un hálito fresco y voluptuoso; la barba bien hecha y ligeramente redondeada; la fisonomía franca, un si es no es altiva; y un cuello algo largo, sobre el que se balanceaba blandamente, como una flor en su tallo, aquella graciosa y simpática cabeza. Faltábale á aquella imagen, creada por la fantasía, tomar cuerpo. Va á venir — pensaba Pippo, — estará aquí al amane-

cer. Y lo más sorprendente en su extraña fantasía, es que acababa de hacer, sin saberlo, el fiel retrato de su futura amante.

Cuando la fragata del Estado, que vigila la entrada del puerto, disparó el cañonazo para anunciar las seis de la mañana, Pippo observó que la luz de su lámpara amarilleaba, y que una ligera tinta azulada coloreaba los vidrios de su ventana. Púsose inmediatamente al acecho. Ya no miraba con los semientornados ojos lo que ocurría á su alrededor; por más que había pasado la noche sin dormir, sentíase más libre y bien dispuesto que nunca. La aurora empezaba á asomarse, pero Venecia dormía aún; la indolente patria del placer no se despierta tan temprano. A la hora que en nuestro país se abren las tiendas, los transeuntes se cruzan y los coches ruedan, las nieblas se extienden sobre la desierta laguna y cubren con un velo los silenciosos palacios. El viento rizaba apenas el agua; algunas velas aparecían á lo lejos, hacia Fusina, trayendo á la reina de los mares las provisiones del día. Unicamente, por encima de la ciudad dormida, el ángel del campanario de San Marcos se destacaba con la brillantez del crepúsculo, y los primeros rayos del sol resplandecían en sus doradas alas.

Mientras tanto las campanas de las innumerables iglesias de Venecia tocaban el *Angelus* con creciente rumor, las palomas de la República, advertidas por el son de las campanas, cuyos tañidos saben contar con maravilloso instinto, atravesaban á bandadas, volando rápidamente, el muelle de los Esclavones, para ir á buscar en la gran plaza el maíz que se echa con regularidad á aquella hora para ellas; las nieblas se disipaban poco á poco; el sol apareció; algunos pescadores sacudieron sus capotes y empezaron á limpiar sus barcas; uno de ellos entonó con voz clara y vibrante una canción del país; desde la estiva de un bastimento de comercio le respondió una voz de bajo; otra, más distante, se unió al estribillo de la segunda copla; y

bien pronto quedó organizado el coro, cantando cada cual su parte sin dejar el trabajo, y una hermosa canción saludó la claridad del día.

La casa de Pippo estaba situada en el muelle de los Esclavones, no lejos del palacio Nani, en la esquina de un estrecho canal; en aquel instante, en el fondo de aquel canal brilló la sierra de una góndola. Había en la popa un solo gondolero; pero la ligera embarcación hendía las ondas con la rapidez de una flecha, y parecía que se deslizaba por el bruñido espejo donde se hundía cadenciosamente el aplanado remo. Al pasar por debajo del puente que separa el canal de la laguna grande, la góndola se detuvo. Una mujer con antifaz, de esbelto y distinguido talle, saltó á tierra y se dirigió hacia el muelle. Pippo bajó en seguida y se acercó á ella. «¿Sois vos?» dijo éste en voz baja. Por toda respuesta ella tomó la mano que le tendía y le siguió. Ningún doméstico se había levantado aún en la casa; sin pronunciar una sola palabra, atravesaron de puntillas la galería inferior, donde dormía el portero. Al llegar al cuarto del artista, la dama se sentó en un sofá y permaneció algún tiempo pensativa. Luego se quitó la máscara. Pippo reconoció entonces que la *signora* Dorotea no le había engañado, y que tenía ante sí á una de las más hermosas mujeres de Venecia, y la heredera de dos nobles familias, Beatriz Loredán, viuda del procurador Donato.

V

Es imposible describir con palabras la belleza de las primeras miradas que Beatriz dirigió á su alrededor apenas hubo descubierto su semblante. A pesar de sus diez y ocho meses de viudez, sólo tenía venticuatro

años, y aunque la empresa á que se había lanzado pueda parecer al lector atrevida, era la primera vez en su vida que lo hacía; porque lo cierto es que, hasta entonces, sólo había sentido amor por su marido. Así es que la empresa la había arredrado hasta tal punto, que para no renunciar á ella por el camino, necesitó reunir todas sus fuerzas, y sus ojos rebosaban á la vez amor, confusión y tenacidad.

Pippo la contemplaba con tanta admiración, que no acertaba á hablar. Sean las que fueren las circunstancias, es imposible contemplar una mujer verdaderamente bella, sin admiración y sin respeto. Pippo había encontrado con frecuencia á Beatriz en los paseos y en las reuniones particulares. Había ensalzado y oído ensalzar cien veces su belleza. Era hija de Pedro Loredán, miembro del Consejo de los Diez, y biznieto del famoso Loredán que tan activa parte tomó en el proceso de Jaime Fóscari. La altivez de aquella familia era bien conocida en Venecia, y Beatriz pasaba á la vista de todos por haber heredado el orgullo de sus antepasados. Habíanla casado, joven aun, con el procurador Marcos Donato, y la muerte de éste acababa de dejarla en libertad y en posesión de una inmensa fortuna. Los primeros señores de la República aspiraban á su mano; pero ella respondía á sus esfuerzos para agradarla, con la más desdeñosa indiferencia. En una palabra, su carácter altivo y casi intratable había pasado, por decirlo así, á ser proverbial. Pippo, pues, se hallaba doblemente sorprendido; porque si de un lado jamás pudo sospechar que su misteriosa conquista fuese Beatriz Donato, por otro parecíale, al mirarla, que la veía por primera vez, tan distinta la juzgaba de ella misma. El amor, que sabe dar encantos á los rostros más vulgares, mostraba en aquel momento su soberano poder, embelleciendo aquella obra maestra de la naturaleza.

Al cabo de algunos instantes de silencio, Pippo se aproximó á su dama y le tomó la mano. Trató de des-

cribirle su sorpresa y de darle las gracias por su dicha; pero ella ni respondía ni daba muestras de oirle. Permanecía inmóvil, como si nada distinguiera, como si todo lo que la rodeaba fuese un sueño. El siguió hablando por mucho tiempo sin que ella hiciera un solo movimiento; pero, en tanto hablaba, Pippo pasó su brazo alrededor del talle de Beatriz y se sentó á su lado.

— Ayer me enviasteis — dijo el artista — un beso en una rosa; dejad que os lo devuelva en una flor más fresca y más hermosa.

Y así diciendo, la besó en los labios. Ella no hizo esfuerzo ninguno para impedirlo; pero sus miradas, que erraban al azar, se fijaron de pronto en Pippo. Entonces le rechazó suavemente, y le dijo meneando la cabeza con una tristeza llena de gracia.

— Vos no me amaréis; sólo tendréis por mí un capricho; pero yo os amo, y quiero ponerme de rodillas á vuestros pies.

Y así lo hizo; en vano Pippo quiso impedírselo suplicando que se levantara. Ella se deslizó entre sus brazos y cayó al suelo de rodillas.

No es cosa muy común ni menos agradable ver á una mujer en posición tan humilde. Aunque sea una manifestación de amor, parece propia exclusivamente del hombre; es una actitud conmovedora que no se puede ver sin turbación, y que á veces ha arrancado de los jueces el perdón de un culpable. Pippo contempló con creciente sorpresa el admirable espectáculo que se desarrollaba á su vista. Si al reconocer á Beatriz le había sobrecogido un súbito respeto, ¿qué no debía sentir al verla á sus pies? La viuda de Donato, la descendiente de los Loredán ¡de rodillas! Su falda de terciopelo, sembrada de flores de plata, cubría el pavimento; su velo, sus sueltas guedejas caían al suelo. De aquel hermoso marco destacábanse sus blancos hombros y sus manos juntas, mientras que sus ojos humedecidos se levantaban á Pippo. Conmovido hasta el fondo de su corazón, re-

trocedió algunos pasos y se sintió ebrio de orgullo. El no era noble; la altivez patricia de que se despojaba Beatriz, cruzó como un relámpago por el alma del joven.

Pero aquel relámpago duró un solo instante, y se desvaneció con rapidez. Semejante espectáculo debía producir algo más que un movimiento de vanidad. Cuando nos inclinamos sobre un límpido manantial, nuestra imagen se refleja en él, y nuestra proximidad hace nacer un hermano que del fondo de las aguas se acerca á nosotros. Así también, en el alma humana, el amor llama al amor y lo hace brotar con una mirada. Pippo se puso también de rodillas. Inclinados el uno ante el otro, permanecieron así algunos instantes, trocando sus primeros besos.

Si Beatriz era hija de los Loredán, también corría por sus venas la apacible sangre de su madre Bianca Contarini. Jamás criatura humana excedió á aquella madre, que era también una de las bellezas de Venecia. Siempre alegre y graciosa, pensando sólo en vivir bien en tiempo de paz, y amante de la patria en tiempo de guerra, Bianca parecía la hermana mayor de sus hijas. Murió joven, y, muerta, era hermosa todavía.

De ella aprendió Beatriz á conocer y apreciar las bellas artes, y especialmente la pintura. Esto no quiere decir que la joven viuda tuviera una inteligencia superior en este punto. Había estado en Roma y en Florencia, y las obras maestras de Miguel Angel no le habían inspirado más que curiosidad. Si hubiese sido romana, hubiera preferido á Rafael; pero era hija del Adriático, y prefería á Ticiano. Mientras todo el mundo se ocupaba á su alrededor de intrigas de corte, ó de negocios de la República, preocupábase únicamente de los nuevos cuadros y del porvenir de su arte favorito, desde la muerte del viejo Vecellio. Había visto en el palacio Dolfin el cuadro que hemos citado al principio de este cuento, el único que acabó Ticianelo, y que un incendio había destruído. Después de admirar aquella

tela, encontró á Pippo en casa de la *signora* Dorotea, y se había enamorado de él con irresistible pasión.

La pintura, en el siglo de Julio II y de León X, no era un oficio como hoy; era una religión para los artistas, un placer distinguido para los grandes señores, una gloria para Italia y una pasión para las mujeres. Cuando un papa salía del Vaticano para visitar á Buonarotti, la hija de un noble veneciano podía sin rubor amar á Ticianelo; pero Beatriz había concebido un proyecto que elevaba y enardecía su pasión. Quería hacer de Pippo mucho más que su amante: quería hacer de él un gran pintor. Conocía la vida desarreglada que llevaba, y estaba resuelta á arrancarle de ella. Sabía que, á pesar de sus desórdenes, no se había extinguido en él el fuego sagrado del arte, sino cubierto de ceniza, y esperaba que el amor avivaría la llama. Vaciló un año entero, acariciando en secreto esta idea, encontrando á Pippo de tiempo en tiempo y dirigiendo la vista á sus ventanas cuando pasaba por el muelle. Asaltóla un súbito capricho, y no pudo resistir á la tentación de bordar una bolsa y enviársela. Es verdad que se había propuesto no seguir más allá ni tentar jamás otra cosa. Pero cuando la *signora* Dorotea le enseñó los versos que Pippo había escrito para ella, derramó lágrimas de gozo. No ignoraba á qué riesgos se exponía tratando de realizar su ensueño; pero era un ensueño de mujer, y al salir de su casa se había dicho: — Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere.

Llevada y sostenida por aquella idea, por su amor y su franqueza, sentíase al abrigo de todo temor. Al arrodillarse delante de Pippo, hizo su primera oración de amor; pero después del sacrificio de su orgullo, el impaciente dios niño le pedía otro. Y no vaciló en convertirse en la amante de Ticianelo, más de lo que hubiera hecho para ser su mujer. Quitóse el velo y lo colocó en una estatua de Venus que se hallaba en el cuarto; y después, tan blanca y hermosa como la diosa de mármol, se abandonó á su destino.

Pasó el día en casa de Pippo, según habían convenido. Al obscurecer, la góndola que la había conducido fué á buscarla. Y salió con tanto sigilo como había entrado. Alejaron á los domésticos bajo diferentes pretextos; el portero era el único que quedaba en la casa. Acostumbrado á la manera de vivir de su amo, no se sorprendió al ver á una mujer con antifaz atravesar la galería con Pippo. Pero cuando vió que la dama, cerca de la puerta, levantaba su máscara, y que Pippo le daba un beso de despedida, se acercó sin rumor y prestó oído.

— ¿No te habías fijado en mí? — preguntó alegremente Beatriz.

— Sí — respondió Pippo, — pero no conocía tu semblante; tú misma, créeme, ignoras tu belleza.

— Y tú también; eres hermoso como el día, mil veces más de lo que imaginaba. ¿Me amarás?

— Sí, por mucho tiempo.

— Y yo ¡siempre!

Y al decir estas palabras se separaron, y Pipo se quedó en el umbral de la puerta siguiendo con los ojos la góndola que se llevaba á Beatriz Donato.

VI

Transcurrieron quince días sin que Beatriz se decidiera á hablar del proyecto que había concebido. A decir verdad, lo había casi olvidado ella misma. Los primeros días de relaciones amorosas, se parecen á las excursiones de los españoles cuando descubrieron el Nuevo mundo. Al embarcarse prometían á su gobierno que seguirían sus precisas instrucciones, que levantarían planos y que civilizarían la América, pero, apenas llegaban, el aspecto de un cielo desconocido, un bosque virgen, una mina de oro ó de plata, les hacían perder

la memoria. Para correr tras las novedades, olvidaban sus promesas, y á Europa entera, pero lograban descubrir un tesoro: así lo hacen á veces los amantes.

Otro motivo, además, excusaba á Beatriz. Durante quince días Pippo no había jugado y ni una sola vez estuvo en casa de la condesa de Orsini. Era como un principio de cordura; Beatriz, al menos, lo consideraba así, y yo no sé si hacía bien ó mal. Pippo pasaba la mitad del día al lado de su amante, y la otra mitad contemplando el mar y bebiendo vino de Samos en una taberna de Lido. Sus amigos le habían perdido de vista; rompió con todas sus costumbres, y no se preocupaba ni del tiempo, ni de la hora, ni de sus acciones; en una palabra, embriagábase con el profundo olvido de todas las cosas que los primeros besos de una mujer hermosa deja siempre tras de sí; ¿y se puede decir que un hombre en caso semejante esté cuerdo ó loco?

Sirviéndome de una frase que lo expresa todo, Pippo y Beatriz habían nacido el uno para el otro; diéronse cuenta de ello desde el primer día, pero el tiempo debía persuadirlos, y un mes no era, en verdad, cosa excesiva. Un mes transcurrió, pues, sin que se tratara de pintura. En cambio, tratábase mucho de amor, de música por el agua y de paseos fuera de la ciudad. Las grandes damas prefieren á veces una secreta partida de placer en un ventorrillo de las afueras que una cena íntima en un saloncito. Beatriz opinaba así, y prefería á los banquetes, hasta del Dux, un pescado fresco comido á solas con Pippo bajo las glorietas de Quintavalle. Después del almuerzo se embarcaban en la góndola, y se iban á pasear alrededor de la isla de los Armenios; allí, entre la ciudad y el Lido, entre el cielo y el mar, aconsejo al lector que vaya, en una hermosa noche de luna, á hacer el amor á la veneciana.

Al cabo de un mes, un día que Beatriz fué secretamente á casa de Pippo, le halló más alegre que de costumbre. Cuando entró, acababa de desayunarse y se paseaba cantando; el sol penetraba en su cuarto y ha-

cía brillar encima de la mesa una taza de plata llena de cequíes. Aquella víspera había jugado y ganó cien piastras á ser Vespasiano. Con aquella suma compró un abanico chino, unos guantes perfumados y una cadena de oro hecha en Venecia y admirablemente labrada; lo colocó todo en un cofrecito de cedro incrustado de nácar, y lo ofreció á Beatriz.

Esta, de pronto, recibió el regalo con alegría; pero casi en seguida, así que supo la procedencia del dinero ganado en el juego, no quiso aceptarlo. En vez de participar de la alegría de Pippo, se puso triste. Pensaba tal vez que él la amaba menos, puesto que había vuelto á sus antiguos placeres. Sea lo que fuere, comprendió que había llegado el momento de hablar, y de procurar que renunciara á los desórdenes á que volvería á entregarse.

No era fácil la empresa. En un mes pudo darse cuenta del carácter de Pippo. Era, hay que confesarlo, en extremo negligente por lo que respecta á las cosas ordinarias de la vida, y practicaba con delicia el *dolce far niente;* pero, en cuanto á las cosas más importantes no era dueño de dominarlas, á causa de su misma indolencia; de suerte que, cuando querían imponérsele, en lugar de luchar y de discutir, dejaba que dijeran cuanto les viniera en gana, y seguía obrando á su manera. Para conseguir sus propósitos, Beatriz dió un rodeo y le pidió si le pintaría su retrato.

El asintió sin dificultad; al día siguiente compró una tela é hizo llevar á su cuarto un artístico caballete entallado que había pertenecido á su padre. Beatriz llegó por la mañana, vestida con un holgado traje obscuro, del que se desembarazó cuando Pippo estuvo dispuesto á trabajar, apareciendo entonces delante de él en un traje poco más ó menos igual al que Paris Bordone vistió á su *Venus coronada.* Sus cabellos, anudados sobre la frente y adornados de perlas, caían sobre sus brazos y sus hombros en largas y onduladas guedejas. Un collar de perlas que bajaba hasta la cintu-

ra, asegurado en medio del pecho por un broche de oro, seguía y dibujaba los perfectos contornos de su desnudo seno. Su túnica de tafetán cambiante, azul y rosa, levantábase á la altura de la rodilla, sujeta por un broche de rubíes, dejando al descubierto una pierna lisa como el mármol. Llevaba, además, ricos brazaletes y zapatitos de terciopelo escarlata bordados de oro.

La *Venus* de Bordone no es más, según ya es sabido, que el retrato de una dama veneciana; y aquel pintor, discípulo de Ticiano, gozaba de gran reputación en Italia. Pero Beatriz, que conocía tal vez el modelo del cuadro, sabía perfectamente que ella era más hermosa, y quería excitar la emulación de Pippo, demostrándole de aquel modo que podía aventajar á Bordone. «¡Sangre de Diana! — exclamó el joven después de examinarla un rato, — la *Venus coronada* no es más que una pescadera del Arsenal disfrazada de diosa; ¡ésta es la verdadera madre del Amor y la amante del dios de las batallas!»

Se comprenderá fácilmente que su primer impulso, al contemplar tan hermoso modelo, no fué el de pintar. Beatriz temió por un instante ser demasiado bella y haberse valido de un mal procedimiento para llevar á cabo sus proyectos de regeneración. No obstante, Pippo empezó el retrato, pero lo esbozaba distraidamente. Por casualidad cayó de su mano el pincel; Beatriz lo recogió, y devolviéndoselo á su amante: «El pincel de tu padre — le dijo, — también se cayó un día de su mano; Carlos V lo recogió y se lo devolvió; yo quiero hacer como César, aun cuando no sea una emperatriz.»

Pippo había tenido siempre para su padre un afecto y una admiración sin límites, y cuando hablaba de él lo hacía con sumo respeto. Aquel recuerdo le impresionó. Se levantó y corrió á abrir un armario: — Este es el pincel de que me hablas — dijo á Beatriz mostrándoselo; — mi pobre padre lo conservó como una reliquia desde que el dueño de medio mundo lo hubo tocado.

— ¿Estabas presente á aquella escena?—preguntó Beatriz. — ¿Podrías explicármela?

— Era entonces muy niño aun — respondió Pippo, — pero me acuerdo bien. Ocurrió en Bologna. El papa y el emperador tuvieron una entrevista; tratábase del ducado de Florencia, ó, por mejor decir, de la suerte de Italia. Habíase visto á Pablo III y á Carlos V conversando juntos en una terraza, y durante la conversación la ciudad entera permanecía silenciosa. Al cabo de una hora estaba resuelto todo; un gran ruido de hombres y caballos sucedía al silencio. Ignorábase lo que sucedería, y todo el mundo estaba impaciente por saberlo; pero había sido impuesto el más absoluto silencio; los habitantes veían pasar con curiosidad y terror los oficiales subalternos de ambas cortes; hablábase de un desmembramiento de Italia, de destierros y de nuevos principados. Mi padre estaba trabajando en un gran cuadro, y se hallaba en lo alto de la escalera que le servía para pintar, cuando algunos alabarderos, armados con sus alabardas, abrieron la puerta y se alinearon en la pared. Un paje entró y gritó: «¡César!» Algunos minutos después apareció el emperador, muy tieso en su jubón, y sonriendo por entre su bermeja barba. Mi padre, sorprendido y lisonjeado por la inesperada visita, bajó la escalera tan de prisa como pudo; era ya viejo; al apoyarse á la barandilla, dejó caer el pincel. Todo el mundo permaneció inmóvil, porque la presencia del emperador nos había convertido en estatuas. Mi padre estaba confuso por su lentitud y falta de agilidad, pero temía caerse si se apresuraba; Carlos V se adelantó algunos pasos, se inclinó lentamente y recogió el pincel. «El Ticiano — dijo, con voz clara é imperiosa, — el Ticiano bien merece ser servido por César». Y con majestad verdaderamente sin igual, entregó el pincel á mi padre, que puso una rodilla en tierra para recibirlo.

Después de este relato, que hizo Pippo no sin cierta emoción, Beatriz permaneció silenciosa por algún tiempo; bajó la cabeza, y parecía tan distraída, que aquél le preguntó en qué pensaba.

— Pienso en una cosa — respondió. — Carlos V ha muerto ahora, y su hijo es rey de España. ¿Qué se diría de Felipe II si, en lugar de ceñir la espada de su padre, la dejara enmohecer en un armario?

Pippo sonrió, y aunque había comprendido perfectamente la idea de Beatriz, le preguntó qué es lo que pretendía decir con ello.

— Quiero decir — le contestó — que tú también eres el heredero de un rey, porque Bordone, Moretto y Romanino son buenos pintores; Tintoreto y Giorgione eran artistas; pero Ticiano era un rey; y ahora ¿quién lleva su cetro?

— Mi hermano Horacio — respondió Pippo — hubiera sido un buen pintor, si hubiese vivido.

— Sin duda alguna — añadió Beatriz, — y oye lo que se dirá de los hijos de Ticiano: El uno hubiera sido un gran pintor si hubiese vivido, el otro si hubiese querido.

— ¿Lo crees así? — dijo Pippo riendo; — ¡pues bien! ¿sabes lo que añadirán? Pero prefirió pasear en góndola con Beatriz Donato.

Como no esperaba esta respuesta, Beatriz quedó algo desconcertada. No por ello perdió su fuerza de voluntad, pero adoptó un tono más serio.

— Oyeme — dijo, — y no te rías. El único cuadro que has hecho ha causado admiración. No hay nadie que no se duela de su pérdida; pero la vida que llevas es mucho peor que el incendio del palacio Dolfin, porque va consumiéndote á ti mismo. No piensas más que en divertirte, y no reflexionas que lo que es un extravío en los demás, es en ti una vergüenza. El hijo de un comerciante enriquecido, puede jugar á los dados, pero no Ticianelo. ¿De qué sirve que sepas tanto como nuestros viejos pintores, y que poseas la juventud que á ellos les falta? No tienes que hacer más que proponértelo para ser lo que quieras, pero no te lo propones. Tus amigos te engañan, pero yo cumplo mi deber diciéndote que ultrajas la memoria de tu padre; ¿y quién te

lo diría si no fuese yo? Mientras seas rico, encontrarás personas que te ayudarán á arruinarte; mientras seas gallardo, las mujeres te amarán; pero ¿qué ocurrirá si mientras eres joven nadie te dice la verdad? Yo soy tu dueña, mi querido señor, pero quiero ser también tu amante. ¡Ojalá que hubieses nacido pobre! Si me amas, debes trabajar. He encontrado en un apartado barrio de la ciudad una casita escondida, de un solo piso. La haremos amueblar, si quieres, á nuestro gusto, y tendremos dos llaves: una para ti y yo guardaré la otra. Allí no temeremos á nadie, y estaremos en libertad. Tú mandarás que te lleven un caballete; si me prometes que irás á trabajar nada más que dos horas cada día, iré á verte todos los días. ¿Tendrás paciencia para ello? Si aceptas, podrá ser que dentro de un año ya no me ames, pero te habrás acostumbrado al trabajo, y contará Italia con otro gran nombre. Si rehusas, no podré dejar de amarte, pero será señal de que no me amas.

En tanto hablaba, Beatriz estaba temblorosa. Temía ofender á su amante, y sin embargo, se había impuesto la obligación de expresarse sin reserva; y su temor y el deseo de ser agradable hacían brillar sus ojos. No parecía una Venus, sino una Musa. Pippo no contestó en seguida; la encontraba tan hermosa, que la dejó por algún tiempo en su inquietud. A decir verdad, había atendido menos á las reconvenciones que al acento de la voz que las pronunciara; pero aquella voz insinuante le había fascinado. Beatriz había hablado con toda su alma, en el toscano más puro, con la dulzura veneciana. Cuando sale de unos hermosos labios una alegre canción, no prestamos gran oído á las palabras; y muchas veces es más agradable no percibirlas con claridad y dejarnos llevar únicamente por la música. Así, poco más ó menos, le sucedió á Pippo. Sin pensar en lo que le pedía, se acercó á Beatriz, la besó en la frente y le dijo:

— Todo cuanto quieras; eres hermosa como un ángel.

Quedó convenido que desde aquel día Pippo trabaja-

ría con regularidad. Beatriz quiso que se comprometiera por escrito. Sacó sus tablitas, y trazando algunas líneas con una especie de amorosa fiereza:

— Ya sabes — dijo — que nosotros, los Loredán, llevamos con fidelidad nuestras cuentas (1). Te inscribo por deudor de dos horas de trabajo diarias por el tiempo de un año; firma y págame con exactitud á fin de que yo sepa que me amas.

Pippo firmó de buen grado. — Pero queda entendido — dijo, — que empezaré por pintar tu retrato.

Beatriz le besó á su vez, y le dijo al oído: — Y yo también haré tu retrato, un retrato muy parecido, pero no inanimado, sino viviente.

VII

El amor de Pippo y Beatriz hubiera podido compararse al principio con un manantial que se escapa de la tierra; ahora parecía un riachuelo que se infiltra poco á poco y se abre un lecho en la arena. Si Pippo hubiese sido noble, seguramente se hubiera casado con Beatriz; pues á medida que se conocían mejor, se amaban más; pero aun cuando los Vecelli procedían de una buena familia de Cador en el Friulí, semejante unión no era posible. No sólo se hubieran opuesto los

(1) Cuando fué juzgado Foscari, Jaime Loredán, hijo de Pedro, creía ó fingía creer que tenía que vengar las pérdidas de su familia. En sus libros de cuentas (por que se dedicaba al comercio, como hacían en aquel tiempo casi todos los patricios) había inscrito de propio puño y letra el nombre del dux entre el de sus deudores; «por la muerte—decía—de mi padre y de mi tío». Al otro lado del registro había dejado una página en blanco, para mencionar el saldo de aquella deuda, y efectivamente, después de la pérdida del dux, escribió en su registro: *l' ha pagata*, la ha pagado.

(Daru, *Hist. de la république de Venise).*

parientes inmediatos de Beatriz, sino que se hubieran indignado cuantos en Venecia ostentaban un nombre ilustre. Aquellos que más fácilmente toleraban una intriga amorosa, y que nada hallaban que decir si una dama noble era la amante de un pintor, no hubieran perdonado á aquella mujer que se casara con su amante. Tales eran los prejuicios de aquella época, que valía, no obstante, más que la nuestra.

La casita se amuebló y Pippo mantuvo su palabra acudiendo todos los días. Decir que trabajaba, sería demasiado, pero hacía como que trabajaba, ó, mejor dicho, así se lo figuraba. Beatriz, por su parte, mantenía más de lo que había prometido; porque siempre llegaba la primera. El retrato estaba esbozado; progresaba lentamente, pero permanecía en el caballete, y aunque la mayor parte del tiempo no recibía ni una sola pincelada, hacía, por lo menos, oficio de testigo, ya sea para exaltar el amor, ya para excusar la pereza.

Todas las mañanas Beatriz enviaba un ramo á su amante por medio de su negra, para que se acostumbrara á levantarse temprano. «Un pintor debe estar en pie al alba — decía ella; — la luz del sol es su vida y el verdadero elemento de su arte, porque sin ella nada puede hacer».

Esta advertencia parecía muy justa á Pippo, pero hallaba su aplicación difícil. Con frecuencia ponía el ramo de la negra en el vaso de agua azucarada que tenía en la mesita de noche, y dormía otra vez. Cuando, para dirigirse á la casita, pasaba por debajo las ventanas de la casa de la condesa de Orsini, parecíale que el dinero danzaba en sus bolsillos. Un día encontró en el paseo á ser Vespasiano, quien le preguntó por qué no se dejaba ver.

— He jurado no tocar nunca más un cubilete — respondió, — y no tocar ni una carta; pero ya que nos hemos encontrado, juguemos á cara ó cruz el dinero que llevamos encima.

Ser Vespasiano, que aunque fuese viejo y notario,

no por ello dejaba de ser un jugador empedernido, no supo abstenerse de aceptar la proposición. Tiró una piastra al aire, perdió unos treinta cequíes y se marchó muy poco satisfecho. — ¡Qué lástima — pensó Pippo — que no pueda jugar! Estoy seguro que la bolsa de Beatriz continuaría favoreciéndome, y que ganaría en ocho días lo que he perdido en dos años.

No obstante, obedecía con gran placer á su amante. Su pequeño taller ofrecía el aspecto más risueño y tranquilo. Encontrábase en él como en un mundo nuevo, del que, sin embargo, guardaba memoria, pues la tela y el caballete le recordaban su infancia. Las cosas que un tiempo nos han sido familiares, nos lo vuelven á ser fácilmente, y esta facilidad, unida al recuerdo, nos las hace más simpáticas sin que sepamos por qué. Cuando en una hermosa mañana Pippo tomaba la paleta cargándola de brillantes colores; cuando los contemplaba dispuestos en orden y prontos á ser mezclados con su pincel, le parecía oir la voz fuerte de su padre gritar como antiguamente: «Vamos, holgazán, ¿en qué piensas? ¡A ver si emprendes la tarea con valentía!» A aquel recuerdo, volvía la cabeza; pero en lugar del severo semblante de Ticiano, veía á Beatriz con los brazos y el seno desnudos y la frente coronada de perlas, dispuesta á tomar la posición, y que le decía sonriendo: «Cuando os plazca, mi señor».

No se crea que permaneciera indiferente á los consejos que ella le daba por cierto en abundancia. Ora le hablaba de los maestros venecianos, y del lugar glorioso que se habían conquistado entre las escuelas italianas; ora, después de recordarle la inmensa altura á que el arte había llegado, le hacía ver su decadencia. Sin duda que tenía razón al tocar este punto; porque Venecia hacía entonces lo que acababa de hacer Florencia: no sólo perdía su gloria, sino también el respeto de su gloria. Miguel Angel y Ticiano vivieron ambos cerca de un siglo; después de haber enseñado las artes á su patria, habían luchado contra el desorden

tanto tiempo cuanto permiten las fuerzas humanas; pero las dos viejas columnas se hundieron. Para levantar hasta las nubes á obscuros innovadores, se olvidaba á los maestros enterrados apenas. Brescia, Cremona, abrían nuevas escuelas y las proclamaban superiores á las antiguas. En la misma Venecia, el hijo de un discípulo de Ticiano, usurpando el sobrenombre dado á Pippo, hacíase llamar como él el Ticianelo, y llenaba de obras del gusto más detestable la iglesia patriarcal.

Aun cuando Pippo no se hubiese preocupado por la honra de su patria, tal escándalo debía irritarle. Cuando delante de él elogiaban un mal cuadro, ó cuando hallaba en una iglesia una mala tela entre obras maestras de su padre, probaba el mismo disgusto que el que sentiría un patricio al ver el nombre de un bastardo inscrito en el libro de oro. Beatriz comprendía aquel disgusto y las mujeres tienen todas más ó menos algo del instinto de Dalila; saben sorprender á tiempo el secreto de los cabellos de Sansón. Al paso que respetaba los nombres consagrados, Beatriz tenía buen cuidado de elogiar de vez en cuando á algún pintor mediano. No le era fácil contradecirse á sí misma, pero con suma habilidad daba á sus falsas alabanzas un aspecto de verosimilitud. Por este medio lograba á menudo excitar el mal humor de Pippo, y había observado que en aquellos momentos se ponía á trabajar con extraordinario ardor. Entonces tenía la potencia de un maestro, y la impaciencia le inspiraba. Pero bien pronto su carácter frívolo se sobreponía y tiraba de repente el pincel. «Vámonos á beber un vaso de vino de Chipre — decía, — y no pensemos en estas tonterías».

Un espíritu tan inconstante hubiera tal vez desanimado á otra mujer que no fuera Beatriz; sin embargo, puesto que hallamos en la historia el relato de los más tenaces odios, no debe extrañarnos que el amor pueda ser perseverante. Beatriz, estaba persuadida de una cosa positiva, y es que la costumbre lo puede todo; y he aquí de donde provenía su convicción. Había visto á

su padre, hombre inmensamente rico y de salud débil, entregarse á su vejez á las más arduas fatigas, á los cálculos más áridos, para aumentar con algunos cequíes su colosal fortuna. Ella le había suplicado con insistencia que descansara, pero su padre le daba siempre la misma respuesta. «Que era una costumbre contraída desde la infancia, que le era necesaria, y que la conservaría hasta su muerte». Instruída por ese ejemplo, Beatriz no quería prejuzgar nada hasta que Pippo no se redujera á un trabajo regular, y se decía que el amor á la gloria debía ser una noble ambición más potente que la avaricia.

No se engañaba al pensar así; pero la dificultad consistía en que, para dar á Pippo una buena costumbre, era indispensable arrebatarle otra mala. Ahora bien, ciertas malas hierbas se arrancan sin gran esfuerzo, pero el juego no es de ese número; tal vez sea la única pasión que pueda resistir al amor, pues se ha visto á muchos ambiciosos, libertinos y devotos ceder á la voluntad de una mujer, pero muy raras veces á los jugadores, y la razón es fácil de explicar. Así como el metal amonedado representa casi todos los goces, el juego resume casi todas las emociones; cada carta, cada mano de dados envuelven la pérdida ó la posesión de cierto número de monedas de oro ó plata, y cada una de esas monedas es el signo de un goce indeterminado. El que gana, siente, pues, una multitud de deseos, y no solamente se entrega á ellos con entera libertad, sino que trata de crearse otros nuevos, con la certidumbre de satisfacerlos. De ahí la desesperación del que pierde, porque se halla de pronto en la imposibilidad de hacer nada, después de haber dispuesto de sumas enormes. Tales pruebas, repetidas con frecuencia, abaten y exaltan á la vez el espíritu sumiéndole en una especie de vértigo, y las sensaciones ordinarias son demasiado débiles, y se ofrecen de una manera demasiado lenta y demasiado sucesiva para que el jugador, acostumbrado á concentrar las suyas, pueda tomar en aquellas el más mínimo interés.

Afortunadamente para Pippo, su padre le había dejado bastante rico para que la pérdida ó ganancia pudieran ejercer en él una influencia tan funesta. La holganza, más que el vicio, le había impelido; era, por otra parte, demasiado joven para que el mal no tuviera remedio; la misma inconstancia de sus gustos lo probaba; no era, pues, imposible que se corrigiera si se le vigilaba atentamente. Esta necesidad no se había escapado á Beatriz, y sin preocuparse de cuidar su propia reputación, pasaba al lado de su amante casi los días enteros. Por otra parte, para que la frecuencia no engendrara la saciedad, ponía en obra todos los recursos de la coquetería femenina; su peinado, su tocado, hasta su lenguaje variaba sin cesar, y temiendo que Pippo se cansara de ella, cambiaba de traje todos los días. Pippo se daba cuenta de esas pequeñas estratagemas; pero no era tan necio que le enojaran, muy al contrario, pues por su parte hacía lo mismo; cambiaba de humor y de maneras con tanta frecuencia como degolilla. Pero para ello no tenía necesidad de meditar; estaba en su carácter, y solía decir, riendo: «Un gobio es un pececito, y un capricho es una pasioncilla».

Viviendo en esta conformidad y aficionados ambos al placer, nuestros amantes se entendieron á maravilla. Sólo una cosa inquietaba á Beatriz. Cada vez que hablaba á Pippo de los proyectos que formaba para el porvenir, éste se limitaba á contestar: — Empecemos por hacer tu retrato.

— No pido otra cosa — decía ella, — y hace tiempo que hemos convenido en ello. ¿Pero qué piensas hacer luego? Este retrato no puede exponerse, y conviene, así que esté concluído, que te des á conocer. ¿Tienes meditado algún asunto? ¿Será un cuadro de iglesia ó de historia?

Cuando ella le dirigía estas preguntas, Pippo hallaba siempre modo de parecer absorto en alguna operación que le impedía oir, como por ejemplo, recoger su pañuelo, abrochar un botón de su justillo, ó cualquier

otra bagatela del mismo jaez. Beatriz empezó á sospechar que se trataba de un misterio de artista, y que no quería darle cuenta de sus planes; pero nadie podía ser menos misterioso que él, ni más confiado, al menos con su amante, porque no hay amor sin confianza. — ¿Sería posible que me engañase — se preguntaba Beatriz; — que su complacencia fuese una ficción, y que no pensara en mantener su palabra?

Cuando esta duda asaltaba su espíritu, tomaba un aspecto grave, casi altanero, y le decía: «Me has dado tu palabra; te has comprometido por un año y veremos si eres hombre de honor». Pero antes de que pudiera terminar su frase, Pippo la besaba con ternura: «Empecemos por hacer tu retrato», repetía. Luego la conducía diestramente á hablar de otra cosa.

Júzguese de si tendría mucha prisa en acabar el retrato. Por fin, al cabo de seis semanas lo estuvo. Cuando Beatriz se puso de modelo por la última sesión, estaba tan alegre que no podía estar quieta en su sitio; iba y venía del cuadro á su sillón, y prorrumpía en exclamaciones de satisfacción y de placer. Pippo trabajaba lentamente y meneaba la cabeza de vez en cuando; frunció de pronto las cejas y pasó bruscamente por la tela el trapo que le servía para limpiar los pinceles. Beatriz corrió inmediatamente, y vió que había borrado la boca y los ojos. Tan consternada quedó, que no pudo contener las lágrimas; pero Pipo volvió á colocar tranquilamente los colores en la caja. «La mirada y la sonrisa — dijo — son dos cosas difíciles de hacer; hay que estar inspirado para atreverse á pintarlas. Hallo que mi mano no está bastante segura, é ignoro si lo estará nunca más».

El retrato quedó, pues, desfigurado, y cada vez que Beatriz contemplaba aquella cabeza sin boca y sin ojos, sentía que se redoblaba su inquietud.

VIII

El lector habrá podido observar que Pippo era aficionado á los vinos griegos. Y aunque los vinos de Oriente no sean muy parlachines, al llegar á los postres de una buena comida solía charlar de buena gana. Beatriz se las componía siempre de suerte que la conversación recayera en la pintura; pero así que se entraba en este tema, ocurría una de estas dos cosas: ó Pippo guardaba silencio, y entonces vagaba por sus labios una sonrisa que desagradaba á Beatriz, ó hablaba de las artes con singular indiferencia y desdén. La mayor parte de las veces, en aquellas conversaciones, le asaltaba una donosa idea.

— Podría hacerse un buen cuadro — decía; — podría representar el Campo-Vaccino de Roma al ponerse el sol. El horizonte es vasto, la plaza está desierta. En el primer plano unos niños juegan por entre las ruinas; en el segundo plano se ve pasar á un joven envuelto en su capa; pálido el rostro, con las facciones alteradas por el sufrimiento; hay que adivinarse al verle que está á punto de morir. Con una mano sostiene la paleta y los pinceles, con la otra se apoya en una mujer joven y robusta, que vuelve, riendo, la cabeza. Para explicar esta escena, habría que poner abajo la fecha en que pasa, el viernes santo de 1520.

Beatriz comprendió sin dificultad aquella especie de enigma. Rafael había muerto en Roma el viernes santo del año 1520, y aun cuando se trató de desmentir el rumor que había circulado, no había duda que aquel grande hombre había muerto entre los brazos de su amante. El cuadro que proyectaba Pippo hubiera representado, pues, á Rafael pocos momentos antes de su

fin; y aquella escena, tratada con sencillez por un verdadero artista, hubiera podido ser bella, en efecto. Pero Beatriz sabía á qué atenerse respecto á aquel supuesto propósito, y leía en los ojos de su amante lo que éste quería darle á entender.

Mientras todo el mundo en Italia estaba de acuerdo en deplorar aquella muerte, Pippo, por el contrario, tenía la costumbre de ensalzarla, y repetía que, á pesar de todo el genio de Rafael, su muerte era más hermosa que su vida. Aquella idea indignaba á Beatriz, que no podía, sin embargo, evitar una sonrisa; pues equivalía á decir que el amor vale más que la gloria, y si semejante idea puede ser desaprobada por una mujer, no puede, por otra parte, ofenderla. Si Pippo hubiese escogido otro ejemplo, Beatriz hubiera participado quizás de su opinión.

— ¿Por qué — decía — oponer una á otra las cosas que simpatizan tan bien? El amor y la gloria son hermano y hermana; ¿por qué quieres desunirles?

— Nunca se hacen bien dos cosas á la vez — añadía Pippo. — No aconsejarás á un comerciante que escriba versos al propio tiempo que medite operaciones, ni á un poeta que mida tela mientras esté buscando rimas. ¿Por qué, pues, quieres que yo pinte mientras estoy enamorado?

Beatriz no sabía qué contestar, porque no estaba muy segura de que el amor no sea una ocupación.

— ¿Quieres morir, acaso, como Rafael? —preguntaba; — y si lo quieres ¿por qué no haces como él?

— Muy al contrario — respondía Pippo; — como tengo miedo de morir como Rafael, no quiero imitarle. O hizo mal Rafael en enamorarse siendo pintor, ó hizo mal en ponerse á pintar estando enamorado. Por esto murió á treinta y siete años, de un modo glorioso, es muy cierto; pero no se muere nunca de buena manera. Si hubiera hecho cincuenta obras maestras menos, hubiera sido una desdicha para el papa, que se hubiera visto obligado á hacer decorar sus capillas por otro;

pero la Fornarina hubiera tenido cincuenta besos más, y Rafael se hubiera evitado el olor de los colores al óleo, que es tan nocivo para la salud.

— ¿Quieres acaso hacer de mí una Fornarina? — exclamaba entonces Beatriz; — si no te ocupas ni de tu gloria ni de tu vida, ¿quieres tal vez que yo te entierre?

— No, ciertamente — respondía Pippo llevando el vaso á sus labios; si yo pudiese metamorfosearte, haría de ti una Estafilea (1).

A pesar del tono frívolo que empleaba Pippo al expresarse de aquel modo, no se chanceaba tanto como pudiera creerse. Bajo sus burlas ocultaba una opinión razonable, cuyo fondo vamos á exponer.

Se ha hablado con frecuencia, al tratar de la historia de las artes, de la facilidad con que los grandes artistas ejecutaban sus obras, y se han citado algunos que sabían aliar al trabajo el desorden y hasta la misma holganza. Este es un gravísimo error. No es imposible que un pintor hábil, seguro de su mano y de su reputación, logrará hacer un buen boceto en medio de distracciones y placeres. Leonardo de Vinci pintaba á veces, según dicen, sosteniendo la lira con una mano y el pincel con otra; pero el célebre retrato de la Gioconda permaneció cuatro años en su caballete. A pesar de algunos escasos ejemplos de esfuerzos maravillosos, que en último resultado son siempre excesivamente ensalzados, lo cierto es que lo verdaderamente bello es obra del tiempo y del recogimiento, y que no existe verdadero genio sin paciencia.

Pippo estaba convencido de esta regla, y el ejemplo de su padre le había afirmado en su opinión. En efecto, puede ser que no haya existido nunca un pintor tan atrevido como Ticiano, si no es su discípulo Rubens; pero si la mano de Ticiano era rápida, su imaginación

(1) Ninfa de quien Baco fué amante, convirtiéndola en racimo de uvas.

era paciente. En los noventa y nueve años que vivió, ocupóse constantemente en su arte. Al principio empezó pintando con una timidez minuciosa y una dureza que daba á sus obras el carácter de los cuadros góticos de Alberto Durero. Sólo después de muchos trabajos se atrevió á obedecer á su genio y á dejar correr su pincel; alguna vez tuvo que arrepentirse de ello, y el mismo Miguel Angel dijo, al ver una tela de Ticiano, que era lástima que en Venecia se descuidaran los principios del dibujo.

Ahora bien, en la época en que ocurría lo que relatamos, una deplorable facilidad, que es siempre el primer signo de decadencia de las artes, reinaba en Venecia. Pippo, sostenido por el nombre que ostentaba, con alguna audacia y los estudios que llevaba hechos, podía fácil y rápidamente crearse una reputación; pero esto era precisamente lo que no quería. Hubiérale parecido vergonzoso aprovecharse de la ignorancia vulgar; y se decía, con razón, que el hijo de un arquitecto no debe demoler lo que ha edificado su padre, y que, si el hijo de Ticiano se hacía pintor, tenía el deber de oponerse á la decadencia de la pintura.

Empero, para emprender semejante tarea, necesitaba, sin ningún género de duda, consagrar á ella su vida entera. ¿Lo lograría? Era inseguro. Un hombre solo, tiene muy poca fuerza cuando todo un siglo lucha contra él; la muchedumbre le arrastra como un torbellino al nadador. ¿Qué ocurriría entonces? Pippo, por su parte, no se dejaba cegar; preveía que pronto ó tarde le faltaría el valor, y que sus antiguos vicios le arrastrarían de nuevo; corría el peligro de hacer un sacrificio inútil, ya fuera entero, ya incompleto; ¿y qué fruto recogería? Era joven, rico, apuesto, y tenía una hermosa amante; para vivir dichoso, sin que nadie, después de todo, tuviera de qué reconvenirle, no tenía que hacer más que dejar salir y trasponerse el sol. ¿Debía renunciar á tantos bienes por una gloria dudosa que, probablemente, no alcanzaría?

Después de meditarlo maduramente, Pippo había tomado el partido de afectar una indiferencia que, poco á poco, se hizo natural en él. «Si estudio otros veinte años — decía, — y si trato de imitar á mi padre, hablaré á sordos; y si me faltan las fuerzas, deshonraré mi nombre». Y con su habitual buen humor, acababa por exclamar: «¡Al diablo la pintura! La vida es demasiado corta».

En tanto discutía con Beatriz, el retrato permanecía sin acabar. Pippo entró un día en el convento de los Servitas. En un andamio levantado en una capilla, divisó al hijo de Marcos Vecellio, el mismo que, según hemos dicho anteriormente, se hacía llamar el Ticianelo. Aquel muchacho no tenía ningún motivo razonable para tomar ese nombre, como no fuera el ser lejano pariente de Ticiano, y llamarse Tito de nombre de pila, que había convertido en Ticiano, y Ticiano en Ticianelo, gracias á lo cual los ignorantes de Venecia le tomaban por heredero del genio del gran pintor, y se extasiaban ante sus frescos. Pippo no había dado nunca importancia á aquella ridícula superchería; pero en aquel momento, sea que le desagradara hallarse frente á frente de aquel individuo, sea que pensara en su propio valer más seriamente que de ordinario, se aproximó al andamio, que estaba sostenido por ligeros pies derechos mal enlazados, y dando un puntapie á uno de los maderos, lo hizo caer. Por fortuna, el andamio no se cayó al mismo tiempo, pero vaciló de tal manera, que el mal llamado Ticianelo tambaleó de pronto como si estuviera borracho, acabando por perder el equilibrio y caerse entre sus colores, que le embadurnaron del modo más extraño.

Júzguese de su cólera cuando se levantó. Bajó en seguida del andamio, y se dirigió hacia Pippo profiriendo injurias. Un cura se interpuso para separarles, cuando iban á poner mano á las espadas en aquel santo lugar; las devotas escaparon asustadas persignándose, mientras que los curiosos acudían presurosamente. Tito decía á

grandes voces que un hombre le había querido asesinar, y que pedía justicia de aquel crimen; la viga derribada lo atestiguaba. Los presentes empezaron á murmurar y uno de ellos, más atrevido que los demás, quiso agarrar á Pippo por el cuello del jubón. Pippo, que sólo había obrado por ligereza, y que observaba riendo aquella escena, viéndose amenazado de ir á la cárcel y oyendo que le trataban de asesino, se encolerizó á su vez. Después de haber rechazado vivamente al que quería arrestarle, se lanzó contra Tito.

— Eres tú — exclamó asiéndole, — eres tú á quien hay que agarrar por el cuello y llevarte á la plaza de San Marcos para ser colgado como un ladrón. ¿Sabes con quién estás hablando, usurpador de nombres? Yo me llamo Pomponio Vecellio, hijo del Ticiano. Hace un momento di un puntapie á tu danzante catafalco; pero si mi padre se hubiera hallado en mi lugar, ten por seguro que, para enseñarte á que te hagas llamar Ticianelo, te hubiera meneado en tu árbol hasta que te cayeras como una manzana podrida. Mas no hubiera terminado aquí. Para tratarte como mereces, te habría tomado por una oreja, insolente discípulo, y te hubiera llevado al taller, del que te escapaste sin saber dibujar una cabeza. ¿Con qué derecho ensucias las paredes de este convento y firmas con mi nombre tus miserables frescos? Vete á aprender anatomía y á copiar despellejados durante diez años, como yo hice, en el taller de mi padre, y entonces veremos quién eres y si eres digno de tener firma. Pero hasta entonces no te atrevas á usurpar lo que me pertenece, ó sino ¡te arrojo al canal para bautizarte una vez por todas!

Pippo salió de la iglesia después de pronunciar estas palabras. Cuando la muchedumbre oyó su nombre, se calmó en seguida; abrió paso al joven y le siguió con curiosidad. Llegó á la casita y encontró á Beatriz que le esperaba. Sin perder tiempo en explicarle su aventura, tomó la paleta, y excitado aún por la cólera, se puso á trabajar en el retrato.

En menos de una hora lo acabó. Al mismo tiempo hizo en él grandes cambios; simplificó desde luego algunos detalles demasiado minuciosos; dispuso más libremente los paños, retocó el fondo y los accesorios, que son partes importantes en la pintura veneciana. Púsose luego á pintar la boca y los ojos, logrando, con pocas pinceladas, darles una expresión perfecta. La mirada era dulce y noble; los labios, encima de los cuales apuntaba un ligero vello, estaban entreabiertos; los dientes brillaban como perlas, y parecía que iba á hablar.

— No te llamarás Venus coronada — dijo cuando hubo concluído, — sino Venus enamorada.

¿Quién no adivina el gozo de Beatriz? Mientras Pippo trabajaba, no se había atrevido apenas á respirar; le besó y le dió cien veces las gracias, y le dijo que en adelante no quería llamarle Ticianelo, sino Ticiano. Durante el resto del día, sólo habló de las innumerables bellezas que iba descubriendo en su retrato; y aunque lamentaba que no pudiera exponerse, estuvo á punto de proponer que lo fuera. Pasaron la velada en Quintavalle, y jamás ambos amantes se habían sentido tan alegres y dichosos. Pippo estaba contento como un niño, y sólo hasta muy tarde, después de mil protestas de amor, se decidió Beatriz á separarse de él por algunas horas.

Aquella noche no durmió; los más sonrientes proyectos, las más dulces esperanzas la agitaron. Veía ya sus sueños realizados, á su amante enaltecido y envidiado por toda Italia, y á Venecia que le debía nueva gloria. Al día siguiente se dirigió á la cita, llegando la primera, como de costumbre, y para esperar á Pippo, se puso á contemplar el retrato. El fondo del retrato era un paisaje, y en primer término había una roca. En aquella roca Beatriz divisó algunas líneas escritas con cinabrio. Inclinóse con inquietud para leerlas, y vió que en caracteres góticos muy finos había escrito el siguiente soneto:

Beatriz Donato se llamó la diosa
Que en esta forma vese retratada;
De fiel amor su pecho fué morada,
Guardó en su pecho un alma generosa.

Ticianelo, su imagen deliciosa
En el lienzo dejó inmortalizada,
Y al dar la postrimera pincelada
Rompió el pincel con mano temerosa.

Oh tú que vituperas mi apatía,
Si con bella mujer tuviste trato,
Dime antes si igualar pudo á la mía.

Nada es la gloria en este bajo suelo,
Pues por mucho que valga este retrato,
Aun vale más un beso del modelo.

A pesar de los muchos esfuerzos que Beatriz hizo en lo sucesivo, no obtuvo jamás de su amante que volviera á trabajar; mantúvose inflexible á todas sus súplicas, y cuando aquélla insistía con alguna violencia, le recitaba su soneto. Y así permaneció hasta la muerte fiel á sus pereza; y Beatriz, según dicen, fiel á su amor. Vivieron como esposos largo tiempo, y es lástima que el orgullo de los Loredán, mortificado por aquellos públicos amoríos, destruyera el retrato de Beatriz, del mismo modo que el azar había destruído el primer cuadro de Ticianelo (1).

(1) Débese á las pesquisas de un célebre aficionado, el señor Doglioni, el conocimiento de que aquel cuadro ha existido.

FIN DE EL HIJO DE TICIANO

EL LUNAR

EL LUNAR

I

En 1756, cuando Luis XV, cansado de las disputas entre la magistratura y el Gran Consejo, acerca el impuesto de los dos sueldos (1), tomó el partido de celebrar una sesión magna, los miembros del parlamento presentaron sus dimisiones, siendo aceptadas diez y seis y ocasionando otros tantos destierros. «¿Cómo podríais ver — decía madama de Pompadour á uno de los presidentes, — cómo podríais ver con sangre fía que un puñado de hombres se resista á la autoridad de un rey de Francia? ¿No los tendríais en mala opinión? Quitaos vuestro ferreruelo, señor Presidente, y veréis las cosas tal como yo las veo».

Pero no sólo los desterrados sufrieron las consecuencias de su mala voluntad, sino también sus parientes y amigos. Al rey le divertía violar la correspondencia. Para distraerse de sus placeres, se hacía leer por su favorita todo cuanto le parecía curioso en el correo. Por supuesto, que bajo el pretexto de ejercer por sí mismo la policía secreta, se solazaba con las mil intrigas que iban pasando por delante sus ojos; pero cualquiera que, de cerca ó de lejos, tuviera relaciones con los jefes de facción, estaba casi siempre perdido. Ya es sabido que

(1) Dos sueldos por libra del décimo de la renta.

Luis XV, entre toda suerte de debilidades, no tenía más que una sola fuerza, la de ser inexorable.

Una noche que estaba sentado delante del fuego, con los pies en los morrillos de la chimenea, melancólico como de costumbre, la marquesa, que estaba examinando un paquete de cartas, levantó los hombros riendo. El rey le preguntó de qué se trataba.

— Es que encuentro — respondió — una carta que no tiene sentido común, pero que es conmovedora y causa piedad.

— ¿Qué firma lleva? — dijo el rey.

— Está sin nombre; es una carta de amor.

— ¿Y á quién va dirigida?

— Ahí está lo gracioso. Va dirigida á la señorita de Annebault, la sobrina de mi buena amiga madama de Estrades. Parece que la hayan puesto entre estos papeles para que yo la vea.

— Pero ¿qué es lo que contiene? — insistió el rey.

— Ya os lo he dicho, cosas de amor. Habla también de Vauvert y de Neauflette. ¿Hay algún gentilhombre en aquel país? ¿Vuestra Majestad les conoce?

El rey tenía la presunción de conocer Francia de memoria, esto es, la nobleza de Francia. La etiqueta de su corte, que había estudiado, no le era más familiar que los blasones de su reino; ciencia muy corta, no ocupándose de nada más. Pero envanecíase de ello, y la jerarquía aparecía ante sus ojos como la escalera de mármol de su palacio; y pretendía subirla como un maestro. Después de meditar unos instantes, frunció las cejas como asaltado por un mal recuerdo; luego, haciendo signo á la marquesa de que leyera, se volvió á arrellanar en su poltrona, diciendo con una sonrisa:

— Leed, la muchacha es bonita.

Madama de Pompadour, tomando entonces el tono más dulcemente burlón, empezó á leer una larga carta compuesta toda de párrafos amorosos.

«¡Ya veis — decía el escribiente — cómo me persigue el destino! Todo parecía dispuesto á colmar mis votos,

y vos misma, mi dulce amiga, ¿no me habíais hecho esperar la dicha? No obstante, debo renunciar á ella, y esto por una falta que no he cometido. ¿Nó es un exceso de crueldad haberme permitido que entreviera el cielo para precipitarme en el abismo? Cuando se condena á muerte á un desdichado, ¿hay alguien que se goce en presentar ante sus vista todo cuanto debe hacerle amar y desear la vida? Sin embargo, tal es mi suerte; no tengo otro asilo, otra esperanza que la tumba, pues desde el momento que soy despreciado, no debo pensar más en obtener vuestra mano. Cuando la fortuna me sonreía, toda mi esperanza era que fueseis mía; hoy que soy pobre, me daría horror á mí mismo si me atreviera á soñarlo, y del momento que no puedo haceros dichosa, aunque me muera de amor, os prohibo que me améis...»

La marquesa sonreía á estas últimas palabras.

— Madama — dijo el rey, — este es un hombre honrado. ¿Pero qué es lo que le impide casarse con su amada?

— Permitidme, señor; prosigo:

«Esta injusticia que me abate, me sorprende provenga del mejor de los reyes. Ya sabéis que mi padre pedía para mí la plaza de alférez ó de abanderado de los guardias, y que esta plaza decidía de mi vida, porque me daba el derecho de ofreceros mi amor. El duque de Biron me había propuesto; pero el rey me ha rechazado de un modo que amarga mi recuerdo, pues si mi padre tiene su manera de pensar (y admito que no piense bien) ¿debo pagarlo yo? Mi devoción al rey es tan verdadera como sincero es el amor que siento por vos. Veríase claramente una y otro si pudiera esgrimir la espada. Me desespera que sea denegada mi petición; pero que sin razón plausible se me envuelva en semejante desprecio, es cosa que se opone á la reconocida bondad de Su Majestad...»

— ¡Hola! — dijo el rey — esto me interesa.

«¡Si supieseis nuestra tristeza! ¡Ah, amiga mía! ¡es-

ta tierra de Neauflette, este pabellón de Vauvert, estos bosquecillos, por donde paseo solo todo el día! He prohibido que barrieran; el odioso jardinero vino ayer con el rastro, dispuesto á remover la arena... Aun quedaba la huella de vuestros pasos, que el viento no había borrado. La punta de vuestros piesecitos y vuestros altos tacones blancos estaban aún impresos en el sendero; parecía que andaban delante de mí, mientras yo seguía vuestra divina imagen, y aquel encantador fantasma se animaba por instantes, como si anduviera por las fugitivas huellas. Allí, recorriendo las largas avenidas, pude conversar con vos, conoceros, apreciaros. Una educación admirable, unida al espíritu de un ángel, la dignidad de una reina con la gracia de las ninfas, pensamientos dignos de Leibnitz con un lenguaje simple, la abeja de Platón en los labios de Diana, todo esto me envolvía bajo el velo de la adoración. Y durante aquel tiempo nuestras amadas flores se marchitaban á nuestro alrededor. Yo aspiraba sus perfumes oyéndoos; en su esencia vivía vuestro recuerdo. Ahora bajan la cabeza; y me enseñan la muerte...»

— Esto es una mala imitación de Juan Jacobo Rousseau — dijo el rey. — ¿Por qué me lo leéis?

— Porque Vuestra Majestad me lo ha ordenado en gracia á los hermosos ojos de la señorita de Annebault.

— Es cierto, tiene muy lindos ojos.

«Y cuando regreso de aquellos paseos, encuentro á mi padre solo, en el salón, de codos en la mesa y á la luz de una vela, entre aquellas doradas y borrosas molduras que cubren las paredes. Mi vista le da pena... mi dolor acrecienta el suyo... ¡Atenaida! En el fondo de aquel salón, inmediato á la ventana, está el clavicordio que recorrían vuestros deliciosos dedos, en los que sólo he puesto mis labios una sola vez, mientras los vuestros se entreabrían dulcemente á los acordes de la más suave música... á bien que vuestros cantos no eran más que una sonrisa. Ese Rameau, ese Lulli, ese

Duni y tantos otros ¡qué felices son! Sí, porque vos les amáis, les guardáis en vuestra memoria; su aliento ha pasado por vuestros labios. A veces me siento á ese clavicordio y pruebo de tocar una de las piezas que tanto os gustan; ¡qué frías y monótonas me parecen! Y las dejo y las oigo morir, mientras que el eco se pierde bajo aquellas lúgubres bóvedas. Mi padre se vuelve y advierte mi desolación, mas ¿qué puede hacer por mí? Una conversación callejera, de antesala, ha cerrado nuestras verjas. Me ve joven, ardiente, lleno de vida, deseoso de figurar; es mi padre y nada puede...»

— No parece sino que este muchacho iba de caza — dijo el rey, — y que le han muerto el halcón en la mano. ¿De quién se queja, si se puede saber?

«Bien es verdad — prosiguió la marquesa, continuando la lectura en tono más bajo, — bien es verdad que somos próximos vecinos y parientes del abate Chauvelin...»

— Ya pareció el motivo — dijo Luis XV bostezando. — Otro sobrino de consejero. Mi parlamento abusa de mi bondad; tiene verdaderamente demasiada familia.

— ¡Pero si no es más que un pariente lejano!

— Lo mismo da, esa gente no vale nada. El abate Chauvenin es un jansenista; un buen diablo, pero un desequilibrado. Echad esta carta al fuego, y no se hable más de ello.

II

Las últimas palabras pronunciadas por el rey no eran precisamente una sentencia de muerte, pero eran poco más ó menos una prohibición de vivir. ¿Qué podía hacer, en 1756, un joven sin fortuna, de quien el rey no quería oir hablar? Ponerse á dependiente, ó ha-

cerse filósofo, tal vez poeta, pero sin afición, y el oficio, en tal caso, nada valía.

No era tal, ni mucho menos, la vocación del caballero Vauvert, que había escrito con lágrimas la carta de que se burlaba el rey. Durante aquel tiempo, á solas con su padre, en el fondo del viejo castillo de Neauflette, paseábase por el cuarto con aspecto triste y furioso.

— Quiero ir á Versalles — decía.

— ¿Y qué haréis?

— No lo sé; pero ¿qué hago aquí?

— Me hacéis compañía; es muy cierto que esto ha de ser poco divertido para vos, y no quiero reteneros bajo ningún concepto. Mas ¿olvidáis que vuestra madre ha muerto?

— No, señor, y le prometí consagraros la vida que me disteis. Yo volveré; pero deseo marcharme; no sabría permanecer más tiempo aquí.

— Y esto ¿de qué proviene?

— De un amor extremado. Amo perdidamente á la señorita de Annebault.

— Ya sabéis que es inútil. Solamente Molière puede combinar matrimonios sin dotes. ¿Olvidáis mi desgracia?

— ¡Eh, padre mío! Sin faltaros en nada á mi profundo respeto ¿podría preguntaros quién ha causado vuestra desgracia? No pertenecemos al parlamento. Pagamos los impuestos, no los creamos. Si el parlamento escatima el dinero del rey, es culpa suya, no nuestra. ¿Por qué el señor abate Chauvelin ha de arrastrarnos en su ruina?

— El señor abate Chauvelin se porta como un hombre de bien. Se opone á conceder la décima, porque está irritado contra las dilapidaciones de la corte. No hubiera ocurrido semejante cosa en tiempo de la señora de Châteauroux. Aquélla, al menos, era hermosa, y no costaba nada, ni siquiera lo que tan generosamente regalaba. Era querida y soberana y dábase por satisfecha

con que el rey no la enviara á pudrirse en un calabozo cuando le retirara su buena gracia. Pero esa Etioles, esa Le Nordmand, esa Poisson son insaciables.

— ¿Y qué importa?

— ¡Qué importa! Más de lo que pensáis. ¿Sabéis que actualmente, para citar una sola cosa, mientras que el rey nos estruja, la fortuna de su griseta es incalculable? Al principio, se hizo conceder ciento ochenta mil libras de renta; pero esto no era más que una bagatela, hoy sin importancia; es imposible calcular las espantosas sumas que el rey derrama sobre su cabeza; no pasan tres meses al año sin que ella cace al vuelo, como por casualidad, quinientas ó seiscientas mil libras, ayer sobre las sales, hoy sobre los aumentos del tesorero de las caballerizas; á pesar de los alojamientos que tiene en todas las casas reales, compra la Selle, Cressy, Aulnay, Brimborion, Marigny, Saint-Remy, Bellevue, y tantas otras tierras, palacios en París, en Fontainebleau, en Versalles, en Compiegne, sin contar una fortuna secreta colocada en todos los países y en todos los bancos de Europa, probablemente para un caso de desgracia, ó de la muerte del soberano. ¿Y quién paga todo eso, si os place?

— Lo ignoro, señor, pero no soy yo.

— Sois vos, como todo el mundo, es Francia, es el pueblo que suda sangre y agua, que grita en la calle, que insulta la estatua de Pigalle. Y el parlamento no quiere seguir así; no quiere impuestos nuevos. Cuando se trataba de los gastos de la guerra, aprontábamos hasta nuestro último escudo; no se nos ocurría regatear. El rey victorioso ha podido ver claramente que era amado por todo el reino, y más claramente aun cuando estuvo á punto de morir. Entonces cesaron disidencias, facciones y odios; la Francia entera se puso de rodillas ante el lecho del rey y oró por él. Pero si pagamos, sin regatear, sus soldados y sus medicinas, no queremos pagar sus queridas, y tenemos otra cosa que hacer que mantener á madama de Pompadour.

— Yo no la defiendo, padre mío. No me atrevo á culparla ni á darle la razón: jamás la he visto.

— Sin duda; y no os disgustaría verla, para formar vuestra opinión. ¿No es verdad? Porque á vuestra edad la cabeza juzga por los ojos. Probadlo, pues, si os parece bien; pero este placer os será negado.

— ¿Por qué, señor?

— Porque es una locura; porque esa marquesa es tan invisible en sus gabinetitos de Brimborion como el Gran Turco en su serrallo; porque os darán con todas las puertas en las narices. ¿Qué os proponéis hacer? ¡Intentar lo imposible! ¡Buscar fortuna como un aventurero!

— No, sino como un enamorado. No pretendo solicitar, padre mío, sino reclamar contra una injusticia. Tenía una esperanza fundada, casi una promesa del señor de Biron; estaba en vísperas de poseer á la mujer que amo, y este amor no es irrazonable; vos mismo no lo habéis desaprobado. Permitid, pues, que intente pleitear en pro de mi causa. Ignoro si tendré que habérmelas con el rey ó con madama de Pompadour, pero quiero partir.

— ¡No sabéis lo que es la corte y queréis presentaros á ella!

— ¡Qué diantre! Tal vez seré bien recibido, por la misma razón de que no me conocen.

— ¡Vos desconocido, caballero! ¿Sabéis lo que decís? ¡Con un nombre como el vuestro!... Nosotros somos antiguos hidalgos, hijo mío; no podéis pasar desapercibido.

— ¡Pues bien, el rey me oirá!

— No querrá oiros siquiera. Vos soñáis en Versalles y creeréis estar allí cuando el postillón se detenga... Supongamos que logréis llegar hasta la antesala, en la galería, en el Ojo de Buey: entre Su Majestad y vos no veréis más que la hoja de una puerta; y habrá un abismo. Os volveréis, buscando caminos indirectos, protecciones, y no encontraréis nada. Somos parientes de

CAMPS

M. de Chauvelin; ¿y cómo creéis que el rey se venga? Con la tortura para Damiens, con el destierro para el parlamento, pero para nosotros con una palabra, ó, peor aun, con el silencio. ¿Sabéis lo que es el silencio del rey, cuando, con su fría mirada, en lugar de contestaros, se fija en vos al pasar y os aniquila? Después de la Grève y la Bastilla (1), hay un cierto grado de suplicio que, aunque menos cruel en apariencia, marca tan bien como la mano del verdugo. El condenado permanece libre, es cierto, pero no le es lícito acercarse á una mujer, ni á una abadía, ni á un cuartel. Ante él todo se cierra ó se vuelve de espaldas, y se pasea así al azar dentro de una prisión invisible.

— Yo me movería tanto, que saldría de ella.

— Ni más ni menos que otro cualquiera. El hijo del señor de Meynières no era más culpable que vos. Como vos contaba con promesas, concebía las más legítimas esperanzas. Su padre, el sujeto más afecto á Su Majestad, el hombre más honrado del reino, rechazado por el rey, estuvo, con sus cabellos grises, no á suplicar, sino á tratar de persuadir á la griseta. ¿Sabéis lo que le respondió? Estas son sus mismas palabras, que el señor de Meynières me envía en una carta: «El rey es el amo; no juzga á propósito expresaros su descontento personalmente; pero se contenta con hacéroslo sentir privando de estado á vuestro señor hijo; castigaros de otro modo, sería dar principio á una cuestión, y no lo desea; hay que respetar su voluntad. Sin embargo, os compadezco, tomo parte en vuestra pena, porque he sido madre; sé cuánto debe pesaros dejar á vuestro hijo sin estado». ¡Este es el estilo de aquella criatura, y queréis echaros á sus pies!

— Dicen que son lindísimos.

— ¡Quién lo duda! Ella no es bonita, y el rey no la

(1) La plaza de la Gréve servía para las ejecuciones capitales. La Bastilla era una prisión de Estado, y fué destruída el 14 de Julio de 1789. (N. del T.).

ama, esto ya es sabido. Cede, se doblega ante aquella mujer. Para mantener su extraño poderío, necesitará algo más que su cabeza de madera.

— ¡Dicen que es tan ingeniosa!

— Y que no tiene corazón. ¡Miren qué gracia!

— ¡Que no tiene corazón! Ella que sabe declamar tan bien los versos de Voltaire y cantar la música de Rousseau! ¡Ella que representa Alcira y Colette! Es imposible, nunca podré creerlo.

— Id á verlo, ya que así lo queréis. Yo aconsejo, no mando, pero corren de vuestra cuenta los gastos de viaje. ¿La amáis mucho á esa señorita de Annebault?

— Más que á mi vida.

— Podéis marcharos.

III

Alguien ha dicho que los viajes hacen traición al amor, por las muchas distracciones que proporcionan; alguien ha dicho también que lo fortifican, porque dan tiempo para hacerse ilusiones. El caballero era demasiado joven para establecer tan sabios distingos. Cansado del coche, á mitad del camino, había tomado un caballo de posta, y llegaba hacia las cinco de la tarde á la posada del Sol, muestra pasada de moda, del tiempo de Luis XIV.

Había en Versalles un cura anciano que había sido párroco cerca de Neauflette: el caballero le conocía y lo apreciaba. Dicho cura, sencillo y pobre, tenía un sobrino beneficiado, abate de la corte, que podía ser útil. El caballero se dirigió á casa del sobrino, el cual, hombre de importancia, hundido en su alzacuello, recibió muy bien al recién llegado y no se desdeñó de oir su petición.

— Pardiez — dijo — que no podíais llegar en mejor ocasión. Esta noche hay ópera en la corte, una especie de fiesta en honor de no sé qué. Yo no voy, porque pongo mala cara á la marquesa para obtener una cosa; pero aquí tenéis un billete del señor duque de Aumont, que le había pedido para alguien, no me acuerdo quién. Id allí. Cierto es que no habéis sido presentado, pero para el espectáculo no es necesario. Procurad hallaros al paso del rey en el saloncillo. Una mirada, y vuestra fortuna está hecha.

El caballero dió las gracias al abate, y cansado por una noche de insomnio y un día de viaje á caballo, se vistió ante un espejo de la posada con aquella negligencia que sienta tan bien á los enamorados. Una sirvienta poco práctica le arregló lo mejor que supo, y cubrió de polvos su recamado traje. Y se encaminó hacia lo desconocido. Tenía veinte años.

Obscurecía cuando llegó al castillo. Avanzó tímidamente hasta la verja, y preguntó el camino que debía seguir al centinela. Enseñáronle la grande escalera. Allí supo por el suizo que había ya principiado la ópera, y que el rey, esto es, todo el mundo, estaba en la sala (1).

— Si el señor marqués atraviesa el patio — añadió el suizo (el tratamiento de marqués se daba á todo evento) — se hallará en un instante en el teatro. Si prefiere pasar por los salones...

El caballero no conocía el palacio. La curiosidad le hizo contestar inmediatamente que pasaría por los salones; luego, viendo que un lacayo se disponía á seguirle para guiarle, un movimiento de vanidad le hizo

---

(1) No se trata de la sala actual, construída por Luis XV, ó mejor dicho por madama de Pompadour, sino la que se terminó en 1769, y fué inaugurada en 1770 para el matrimonio del duque de Berri (Luis XVI) con María Antonieta. Trátase de una especie de teatro móvil que se transportaba á una galería ó á un salón según costumbre de Luis XIV.

añadir que no necesitaba compañía. Y adelantó solo, no sin alguna emoción.

Versalles resplandecía de luz. Desde la planta baja hasta la cúspide, las arañas, los candelabros, los dorados muebles, los mármoles chispeaban. Excepto las habitaciones de la reina, por todas partes estaban abiertas las puertas de par en par. A medida que el caballero andaba, sentíase sobrecogido por una sorpresa y admiración difíciles de imaginar; pues lo que hacía más maravilloso el espectáculo que se ofrecía ante él, no era únicamente la belleza, el esplendor de aquel mismo espectáculo, sino la completa soledad en que se hallaba en aquella especie de desierto encantado.

Efectivamente, el hallarse solo en un vasto recinto, ya sea un templo, un claustro ó un castillo, ofrece un no sé qué de extraño y, por decirlo así, de misterioso. El monumento parece que pesa sobre el hombre; los muros le miran; los ecos le escuchan, el ruido de sus pasos turba el profundo silencio, causándole un involuntario temor, y sólo con mucho respeto se atreve á andar.

Esto hizo al principio el caballero; pero bien pronto la curiosidad se sobrepuso y le arrastró. Los candelabros de la galería de los espejos, situados frente á frente, se enviaban mutuamente sus luces. Nadie ignora cuantos millares de amorcillos, de ninfas y de pastoras movíanse en las paredes, rodeaban los techos, y parecían enlazar con una inmensa guirnalda el palacio entero. Aquí vastas salas, con doseles de terciopelo bordado de oro, y grandes sillones de gala que conservaban todavía la tiesura majestuosa del gran rey; allí, embutidas otomanas, taburetes en desorden alrededor de una mesa de juego; una sucesión infinita de salones siempre solitarios, cuya magnificencia resplandecía más cuanto más inútil parecía; de vez en cuando abríanse puertas secretas á la entrada de corredores que se perdían de vista; mil escaleras, mil pasadizos se cruzaban como en un laberinto; columnas, estrados hechos para gigan-

tes; gabinetes acolchados como cunas de niños, una enorme tela de Vanloo al lado de una chimenea de pórfido; una caja de lunares olvidada al lado de un muñeco de la China; ora una grandeza abrumadora, ora una gracia afeminada; y por todas partes, en medio del lujo, de la prodigalidad y de la molicie, mil olores embriagadores, extraños y diversos, los perfumes mezclados de las flores y de las mujeres, una tibieza enervadora, el aire de la voluptuosidad.

Hallarse en tal sitio, á los veinte años, y hallarse solo, era más que suficiente para quedar deslumbrado. El caballero iba andando al azar, como en un sueño.

«¡Verdadero palacio de hadas!» murmuraba, y parecíale que iba á realizarse para él uno de esos cuentos en que los príncipes extraviados descubren mágicos castillos.

¿Eran verdaderamente criaturas mortales las que vivían en aquella incomparable mansión? ¿Eran verdaderas mujeres las que se sentaban en aquellos sillones, y cuyos preciosos contornos habían dejado en aquellos almohadones una ligera huella, llena todavía de indolencia? ¡Quién sabe! ¡Tal vez detrás de aquellos recios cortinajes, en el fondo de alguna inmensa y brillante galería iba á aparecer una princesa dormida desde hacía cien años, una hada con guardainfante, una Armida con lentejuelas, ó alguna hamadriada de corte, saliendo de una columna de mármol, ó entreabriendo un muro dorado!

Aturdido, á su pesar, por todas esas quimeras, el caballero, para soñar mejor, se había echado en un sofá, y allí hubiera permanecido por mucho tiempo, si no se hubiese acordado de que estaba enamorado. ¿Qué hacía, durante aquel tiempo, la señorita Annebault, su amada, encerrada en un viejo castillo?

— ¡Atenaida! — exclamó de pronto — ¿qué hago aquí perdiendo el tiempo? ¿He perdido el juicio? ¿Dónde estoy, Dios mío? ¿qué es lo que me sucede?

Se levantó y prosiguió su camino á través de aque-

llos nuevos países, y no hay que decir que se extravió. Dos ó tres lacayos, que hablaban en voz baja, aparecieron en el fondo de una galería. Se dirigió hacia ellos y les preguntó la dirección para ir al teatro.

— Si el señor marqués — le respondieron (siempre la misma fórmula), — quiere tomarse la pena de bajar esta escalera y seguir la galería á la derecha, encontrará al extremo tres peldaños que tendrá que subir; entonces volverá hacia la izquierda, y cuando haya atravesado el salón de Diana, el de Apolo, el de las Musas y el de la Primavera, volverá á bajar otros seis peldaños, y luego, dejando á la derecha la sala de guardias, como para tomar la escalera de los ministros, no dejará de encontrar allí otros ujieres que le indicarán el camino.

— Muchas gracias — dijo el caballero, — y con tan completos informes culpa mía será si no doy con él.

Y se puso en marcha con ánimo, deteniéndose siempre á su pesar para mirar á uno y otro lado, y acordándose otra vez de su amor; por fin, al cabo de un cuarto de hora, tal como le habían dicho, encontró otros lacayos.

— El señor marqués se ha equivocado — le dijeron; —hubiera debido tomar por el ala opuesta del castillo; pero nada más fácil que alcanzarla. El señor no tiene más que bajar esta escalera, atravesar el salón de las Ninfas, el del Estío, el de...

— Gracias — dijo el caballero.

Soy muy tonto, siguió pensando, en preguntar á esas gentes como un bobo. Me deshonro inútilmente, y aun cuando, caso imposible, no se burlaran de mí, ¿de qué me sirve su nomenclatura y todos los apodos de estos salones si no conozco ni uno?

Y tomó el partido de andar en derechura ante sí, en tanto que pudiera: «Porque, después de todo, será muy grande, pero no sin límites, y aunque fuera tres veces tan largo como nuestro bosque, un momento ú otro he de ver el fin».

Pero no es cosa fácil, en Versalles, ir por mucho rato en derechura ante sí, y la rústica comparación entre un bosque y la mansión real, disgustó tal vez á las ninfas de las inmediaciones, porque volvieron á marear con más ahinco al pobre amante, y para castigarle, sin duda, se complacieron en hacerle dar vueltas sobre sí mismo, conduciéndole sin cesar al mismo sitio, ni más ni menos que un campesino extraviado en una selva, como si le envolvieran en un dédalo de mármol y oro.

En las *Antigüedades de Roma,* de Piranesi, hay una serie de grabados que el artista llama «sus sueños», y que son un recuerdo de sus propias visiones durante el delirio de una fiebre. Aquellos grabados representan vastas salas góticas; en el pavimento hay toda clase de artificios y de máquinas, ruedas, cables, poleas, palancas, catapultas, etc., etc., expresión de una enorme potencia puesta en acción y de formidable resistencia. A lo largo de los muros divisáis una escalera, y encaramándose por esa escalera, no sin pena, veis al mismo Piranesi. Seguid los escalones algo más arriba, y se detienen de pronto ante un abismo. Lo que ocurrir pudiera al pobre Piranesi, podéis considerarlo en vista de la inutilidad de su trabajo, puesto que no puede dar un paso más sin caerse; pero levantad los ojos, y veis una segunda escalera que se eleva en el aire, y sobre esa escalera, vuelve á verse á Piranesi al borde de otro precipicio. Mirad aún más arriba, y otra escalera más aérea se levanta ante vosotros, y el pobre Piranesi prosigue su ascensión, y así sucesivamente, hasta que la eterna escalera y Piranesi desaparecen juntos entre las nubes, esto es, al margen del grabado.

Esta febril alegoría representa con bastante exactitud lo fastidioso de un trabajo inútil, y la especie de vértigo que da la impaciencia. El caballero, viajando de continuo de salón en salón y de galería en galería, se sintió roído por una especie de cólera.

— ¡Vive Dios! — dijo — esto es cruel. Después de

tantos encantos, de tantas ilusiones, de tantos entusiasmos por hallarme solo en este maldito palacio (ya no era palacio de hadas) ¿no he de poder salir de él? ¡Al diablo la fatuidad que me ha inspirado la idea de entrar aquí como el príncipe Fanfarinet con sus botas de oro macizo, en lugar de decir al primer lacayo que encontrara que me condujese sencillamente á la sala de espectáculo!

Mientras profería estas postreras lamentaciones, el caballero se hallaba, como Piranesi, en la mitad de una escalera, en un rellano, entre tres puertas. Detrás de la de en medio, le pareció oir un murmullo tan dulce, tan ligero, tan voluptuoso, por decirlo así, que no supo abstenerse de escuchar. En el momento en que se acercaba, temblando á la idea de prestar indiscreto oído, la puerta se abrió de par en par. Una ráfaga de aire embalsamado de mil perfumes, un torrente de luz que hizo palidecer la galería de los espejos, le impresionaron tan de improviso, que retrocedió algunos pasos.

— ¿El señor marqués desea entrar? — le preguntó el ujier, que acababa de abrir la puerta.

— Quisiera ir á la comedia — respondió el caballero.

— En este instante ha terminado.

Al mismo tiempo algunas hermosas damas, delicadamente pintadas de blanco y carmín, dando, no el brazo, y ni siquiera la mano, sino la punta de los dedos á algunos señores viejos y jóvenes, empezaban á salir de la sala de espectáculo, teniendo mucho cuidado en andar de perfil para no estropear sus guardainfantes. Toda aquella brillante concurrencia hablaba en voz baja, con una alegría circunspecta, mezcla de temor y respeto.

— ¿Qué ocurre? — dijo el caballero, no adivinando que el azar le había conducido precisamente al saloncito de descanso.

— Que va á pasar el rey — respondió el ujier.

Hay una especie de intrepidez que no vacila nunca, y cuya posesión es muy fácil: es el atrevimiento de las

personas mal educadas. Nuestro joven provinciano, aun cuando era suficientemente atrevido, no poseía aquella facultad. Al oir aquellas palabras: «Que va á pasar el rey», se quedó inmóvil y como fulminado.

El rey Luis XV, que corría á caballo, en una cacería, una docena de leguas sin darse cuenta, era, como ya es sabido, soberanamente perezoso. Alabábase, no sin razón, de ser el primer gentilhombre de Francia, y sus amantes le decían, no sin motivo, que era el más bien formado y el más hermoso. Era cosa notable verle dejar su sillón y dignarse andar en persona. Cuando atravesó el saloncito, con un brazo puesto, ó más bien extendido, sobre el hombro del señor de Argensón, mientras que sus pies se deslizaban por el taraceado suelo (había creado la moda de andar con aquella indolencia), todos los murmullos cesaron; los cortesanos bajaban la cabeza, sin atreverse á saludar cara á cara, y las hermosas damas, encogiéndose delicadamente sobre sus ligas color de fuego, y hundiéndose en sus inmensos volantes, dibujaban aquel gracioso saludo que nuestras abuelas llamaban una reverencia, y que nuestro siglo ha reemplazado por el brutal «shakehand» de los ingleses.

Pero el rey no se interesaba por nada, y sólo veía lo que le gustaba. Tal vez estaba allí Alfieri, quien en sus Memorias, explica de este modo su presentación en Versalles:

«Yo sabía que el rey no hablaba nunca á los extranjeros que no fuesen notables por algún concepto; y sin embargo no me pude acostumbrar al impasible y ceñudo aspecto de Luis XV. Medía al hombre que le presentaban, de la cabeza á los pies, y parecía que no le causaba ninguna impresión. No obstante, me parece que si se dijera á un gigante: — *Aquí os presento á una hormiga*, al verla sonreiría, ó exclamaría tal vez: — ¡Ah! ¡qué animalito!»

Así, pues, el taciturno monarca pasó á través de aquellas flores, de aquellas hermosas damas, y de toda aque-

lla corte, guardando su soledad en medio de la muchedumbre. Poco tuvo que reflexionar el caballero para comprender que nada había que esperar del rey, y que el relato de sus amores no obtendría gracia ninguna de él.

— ¡Desdichado de mí! — pensó; — mi padre tenía mucha razón cuando me decía que á dos pasos del rey vería abrirse un abismo entre él y yo. Aun cuando me atreviera á pedir una audiencia ¿quién me protegería? ¿quién me presentaría?

Aquí está este dueño absoluto que con una palabra puede trocar mi destino, asegurar mi fortuna, colmar todos mis deseos. Aquí está, delante de mí; extendiendo la mano, podría tocar su traje... ¡y me siento más lejos de él que si estuviera en el fondo de mi provincia! ¿Cómo hablarle? ¿Cómo acercarme á él? ¿Quién me socorrerá?

Mientras el caballero se desconsolaba así, vió entrar á una joven dama muy bonita, y de aspecto lleno de gracia y distinción; vestía con mucha sencillez un traje blanco, sin diamantes ni bordados, con una flor prendida en los cabellos. Daba la mano á un caballero muy emperifollado, hablándole en voz baja detrás de su abanico. La casualidad hizo que hablando, riendo y gesticulando, se le cayera el abanico yendo á parar debajo de un sillón, precisamente delante del caballero. Precipitóse en seguida á recogerlo, y como para ello había puesto una rodilla en tierra, le pareció tan simpática la joven dama que le presentó su abanico sin levantarse. Ella se detuvo, sonrió y pasó, dando las gracias con un ligero movimiento de cabeza; pero por la mirada que echó sobre el caballero, éste sintió palpitar su corazón sin saber por qué. — Tenía razón. — Aquella joven dama era la Etioles, como la llamaban todavía los descontentos, mientras que los demás, al hablar de ella, decían «la Marquesa», con el mismo énfasis que si dijeran «la Reina».

IV

— ¡Esta me protegerá, ésta vendrá en mi auxilio! ¡Ah! ¡Razón tenía el abate al decirme que una mirada decidiría de mi vida! Sí, aquellos ojos tan dulces y maliciosos, aquella boquita burlona y deliciosa, aquellos piesecitos perdidos entre los lazos de sus zapatos... ¡Esta será mi hada benéfica!

Así pensaba, casi en alta voz, el caballero al regresar á su posada. ¿De dónde procedía aquella súbita esperanza? ¿Era su juventud lo único que le hablaba, ó habían hablado los ojos de la marquesa?

La dificultad, empero, seguía siendo la misma. Si no pensaba ya en hacerse presentar al rey, ¿quién le presentaría á la marquesa?

Pasó la mayor parte de la noche en escribir á la señorita de Annebault una carta poco más ó menos semejante á la que había leído madama de Pompadour.

Repetir esa carta sería completamente inútil. Fuera de los tontos, no quedan más que los enamorados que se encuentren siempre nuevos, repitiendo siempre lo mismo.

A la mañana siguiente el caballero salió y se puso á andar soñando por las calles. No se le ocurrió recurrir otra vez al protector abate, sin saberse explicar la razón de su repugnancia. Era como una mezcla de temor y audacia, de falsa vergüenza y de novelería. Y á decir verdad ¿qué le hubiera contestado el abate si le hubiese explicado la historia de la víspera? — Llegasteis á tiempo para recoger un abanico; ¿supísteis aprovecharos del lance? ¿Qué dijísteis á la marquesa? — Nada. — Hubierais debido hablarle. — Estaba perturba-

do, había perdido la cabeza. — Es una lástima; hay que aprovechar la ocasión; pero todo puede arreglarse. ¿Queréis que os presente al señor tal? Es muy amigo mío. ¿A la señora cual? Lo es más todavía. Procuraremos haceros llegar hasta esa marquesa que os ha dado miedo, y esta vez, etc., etc.

Nada de esto preocupaba al caballero. Parecíale que explicando su aventura la hubiera, por decirlo así, echado á perder y desflorado. Decíase que la casualidad había hecho por él una cosa inaudita, increíble, y que debía ser un secreto entre él y la fortuna; confiar este secreto al primero que se presentase era, según su opinión, quitarle todo su mérito y mostrarse indigno: — Ayer fuí solo al castillo de Versalles — pensó; — solo iré también á Trianón (era por entonces la mansión de la favorita).

Esa manera de pensar puede y hasta debe parecer extravagante á los espíritus calculadores, que no descuidan nada y dejan á la casualidad lo menos posible; pero las personas más frías, si han sido jóvenes (no todos lo son, ni siquiera en la juventud), han podido conocer este sentimiento extraño, débil y atrevido, peligroso y seductor, que nos arrastra hacia el destino: nos sentimos ciegos, y queremos serlo; no sabemos adónde vamos, y seguimos adelante. El encanto está en esta despreocupación y en la misma ignorancia; es el placer del artista que sueña, del enamorado que pasa la noche al pie de las ventanas de su amante; es además el instinto del soldado; y es, sobre todo, el del jugador.

El caballero, casi sin darse cuenta, se había encaminado hacia Trianón. Sin ir muy emperifollado, como se decía entonces, no carecía de elegancia, ni de aquel aspecto que hace que un lacayo, hallándoos al paso, no os pregunte adónde vais. No le fué, pues, difícil, gracias á algunas indicaciones que le dieron en la posada, llegar hasta la verja del castillo, si de tal puede calificarse aquella caja de dulces de mármol que tantos placeres y contrariedades vió en otro tiempo. Desgracia-

damente, la verja estaba cerrada, y un corpulento suizo, vestido con una simple hopalanda, se paseaba, con las manos á la espalda, por la avenida interior, como quien no espera á nadie.

— ¡El rey está aquí! — se dijo el caballero — ó no está la marquesa. Evidentemente, cuando las puertas están cerradas y los porteros se pasean, los amos están encerrados ó han salido.

¿Qué hacer? Todo el valor y confianza que sentía momentos antes se trocaba de pronto en turbación y contrariedad. Esta única idea: «¡El rey está aquí!» le asustaba más que lo hicieran la víspera las palabras: «¡Va á pasar el rey!» porque entonces se hallaba ante lo imprevisto, mientras que ahora conocía ya aquella mirada fría, aquella majestad impasible.

— ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué cara pondría si intentara, imprudentemente, penetrar en este jardín y me encontrara frente á frente con ese monarca soberbio, tomando el café al borde de un arroyuelo!

Y en seguida se dibujó ante el pobre enamorado la desagradable silueta de la Bastilla; en lugar de la encantadora imagen que había conservado de la marquesa al pasar sonriente, vió torreones, calabozos, pan negro y agua; sabía la historia de Latude (1). A medida que reflexionaba iba ahuyentándose su esperanza.

— Y sin embargo — prosiguió diciendo entre sí, — yo no hago mal á nadie, ni el rey tampoco. Yo reclamo contra una injusticia; nunca he criticado á nadie. ¡Me recibieron tan bien en Versalles, y los lacayos estuvieron tan finos! ¿De qué he de asustarme? ¿De cometer una tontería? Otras cometeré que borrarán la primera.

Se aproximó á la verja y la apretó con el dedo. No estaba cerrada del todo. La abrió y entró resueltamente. El suizo se volvió con semblante de enojo.

(1) Gentilhombre francés, que por haber tenido relaciones con madama de Pompadour, fué encerrado en la Bastilla, donde permaneció 36 años. Dejó interesantes memorias sobre su cautividad y sobre sus tentativas de evasión (1725-1805). (N. del T.).

— ¿Qué se os ofrece? ¿Adónde vais?

— Voy á ver á la señora de Pompadour.

— ¿Os ha dado audiencia?

— Sí.

— Mostradme la carta.

Ya no le llamaban marqués como la víspera, y esta vez no contaba con el duque de Aumont. El caballero bajó tristemente los ojos, y observó que sus medias blancas y sus hebillas de pedernal del Rhin estaban cubiertas de polvo. Había cometido el error de ir á pie, en un país donde nadie andaba. El suizo bajó también los ojos, y le midió no de la cabeza á los pies, sino de los pies á la cabeza. El traje le pareció limpio, pero llevaba el sombrero algo torcido y la cabellera desempolvada.

— No tenéis carta ninguna. ¿Qué queréis?

— Quisiera hablar á madama de Pompadour.

— ¿De veras? ¿Y creéis que esto se hace así como así?

— Yo no creo nada. ¿El rey está aquí?

— Tal vez. Salid y dejadme en paz.

El caballero no quería encolerizarse; pero á su pesar, aquella insolencia le hizo palidecer.

— Alguna vez he hecho salir á un lacayo — respondió, — pero jamás un lacayo me ha hecho salir á mí.

— ¡Lacayo! ¿yo? ¡un lacayo! — exclamó furioso el suizo.

— Lacayo, portero, criado y servidumbre valen todos lo mismo y me importan un bledo.

El suizo dió un paso hacia el caballero, con los puños crispados y los ojos echando chispas. El caballero, recobrando su serenidad á la vista de una amenaza, levantó un tanto el puño de su espada.

— Cuidado — dijo, — soy gentilhombre, y por treinta y seis libras puedo derribar á un rústico cual vos.

— Si vos sois gentilhombre, yo pertenezco al rey. Yo cumplo mi deber, y no creáis...

En aquel momento, el toque de un cuerno, que pa-

recía venir del bosque de Satory, dejóse oir á lo lejos y se perdió en el eco. El caballero dejó caer su espada en la vaina, y sin pensar más en la disputa empezada:

— ¡Eh! ¡qué diablos! — dijo — es el rey que sale á caza. ¿Por qué no me lo decíais en seguida?

— No es cuenta mía, ni vuestra.

— Oid, buen hombre. El rey no está allí, y yo no tengo carta ni audiencia. Tomad, para beber, y dejadme pasar.

Y sacó del bolsillo algunas monedas de oro. El suizo le midió de nuevo con soberano desprecio:

— ¿Por quién me habéis tomado? — dijo desdeñosamente. — ¿De este modo tratáis de introduciros en una mansión real? En lugar de haceros salir, ¡cuidado que no os encierre!

— ¡Tú, pillastre! — dijo el caballero, volviendo á montar en cólera y echando mano á la espada.

— Sí, yo — repitió el hombronazo. Pero durante aquella conversación, en la que el historiador lamenta haber comprometido á su héroe, gruesos nubarrones habían obscurecido el cielo; íbase preparando una tempestad. Brilló un relámpago seguido de un ruidoso trueno, y empezó á llover pesadamente. El caballero, que guardaba todavía su oro, vió una gota de agua sobre su polvoriento zapato, grande como medio escudo.

— ¡Demonio! — dijo, — pongámonos al abrigo. No me conviene mojarme.

Y se dirigió lentamente hacia el antro del cancerbero, ó, si se quiere, la casa del conserje; luego, echándose sin cumplidos en el gran sillón del mismo conserje:

— ¡Por vida mía, que sois muy fastidioso! — dijo — ¡y yo un desdichado! Vos me tomáis por un conspirador y no comprendéis que tengo en el bolsillo una petición para Su Majestad. Soy provinciano, pero vos sois un tonto.

El suizo, por toda respuesta, fué á un rincón á tomar

su alabarda, y permaneció de pie, con el arma en la mano.

— ¿Cuándo saldréis? — gritó con voz estentórea.

La disputa, olvidada y reanudada á trechos, parecía exacerbarse seriamente, y ya las gruesas manos del suizo temblaban de un modo extraño al oprimir la pica; ¿qué iba á suceder? no lo sé; cuando, volviendo de pronto la cabeza: «¡Ah! — dijo el caballero — ¿quién llega por allí?»

Un paje joven, montando un soberbio caballo (no inglés; en aquel tiempo las piernas flacas no estaban de moda), corría á brida suelta y triple galope. El camino estaba bañado por la lluvia; la verja permanecía abierta á medias. Hubo un momento de vacilación; el suizo avanzó y abrió la verja. El paje dió un espolazo; el caballo, detenido por un instante, quiso reanudar su carrera, pero faltándole el pie, resbaló en la tierra húmeda y cayó.

Es muy incómodo, casi peligroso, hacer levantar un caballo que se haya caído. No hay látigo que valga. La gesticulación de las piernas de la bestia, que hace lo que puede, es en extremo desagradable, sobre todo cuando el que monta tiene la pierna cogida debajo la silla.

No obstante, el caballero corrió en su auxilio sin reflexionar los inconvenientes, y tan buena maña se dió que dejó bien pronto el caballo en pie y libre al jinete. Pero éste estaba cubierto de lodo, y apenas si podía andar cojeando. Transportado, lo mejor que se pudo, á la casa del suizo, y sentado á su vez en el gran sillón:

— Señor — dijo al caballero, — vos sois un gentilhombre, sin duda alguna. Me habéis prestado un gran servicio, pero me podéis prestar otro mucho mayor todavía. Traigo este mensaje del rey para la señora marquesa, y este mensaje es muy urgente como podéis ver, puesto que mi caballo y yo, para ir más de prisa, casi nos hemos roto la cabeza. Ya comprenderéis que en el

estado en que me encuentro, con una pierna estropeada, no puedo llevar este papel. Para ello sería preciso hacerme llevar yo mismo. ¿Queréis ir en mi lugar?

Y al mismo tiempo sacaba del bolsillo un gran sobre adornado con arabescos de oro y con el sello real.

— Con mucho gusto — respondió el caballero, tomando el pliego. Y rápido y ligero como una pluma, salió corriendo sin tocar casi con los pies al suelo.

V

Cuando el caballero llegó al castillo, un suizo estaba también en el peristilo.

«Orden del rey», dijo el joven, quien, esta vez, no temía ya las alabardas; y enseñando la carta entró jovialmente por entre media docena de lacayos.

Un majestuoso ujier, plantado en medio del vestíbulo, al ver la orden y el sello real, se inclinó gravemente, como un álamo encorvado por el viento, y luego, con uno de sus huesosos dedos, tocó, sonriendo, un ángulo de la marquetería de la pared.

Una pequeña puerta de muelles, cubierta por una tapicería, se abrió en seguida por sí misma. El hombre huesoso hizo un signo de cortesía: el caballero entró, y la tapicería, que se había entreabierto, volvió á caer blandamente detrás de sí.

Un silencioso camarero le introdujo entonces en un salón, luego en un corredor, en el que se abrían dos ó tres gabinetes, y por fin en otro salón, suplicándole esperara un instante.

— ¿Estoy todavía en el castillo de Versalles? — se preguntaba el caballero. — ¿Volveremos otra vez á jugar al escondite?

Trianón no era, en aquella época, ni lo que es hoy

ni lo que había sido. Se ha dicho que madama de Maintenón había hecho de Versalles un oratorio y madama de Pompadour un gabinete. Se ha dicho también de Trianón que *aquel castillejo de porcelana* era el gabinete de madama de Moutespán. Sea lo que fuere, parece que Luis XV establecía gabinetes por el estilo en todas partes. La galería Tal, donde su abuelo se paseaba majestuosamente, estaba entonces dividida caprichosamente en una infinidad de compartimientos. Los había de todos colores; el rey iba mariposeando por aquellos bosquecillos de seda y terciopelo. «¿Os parecen de buen gusto mis saloncitos amueblados?» preguntó un día á la hermosa condesa de Séran. «No — dijo ésta, — yo los quisiera azules». Como el azul era el color del rey, la respuesta le lisonjeó. A la segunda cita, la señora de Séran halló el salón tapizado de azul, según había deseado.

El en que se hallaba por entonces solo el caballero, no era azul, ni blanco, ni rosa, sino cubierto de espejos. Ya es sabido cuánto gana una mujer bonita, que tiene bonito talle, en dejar que su imagen se repita bajo mil aspectos. Así deslumbra, envuelve, por decirlo así, á quien desea agradar. Por cualquier lado que mire, la ve; ¿cómo evitarlo? No le queda más que huir, ó confesarse vencido.

El caballero miraba también el jardín. Allí, detrás de las alamedas y los laberintos, las estatuas y los jarrones de mármol empezaban á tomar el estilo pastoral que la marquesa empezaba á poner de moda, y que más tarde, madama de Dubarry y la reina María Antonieta debían llevar á tan alto grado de perfección. Aparecían ya las fantasías campestres, donde se refugiaba el gastado capricho. Ya los hinchados tritones, las graves diosas y las sabias ninfas, los bustos de enormes pelucas, helados de terror en sus nidos de verdura, veían surgir del suelo un jardín inglés en medio de los tejos sorprendidos. Los diminutos céspedes, los riachuelos, los puentecillos, iban á destronar bien pronto al

Olimpo para reemplazarlo con una lechería, extraña parodia de la naturaleza, que los ingleses copian sin comprenderla, verdadero juego infantil, que se convirtió entonces en el pasatiempo de un amo indolente, que no sabía cómo distraerse de Versalles, en Versalles mismo.

Pero el caballero estaba demasiado satisfecho, demasiado sorprendido de hallarse allí, para que una reflexión crítica ocupara su espíritu. Por el contrario, se sentía dispuesto á admirarlo todo, y efectivamente lo admiraba, dando vueltas entre sus dedos á la misiva, como hace un provinciano con su sombrero, cuando una linda camarera abrió la puerta y le dijo suavemente:

— Venid, caballero.

Siguióla, y después de recorrer otra vez varios corredores más ó menos misteriosos, le hizo entrar en una espaciosa habitación cuyos postigos estaban semientornados. Allí la camarera se detuvo como escuchando.

— Siempre al escondite, — se dijo el caballero.

Empero, al cabo de algunos instantes se abrió otra puerta, y otra camarera, que parecía tan linda como la primera, repitió en el mismo tono las mismas palabras.

— Venid, caballero.

Si se había sentido impresionado en Versalles, no lo estaba menos entonces, porque comprendía que tocaba en el umbral del templo en que vivía la divinidad. Adelantándose con el corazón palpitante, una suave luz, débilmente velada por cortinas de gasa, sucedió á la obscuridad; un delicioso perfume, imperceptible casi, se extendió por el aire á su alrededor; la camarera separó tímidamente el extremo de un cortinaje de seda, y, en el fondo de un gran gabinete decorado con la más elegante sencillez, divisó á la dama del abanico, esto es, á la omnipotente marquesa.

Estaba sola, sentada delante de una mesa, envuelta en un peinador, con la cabeza apoyada en la mano, con

aspecto preocupado. Al ver entrar al caballero, se levantó con un movimiento súbito y como involuntario:

— ¿Venís de parte del rey?

El caballero hubiera podido contestar, pero no supo hacer más que inclinarse profundamente, presentando á la marquesa la carta que le traía. Ella la tomó, ó más bien se apoderó de ella con extraordinaria viveza. Mientras rompía el sello, el sobre temblaba entre sus manos.

Aquella carta, escrita de puño del rey, era muy larga. La marquesa la devoró rápidamente, de una ojeada, por decirlo así; luego la leyó ávidamente con profunda atención, frunciendo las cejas y apretando los labios. En tal estado no era hermosa y en nada se parecía á la mágica aparición del saloncito. Cuando llegó al final, pareció reflexionar. Poco á poco, su semblante, que había palidecido, se tiñó de un ligero encarnado (á aquella hora no se había puesto aún el carmín): y no solamente recobró su gracia, sino que un resplandor de verdadera belleza se difundió por sus delicadas facciones; sus mejillas se hubieran confundido con dos pétalos de rosa. Exhaló un pequeño suspiro, dejó caer la carta encima de la mesa, y volviéndose hacia el caballero:

— Os he hecho esperar —le dijo con la más amable sonrisa,— pero es que no estaba aún levantada, y no lo estoy aún. Este es el motivo de que me haya visto obligada á haceros venir por pasadizos excusados; pues estoy sitiada aquí casi tanto como en mi casa. Quisiera contestar dos palabras. ¿Os pesaría llevar mi recado?

Esta vez era forzoso hablar; el caballero había tenido tiempo de reponerse.

— ¡Ah, señora! — dijo tristemente — me hacéis mucho honor; pero, por desgracia, no puedo aprovecharme de él.

— ¿Por qué?

— No tengo la honra de pertenecer á Su Majestad.

— Pues ¿cómo estáis aquí?

— Por casualidad. He encontrado por el camino á un paje que se ha caído y me ha suplicado...

— ¡Cómo! ¿se ha caído? — repitió la marquesa soltando una carcajada. (Mostrábase tan dichosa en aquel momento, que no podía contener la hilaridad).

— Sí, señora, se ha caído del caballo en la verja. Yo me encontraba allí por fortuna, y le he ayudado á levantarse, y como su traje estaba muy sucio, me ha rogado me encargara de su mensaje.

— ¿Y por qué casualidad os hallabais allí?

— Señora, porque tengo que presentar una solicitud á Su Majestad.

— Su Majestad vive en Versalles.

— Sí, pero vos vivís aquí.

— ¡Perfectamente! De modo que érais vos el que quería encargarme un recado.

— Señora, os ruego que creais...

— No os asustéis, no sois el primero. Pero ¿á propósito de qué os dirigíais á mí? Yo no soy más que una mujer... como cualquiera otra.

Al pronunciar estas palabras con acento socarrón, la marquesa lanzó una mirada triunfante sobre la carta que acababa de leer.

— Señora — contestó el caballero, — siempre he oído decir que los hombres ejercían el poder, y que las mujeres...

— Disponían de él ¿no es cierto? Pues bien, caballero, en Francia hay una reina.

— Lo sé, señora, y esto ha hecho que me *encontrara allí* esta mañana.

La marquesa estaba harta de semejantes cumplidos, aun cuando sólo se los hicieran en voz baja; pero en las presentes circunstancias, pareció que le complacía singularmente.

— ¿Y bajo qué confianza, bajo qué seguridad pudisteis creer que llegaríais hasta aquí? Porque cierto no contabais con que se cayera un caballo.

— Señora, yo creía... yo esperaba...

— ¿Qué es lo que esperabais?

— Yo esperaba que la casualidad... podría hacer...

— ¡Siempre la casualidad! Según parece, es muy amiga vuestra; pero os advierto que si no poseéis otras, ésta es una triste recomendación.

La fortuna ofendida quiso tal vez vengarse de aquella irreverencia; pero el caballero, á quien las últimas preguntas habían perturbado más y más, vió de pronto, en un ángulo de la mesa, precisamente el mismo abanico que había recogido del suelo la víspera. Lo tomó, y, como la víspera, lo presentó á la marquesa, doblando la rodilla ante ella.

— Este es, señora, el único amigo que tengo aquí.

La marquesa quedó momentáneamente sorprendida, y vaciló unos instantes mirando ora el abanico, ora al caballero.

— ¡Ah! tenéis razón — dijo por fin; — sois vos, os reconozco. Sois vos á quien vi ayer, después de la comedia, con el señor de Richelieu. Dejé caer el abanico y os *encontrasteis allí*, como decís.

— Sí, señora.

— Y con mucha galantería, á fuer de caballero, me lo entregasteis; no os di las gracias, pero he tenido siempre la persuasión de que quien sabe recoger un abanico con tan buena gracia, sabe, á la ocurrencia, recoger un guante; y á nosotras nos gusta esto.

— Nada más cierto, señora, pues no hace mucho, cuando he llegado, poco ha faltado para que tuviera un duelo con el suizo.

— ¡Misericordia! — dijo la marquesa asaltada por un segundo acceso de hilaridad — ¡con el suizo! Pero ¿por qué?

— No me quería dejar entrar.

— Hubiera sido lástima. Pero ¿quién sois vos? ¿qué pedís?

— Señora, me llamo el caballero de Vauvert. El señor de Biron había pedido para mí una plaza de alférez de la guardia.

— ¡Perfectamente! También me acuerdo. Vos venís de Neauflette, estáis enamorado de la señorita de Annebault...

— Señora, ¿quién ha podido deciros?...

— ¡Oh! os prevengo que soy muy temible. Cuando me falta la memoria, adivino. Sois pariente del abate de Chauvelin, y rechazado por esto, ¿no es verdad? ¿Dónde está vuestro memorial?

— Aquí, señora; pero, á la verdad, no alcanzo á comprender...

— ¿Qué necesidad hay de comprender? Levantaos y poned este papel sobre la mesa. Voy á contestar al rey; y le llevaréis, al mismo tiempo, vuestra petición y mi carta.

— Pero señora, creo haberos dicho...

— Iréis. Habéis entrado aquí de parte del rey, ¿no es cierto? Pues bien, entraréis allí de parte de la marquesa de Pompadour, dama de honor de la reina.

El caballero se inclinó sin pronunciar una palabra. Todo el mundo estaba enterado desde hacía mucho, de las infinitas entrevistas, ardides é intrigas que la favorita había puesto en juego, y cuanta obstinación había mostrado para obtener aquel título, que, al cabo, sólo le valió una afrenta del Delfín. Pero que lo había deseado durante diez años; lo quería y lo había logrado. El señor de Vauvert, á quien ella no conocía, aún cuando conociera sus amores, le pareció simpático como una buena noticia.

Inmóvil, de pie detrás de ella, el caballero observaba á la marquesa que escribía, al principio con todo su corazón, con entusiasmo, luego reflexionaba, se detenía, y se pasaba la mano por su pequeña nariz, fina como el ámbar. La marquesa se impacientó: aquel testigo la cohibía. Al fin se decidió á tachar algo de lo escrito; hay que advertir que no se trataba más que de un borrador.

Enfrente del caballero, al otro lado de la mesa, brillaba un hermoso espejo de Venecia. El timidísimo men-

sajero atrevíase apenas á levantar los ojos. Fuéle, sin embargo, difícil no ver en aquel espejo, por encima de la cabeza de la marquesa, el semblante inquieto y simpático de la nueva dama de honor.

— ¡Qué hermosa es! — pensaba. — Lástima que estoy enamorado de otra; pero Atenaida es más bella, y además, sería por mi parte una indigna deslealtad...

— ¿De qué estáis hablando? — dijo la marquesa. (El caballero, según su costumbre, había pensado en voz alta sin saberlo). — ¿Qué decís?

— ¿Yo, señora? Espero.

— En seguida termino—respondió la marquesa tomando otra hoja de papel; pero un pequeño movimiento que acababa de hacer para volverse, hizo deslizar su peinador sobre los hombros.

La moda es una cosa extraña. Nuestras abuelas hallaban muy natural presentarse en la corte con holgados trajes que dejaban su seno casi al descubierto, y nadie veía en esto una indecencia, pero ocultaban cuidadosamente la espalda, que las hermosas damas de hoy enseñan en el palco de la Opera. Es una belleza recientemente inventada.

En el hombro delicado, blanco y gentil de madama de Pompadour, había una manchita negra que parecía una mosca caída en la leche. El caballero, serio como un atolondrado que quiere aparecer comedido, miraba aquella manchita, y la marquesa, con la pluma al aire, miraba al caballero en el espejo.

Y en aquel espejo se cruzó una ojeada que quería decir de una parte: «Sois encantadora», y de la otra: «No me pesa».

No obstante, la marquesa se arregló el peinador:

— ¿Estáis mirando mi lunar, caballero?

— No miro, señora; veo, y admiro.

— Aquí está la carta, llevadla al rey con vuestro memorial.

— El caso es, señora...

— ¿Qué?

— Que Su Majestad está de caza; acabo de oir los toques en el bosque de Satory.

— Es verdad, ya no me acordaba; pues bien, mañana, pasado mañana, poco importa. No, en seguida. Id, entregadla á Lebel. Adiós, caballero. Acordaos de este lunar que acabáis de ver; en el reino no hay quien lo haya visto más que el rey; y en cuanto á vuestra amiga la casualidad, decidle de mi parte que se acostumbre á no charlar solo en alta voz como hace un momento. Adiós, caballero.

Tocó un timbre, y luego, levantando sobre la manga una oleada de blondas, tendió al joven su brazo desnudo.

El se inclinó otra vez, y con la punta de los labios rozó apenas las sonrosadas uñas de la marquesa. Ella no vió en aquel acto una indelicadeza, sino, por el contrario, un exceso de modestia.

En seguida reaparecieron las camareras, y detrás de ellas, erguido como un campanario en medio de un rebaño de carneros, el hombre huesoso, sonriendo siempre, enseñaba el camino.

VI

Solo, hundido en un sillón antiguo, en el fondo de su cuartito de la posada del Sol, el caballero esperaba mañana, luego pasado mañana; — ninguna noticia.

— ¡Mujer singular! — ¡dulce é imperiosa, buena y mala, la más frívola y la más testaruda! — Ya me ha olvidado. ¡Oh! ¡miseria! Tiene razón, ella lo puede todo y yo no soy nada.

Levantóse y empezó á pasearse por el cuarto.

Nada, no, yo no soy más que un pobre diablo. ¡Cuánta razón tenía mi padre! La marquesa se ha bur-

lado de mí; nada más natural; mientras yo la miraba, se complacía en su belleza. Estaba satisfecha al ver en aquel espejo y en mis ojos el reflejo de sus encantos, que ¡por mi vida, son verdaderamente incomparables! Sí, sus ojos son pequeños, pero ¡cuánta gracia! Y Latour, antes que Diderot, ha tomado para hacer su retrato el polvillo del ala de una mariposa. No es muy alta, pero su talle es perfecto. ¡Ah, señorita de Annebault! ¡Ah! mi querida amiga, ¿sería posible que también yo fuese capaz de olvidar?

Dos ó tres golpecitos secos dados en la puerta le despertaron de sus lamentaciones.

— ¿Quién hay?

El hombre huesoso, vestido completamente de negro, con un reluciente par de medias de seda, que disimulaban la ausencia de las pantorrillas, entró y saludó profundamente.

— Señor caballero, esta noche hay baile de máscaras en la corte, y la señora marquesa me envía á deciros que estáis invitado.

— Está bien; muchas gracias.

Así que se hubo retirado el hombre huesoso, el caballero dió un campanillazo: la misma criada que tres días antes le había arreglado lo mejor que supo, le ayudó á ponerse el mismo traje de gala, procurando arreglarle mejor aun.

Después de lo cual, el joven se encaminó hacia el palacio, invitado esta vez, y más tranquilo en apariencia, pero más inquieto y menos atrevido que cuando diera el primer paso en aquel mundo desconocido para él todavía.

VII

Casi tan aturdido como la primera vez, por los esplendores de Versalles, que aquella noche no estaba desierto, el caballero andaba por la gran galería, mirando á todos lados, procurando averiguar por qué estaba allí; pero nadie, al parecer, se preocupaba de él. Al cabo de una hora, fastidiado ya, se disponía á marcharse, cuando dos máscaras, exactamente iguales, sentadas en un banquillo, le cerraron el paso. Una de las dos le apuntó el dedo como si hubiera tenido una pistola; la otra se levantó y se acercó á él.

— Parece, caballero — le dijo la máscara, tomándole familiarmente el brazo, — que estáis muy bien con nuestra marquesa.

— Dispensad, señora, ¿de quién me habláis?

— Ya lo sabéis.

— No sé nada, absolutamente.

— ¡Oh! sí.

— Digo que no.

— Toda la corte lo sabe.

— Yo no pertenezco á la corte.

— No seáis niño. Os digo que se sabe.

— Puede ser, señora, pero yo lo ignoro.

— No ignoráis, sin embargo, que anteayer un paje se cayó de caballo en la verja de Trianón. ¿No estabais allí por casualidad?

— Sí, señora.

— ¿Y no entrasteis en el castillo?

— Sin duda.

— ¿Y no os dieron un papel?

— Sí, señora.

— ¿Y no lo llevasteis al rey?

— Seguramente.

— El rey no estaba en Trianón, sino de caza, y la marquesa estaba sola, ¿no es verdad?

— Sí, señora.

— Acababa de despertarse; estaba vestida apenas, excepto, según se dice, un amplio peinador.

— Las personas á quienes no se puede impedir que hablen dicen lo que les viene en mientes.

— Muy bien, pero parece que se ha cruzado entre ella y vos una mirada que no la ha disgustado.

— ¿Qué queréis decir con ello, señora?

— Que no le habéis desagradado.

— No sé nada, y me desesperaría que una benevolencia tan afectuosa y tan rara, que yo no esperaba merecer y que me ha conmovido hasta el fondo de mi corazón, pudiera dar motivo á malévolas interpretaciones.

— ¡Qué pronto os alteráis, caballero! Se diría que vais á provocar á toda la corte; no acabaríais nunca de matar gente.

— Pero, señora, si aquel paje se cayó, y si yo llevé su mensaje... Permitidme que os pregunte á qué viene este interrogatorio.

La máscara le apretó el brazo y le dijo: — Oid, caballero.

— Todo cuanto gustéis, señora.

— Voy á exponeros nuestra idea. El rey no quiere ya á la marquesa, y nadie cree que la haya querido jamás. Ahora acaba de cometer una imprudencia; se ha echado encima el parlamento, con sus dos sueldos de impuesto, y hoy se atreve á atacar á una potencia mucho más alta, la compañía de Jesús. No hay duda que sucumbirá; pero aun tiene armas, y antes de morir, se defenderá.

— Y bien, señora, ¿qué puedo hacer yo?

— Voy á decíroslo. El señor de Choiseul está medio reñido con el señor de Bernis; ni uno ni otro están

seguros de lo que quieren hacer. Bernis se marchará y Choiseul tomará su sitio; una palabra vuestra puede ser decisiva.

— ¿De qué manera, señora?

— Dejando contar vuestra visita del otro día.

— ¿Qué conexión puede haber entre mi visita, los Jesuítas y el parlamento?

— Escribidme una palabra y la marquesa está perdida. Y no dudéis de que el más vivo interés, la más profunda gratitud...

— Repito que me dispenséis, señora, pero lo que me pedís es una infamia.

— ¿Hay acaso nobleza en política?

— No entiendo una palabra de todo esto. Madama de Pompadour deja caer su abanico ante mí; yo lo recojo y se lo devuelvo; me da las gracias, y me permite, con infinita bondad, que le dé las gracias á mi vez.

— Basta de cortesías: el tiempo pasa; yo me llamo la condesa de Estrades. Vos amáis á la señorita de Annebault, mi sobrina... no digáis que no, es inútil; habéis pedido un empleo de alférez... mañana lo tendréis, y si Atenaida os gusta, pronto seréis mi sobrino.

— ¡Oh! señora, ¡qué exceso de bondad!

— Pero hay que hablar.

— No, señora.

— Me habían dicho que amabais á aquella niña.

— Todo cuanto es posible; pero si alguna vez puedo ratificar mi amor ante ella, es necesario que lo mismo suceda con mi honor.

— ¡Porfiado sois, caballero! ¿Es ésta vuestra última respuesta?

— La última y la primera.

— ¿Rehusáis entrar en los guardias? ¿Rehusáis la mano de mi sobrina?

— A este precio, sí, señora.

La señora de Estrades clavó en el caballero una mirada penetrante, llena de curiosidad; luego, no obser-

vando en su semblante ningún signo de vacilación, se alejó lentamente, y se perdió entre la muchedumbre.

El caballero, sin comprender una palabra de aquella extraña aventura, fué á sentarse en un rincón de la galería.

— ¿Qué piensa hacer esta mujer? — se preguntaba; — debe ser algo loca. Quiere revolver el Estado por medio de una estúpida calumnia, y para conquistar la mano de su sobrina ¡me propone que me deshonre! ¡Pero Atenaida no quisiera saber más de mí, ó si se prestara á semejante intriga, sería yo el que la rechazaría! ¡Cómo! Perjudicar á esa buena marquesa, difamarla, mancharla... ¡jamás! ¡no! ¡jamás!...

Siempre fiel á sus distracciones, el caballero iba probablemente á levantarse y á hablar en voz alta, cuando un dedito color de rosa le tocó ligeramente el hombro. Levantó los ojos y vió ante sí las dos máscaras iguales que le habían detenido.

— ¿Estáis decidido á no ayudarnos? — dijo una de las máscaras, disfrazando la voz. Pero á pesar de que los dos trajes eran exactamente iguales, y de que todo parecía dispuesto para un engaño, el caballero no cayó en el lazo. Ni la mirada ni el acento eran los mismos.

— ¿Contestaréis?

— No, señora.

— ¿Escribiréis?

— Tampoco.

— Sois verdaderamente obstinado. Buenas noches, teniente.

— ¿Qué decís, señora?

— Aquí tenéis vuestro nombramiento y vuestro contrato de boda. — Y le echó su abanico.

Era el mismo que el caballero había recogido dos veces. Los amorcillos de Boucher (1) revoloteaban por el pergamino, en medio del dorado nácar. No había duda, era el abanico de madama de Pompadour.

---

(1) Pintor francés (1703-1770). (N. del T.).

— ¡Cielos! marquesa, ¿es posible?...

— Muy posible — dijo aquélla levantando por encima de la barba su negra careta.

— No sé, señora, cómo corresponder...

— No es necesario. Sois un hombre honrado, y yá nos volveremos á ver, porque estáis en nuestra casa. El rey os ha colocado en la bandera blanca. Acordaos de que, para un solicitador, la mejor elocuencia es saber callar á tiempo...

— Y perdonadnos — añadió riendo y escapando — que antes de daros nuestra sobrina hayamos tomado informes (1).

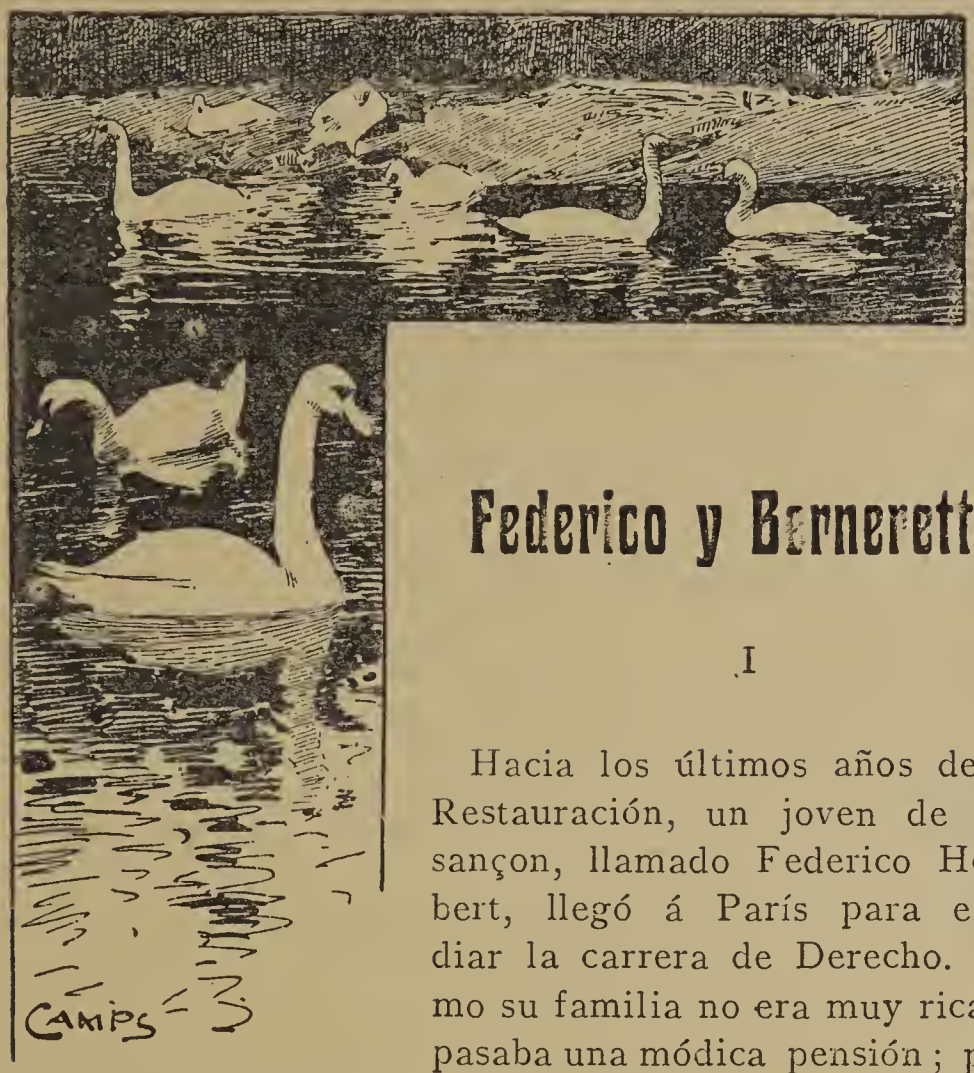
---

(1) Madama de Estrades, poco tiempo después cayó en desgracia junto con el señor de Argensón, por haber conspirado, seriamente esta vez, contra madama de Pompadour.

FIN DE EL LUNAR

CAMPS

FEDERICO Y BERNERETTE



Federico y Bernerette

I

Hacia los últimos años de la Restauración, un joven de Besançon, llamado Federico Hombert, llegó á París para estudiar la carrera de Derecho. Como su familia no era muy rica, le pasaba una módica pensión; pero gracias á sus metódicas costumbres, poca cosa le bastaba. Alojóse en el barrio Latino, para asistir fácilmente á clase; sus gustos y su carácter eran tan sedentarios, que conocía apenas los paseos, las plazas y los monumentos, que en París son objeto de la curiosidad de los forasteros. La compañía de algunos jóvenes con quienes trabó bien pronto relaciones en la Escuela de Derecho, las casas que frecuentaba merced á algunas cartas de recomendación, constituían sus únicos pasatiempos. Mantenía periódica correspondencia con sus padres, y les comunicaba sus éxitos en los exámenes á medida que iba sujetándose á ellos. Al cabo de tres años de asiduos trabajos, vió por fin llegado el momento de graduarse abogado; no le quedaba más que sostener su tesis, y había ya fijado la época de su regreso á Besançon, cuando una imprevista circunstancia vino á turbar su reposo por algún tiempo.

Vivía en un tercer piso de la calle de la Harpe, y cuidaba de algunas flores que tenía en su ventana. Mientras estaba regándolas una mañana, divisó en una ventana de enfrente á una joven que se echó á reir. Mirábale con un aspecto tan jovial y abierto, que no pudo abstenerse de dirigirle una inclinación de cabeza, á cuyo saludo contestó ella con tanta gracia, que desde aquel momento continuaron dándose los buenos días todas las mañanas, de un lado á otro de la calle. Un día que Federico se levantó más temprano que de costumbre, después de haber saludado á su vecina, tomó una hoja de papel que dobló en forma de carta, mostrándola de lejos á la joven, como para pedirle si podía escribirle; pero ella meneó la cabeza en señal negativa, y se retiró contrariada.

Al día siguiente, la casualidad hizo que se encontraran en la calle. La señorita entraba en su casa acompañada por un joven que Federico no conocía, y que no recordaba haber visto nunca entre los estudiantes. En el porte y en el traje de su vecina, aun cuando llevaba sombrero, juzgó que debía ser lo que en París llaman una griseta. El caballero, por su edad, debía ser, sin duda, un hermano ó un amante, y parecía más bien un amante que un hermano. Sea lo que fuere, Federico resolvió no pensar más en aquella aventura. Llegaron los primeros fríos, y tuvo que quitar las flores del sitio que ocupaban en la ventana; pero á pesar suyo, miraba de vez en cuando hacia afuera; aproximó á la ventana la mesa en que trabajaba, y arregló su cortina de manera que pudiera mirar sin ser visto.

Por su parte, la vecina no volvió á dejarse ver por las mañanas. En cambio, comparecía á veces á las cinco de la tarde para cerrar las persianas, después de encender su lámpara. Federico se atrevió á lanzarle un beso, y se quedó sorprendido al ver que ella se lo devolvía con tanta jovialidad como antes su primer saludo. Volvió á tomar el pliego de papel que había quedado doblado encima de la mesa, y explicándose por

signos del mejor modo que pudo, le pidió que le escribiese ó que recibiera su billete. Pero la respuesta no fué más favorable que la primera vez; la griseta volvió á menear la cabeza, y lo mismo ocurrió durante ocho días. Los besos eran correspondidos, pero era forzoso renunciar á las cartas.

Al cabo de una semana, despechado Federico por tan obstinadas negativas, rasgó su papel delante de su vecina. Esta se rió al principio, permaneció indecisa por algún tiempo, y luego sacó de su delantal un papel que mostró á su vez al estudiante. Ya comprenderéis que no meneó la cabeza. No pudiendo hablar, escribió á gruesos caracteres en una grande hoja de papel de dibujo estas palabras: «¡La adoro!» Después colocó el papel en el respaldo de una silla y colocó una vela encendida á cada lado. La hermosa griseta, armada con unos gemelos, pudo leer de aquel modo la primera declaración de amor de su amante. Respondió con una sonrisa, é hizo signo á Federico de que bajara á buscar el billete que le había mostrado.

La noche era obscura y había una espesa niebla. El joven bajó presurosamente, atravesó la calle y entró en la casa de su vecina; la puerta estaba abierta y la señorita esperaba al pie de la escalera. Federico, rodeándola con sus brazos, fué más rápido en besarla que en dirigirle la palabra. Ella se escapó temblorosa.

— ¿Y su escrito? — preguntó; — ¿cuándo y cómo podré verla?

Ella se detuvo, volvió sobre sus pasos, y deslizando su billete en la mano de Federico:

— Tome — le dijo, — y no trasnoche usted.

En efecto, hacía poco tiempo que el estudiante, á pesar de su moderación, pasaba alguna que otra noche fuera de casa, y la griseta lo había notado.

Cuando dos enamorados están de acuerdo, los obstáculos son bien poca cosa. El billete recibido por Federico, decía que había que tomar grandes precauciones, hablaba de amenazadores peligros y le preguntaba

dónde podrían ir para verse. Esto no podía ser, según decía, en el cuarto del joven. Fué preciso buscar un cuartito en los alrededores, y en el barrio Latino no escaseaban. Habían ya fijado la primera cita, cuando Federico recibió la carta siguiente:

«Usted dice que me adora, y no me dice si me encuentra bonita. Usted no me ha visto bien, y para amarme, es necesario que me vea mejor. Voy á salir con mi doncella; salga usted también, y venga á mi encuentro por la calle. Deténgame usted como un conocido, dígame algunas palabras, y míreme bien durante aquel tiempo. Si no me encuentra bonita, dígamelo usted, y no me molestará. La cosa es muy sencilla, y además, no soy mala.

»Muchos besos de

»BERNERETTE».

Federico obedeció las órdenes de su amante, y no tengo necesidad de decir que la prueba no fué dudosa. No obstante, Bernerette, por un refinamiento de coquetería, en lugar de acicalarse para aquel encuentro, se presentó sin adorno alguno, con los cabellos levantados debajo de su sombrero. El estudiante la saludó respetuosamente, la repitió que era más hermosa que nunca, y se volvió á su casa, entusiasmado con su nueva conquista; pero aun le pareció más hermosa al día siguiente, cuando compareció á la cita, y vió que no sólo podía prescindir de adornos, sino también de toda especie de tocado, hasta del más primitivo.

II

Federico y Bernerette se entregaron á su amor antes de haber trocado casi una sola palabra, y se tutearon á las primeras palabras que se dirigieron. Enlazados

del brazo, sentáronse cerca de la chimenea, donde chisporroteaba un buen fuego. Allí, Bernerette, apoyando en las rodillas de su amante sus brillantes mejillas que el placer encendía, le explicó quién era. Había recitado comedias en provincias; llamábase Luisa Durand, y Bernerette (1) era su nombre de guerra; desde hacía dos años vivía con un joven á quien no amaba ya. Quería, á todo trance, deshacerse de él, y cambiar su método de vida, ya sea volviendo al teatro, si hallaba alguna protección; ya aprendiendo un oficio. Por lo demás, no dió ninguna explicación ni sobre su familia ni sobre su pasado. Unicamente manifestaba su resolución de romper aquellos lazos, que le eran insoportables. Federico no quiso engañarla, y le describió sinceramente la posición en que se hallaba; como no era rico, y tenía pocas relaciones, sólo podía prestarle un débil concurso.

— Como no puedo encargarme de ti—añadió,—no quiero, bajo ningún pretexto, ser causa de tu ruptura; pero como sería demasiado cruel para mí compartir tu amor con otro, me marcharé, muy á pesar mío, y guardaré en mi corazón el recuerdo de un día dichoso.

A aquella inesperada declaración, Bernerette se puso á llorar. «¿Por qué marcharte? — decía. — Si riño con mi amante, no tendrás tú la culpa, porque hace tiempo que tengo formada mi resolución. Si entro de aprendiza en casa de una planchadora, ¿dejarás de amarme por ello? Es lástima que no seas rico; pero ¿qué quieres? pasaremos como podremos.»

Federico iba á contestar, pero un beso le impuso silencio. «No hablemos más y no pensemos más en ello — dijo por conclusión Bernerette. — Cuando necesites de mí, me haces un signo por la ventana, y no te preocupes de lo demás, pues no es cosa tuya».

---

(1) Seguramente de *berne*, *berner*, manteamiento ó burla, palabra intraducible en este caso, por lo que la dejamos en su ortografía original. (N. del T.).

Durante unas seis semanas Federico trabajó bien poco. Su tesis comenzada, permanecía sobre la mesa; de vez en cuando añadía una línea. Si le asaltaban deseos de distraerse, sabía que no tenía que hacer más que abrir la ventana; Bernerette estaba siempre dispuesta; y cuando le preguntaba cómo podía gozar de tanta libertad, ella le contestaba siempre que no era cuenta suya. El guardaba en su cajón algunos ahorrillos, que disipó rápidamente. Al cabo de quince días tuvo que recurrir á un amigo para dar de cenar á su amante.

Cuando su amigo, que se llamaba Gérard, supo el nuevo método de vida de Federico: «Cuidado — le dijo, — tú estás enamorado. Tu griseta no posee nada y tú tampoco tienes gran cosa; en tu lugar desconfiaría de una comedianta de provincias; esa clase de pasiones conduce más lejos de lo que uno se figura».

Federico contestó, riendo, que no se trataba de una pasión, sino de unos amores pasajeros. Explicó á Gérard la manera como había conocido á Bernerette, por la ventana. «Es una muchacha que no piensa más que en divertirse — dijo á su amigo; — nada menos peligroso que ella, y nada menos serio que nuestras relaciones».

Gérard se dió por convencido con estos razonamientos, pero, no obstante, excitó á Federico á que trabajara. Este aseguró que su tesis quedaría terminada muy pronto, y con el propósito de no haber prometido en falso, se puso á trabajar efectivamente durante algunas horas; pero aquella misma noche, Bernerette le esperaba. Fuéronse juntos á *la Cabaña*, y el trabajo quedó suspendido.

La Cabaña es el Tívoli del barrio Latino, es el punto de cita de los estudiantes y las grisetas. El sitio no se recomienda por la buena compañía, pero es un lugar de placer; allí se bebe cerveza y se baila; una alegría franca, rumorosa á veces, anima á la asamblea. Las elegantes llevan cofias redondas, y las *fashionables* faldas de terciopelo; se fuma, se brinda y se hace el amor

al aire libre. Si la policía impidiera la entrada de aquel jardín á las criaturas que registra, sería el único sitio de París donde se encontraría la antigua vida de los estudiantes, tan libre y tan alegre, cuyas tradiciones se pierden de día en día.

Federico, en su calidad de provinciano, no se hacía el escrupuloso respecto á las personas que allí encontraba; y Bernerette, que sólo buscaba divertirse, no se las hubiera hecho notar. Hay que tener un cierto conocimiento del mundo para saber dónde nos es permitido divertirnos. Nuestra feliz pareja no razonaba sus placeres; después de haber bailado toda la noche, se volvían á casa cansados y contentos. Federico era tan novicio, que sus primeras locuras juveniles le parecían la felicidad misma. Cuando Bernerette, apoyada á su brazo, iba saltando mientras andaba por el boulevard Nuevo, no imaginaba nada más delicioso que vivir así, al día. De tiempo en tiempo se preguntaban mutuamente cómo estaban sus asuntos, pero ni uno ni otro contestaban claramente á la pregunta. El cuartito amueblado, cerca del Luxemburgo, estaba pagado por dos meses; esto era lo principal. A veces, cuando llegaban á él, Bernerette llevaba bajo el brazo un pastel envuelto en un papel, y Federico una botella de vino. Entonces se sentaban á la mesa; la muchacha cantaba á los postres las coplas de los *vaudevilles* que había representado; si olvidaba las palabras, el estudiante improvisaba, para substituirlas, versos en elogio de su amiga, y cuando no encontraba la rima, la reemplazaba con un beso. Así pasaban la noche solitos, sin darse cuenta del tiempo que volaba.

— Tú no haces nada — decía Gérard, — y tu amor pasajero durará más que una pasión. Cuidado con lo que haces; gastas mucho dinero, y descuidas los medios que tienes para ganarlo.

— Tranquilízate — respondía Federico; — mi tesis adelanta y Bernerette va á entrar de aprendiza en casa de una planchadora. Déjame gozar en paz de un momento de felicidad, y no te inquietes por mi porvenir.

Sin embargo, aproximábase la época en que precisaba imprimir la tesis. Fué terminada á toda prisa, y no por ello valió menos. Federico fué recibido abogado y dirigió á Besançón varios ejemplares de su disertación, acompañados de su diploma. Su padre respondió á aquella buena noticia con el envío de una suma mucho más considerable de lo que convenía para pagar los gastos de su regreso á su país. La alegría paternal vino de este modo, sin saberlo, en auxilio del amor. Federico pudo devolver á su amigo el dinero que le había prestado y convencerle de la inutilidad de sus advertencias. Quiso hacer un regalo á Bernerette, pero ésta lo rehusó.

— Regálame una cena — le dijo; — todo cuanto quiero de ti, eres tú.

Con un caráter alegre como el de aquella muchacha, apenas tenía el más ligero disgusto, era fácil advertirlo. Federico un día la encontró triste y le preguntó el motivo. Después de algunas vacilaciones, sacó de su bolsillo una carta.

— Es una carta anónima — dijo; — el joven que vive conmigo la recibió ayer, y me la dió añadiendo que no prestaba fe á acusaciones sin firma. ¿Quién ha escrito esta carta? Lo ignoro. La ortografía es tan mala como el estilo; pero no por ello es menos peligrosa para mí; me denuncian como una mujer perdida y llegan hasta á precisar el día y la hora de nuestras últimas citas. Debe ser alguien de la casa, una portera ó una camarera; no sé qué hacer ni cómo preservarme del peligro que me amenaza.

— ¿Qué peligro? — preguntó Federico.

— Pues — dijo riendo Bernerette — nada menos que mi vida. He de habérmelas con un hombre de carácter violento, y si sabía que le engaño, sería capaz de matarme.

Federico releyó en vano la carta, examinándola de mil maneras, sin poder reconocer la letra. Volvióse á su casa muy inquieto, y resolvió no ver á Bernerette en algunos días; pero no tardó en recibir un billete de ella.

«Lo sabe todo — escribía; — no sé quién ha charlado, yo creo que es la portera. Irá á verte; quiere batirse contigo. No tengo fuerzas para seguir escribiendo; estoy más muerta que viva.»

Federico pasó el día entero en su cuarto; esperaba la visita de su rival, ó por lo menos una provocación. Empero, quedó sorprendido no recibiendo ni una ni otra. Al día siguiente y durante los ocho sucesivos, el mismo silencio. Supo al fin que el señor de N***, el amante de Bernerette, había tenido con ella una explicación, á consecuencia de la cual ésta había dejado la casa, escondiéndose en casa de su madre. Solo y desconsolado por la pérdida de su amante á quien adoraba con delirio, el joven salió una mañana y no volvió á parecer. Al cabo de cuatro días, viendo que no volvía, mandaron abrir la puerta del piso; sobre una mesa encontraron una carta en la que anunciaba fatales propósitos. Una semana después, hallaron en el bosque de Meudon los restos del desdichado.

III

La impresión que causó á Federico la noticia de aquel suicidio fué profunda. Aun cuando no conocía á aquel joven y nunca le había dirigido la palabra, sabía su nombre, que era el de una familia ilustre. Vió á sus padres y á sus hermanos presentarse de luto en la casa, y supo los tristes detalles de la pesquisas que se vieron obligados á hacer para descubrir las causas de su muerte. Fué sellada la puerta y no tardaron en sacar los muebles; la ventana, al lado de la cual trabajaba Bernerette, quedó abierta, dejando á la vista las paredes de una mansión desierta.

Sólo se sienten remordimientos cuando se es culpa-

ble, y Federico no tenía por qué reconvenirse seriamente, puesto que no había engañado á nadie, y ni siquiera había sabido jamás con claridad cómo estaban las cosas entre la griseta y su amante. Empero, sentía invencible horror al verse causa involuntaria de tan cruel fatalidad. «¡Por qué no vino á verme! — se decía. — ¡Por qué no volvió contra mí el arma que tan funestamente ha esgrimido! No sé cómo hubiera obrado, ni lo que hubiera ocurrido; pero mi corazón me dice que no hubiera ocurrido esa desgracia. ¡No haber sabido siquiera que la amaba hasta este punto! Si hubiese sido testigo de su dolor ¿quién sabe? tal vez me hubiera marchado; ó tal vez le hubiera convencido, curado, devuelto á la razón con mis palabras francas y amistosas. En todo caso, viviría aún, y yo preferiría que me hubiese roto un brazo á pensar que mientras se suicidaba pronunciaba mi nombre».

En medio de estas tristes reflexiones, llegó una carta de Bernerette: estaba enferma y guardaba cama. En su último altercado con ella, el señor de N*** la había golpeado, sufriendo una caída peligrosa. Federico salió para ir á verla, pero le faltó valor. Conservándola como amante, le parecía cometer un asesinato. Decidióse á partir; después de poner en orden sus asuntos, envió á la pobre muchacha todo el dinero que pudo y le prometió no abandonarla si se hallaba en la miseria; y se marchó á Besançon.

Su llegada fué, como es de suponer, un día de fiesta para la familia. Felicitábanle por su nuevo título, y le molieron á preguntas sobre su permanencia en París; su padre le condujo con orgullo á visitar á todas las personas distinguidas de la ciudad. Pronto le dieron á conocer un proyecto concebido durante su ausencia; habían pensado en casarle, y le propusieron la mano de una linda señorita de respetable fortuna. El no rehusó ni aceptó; conservaba una tristeza en el alma que nada podía calmar. Dejóse llevar á todas partes donde quisieron; respondió del mejor modo que supo á los que

le interrogaban, y hasta se esforzó en galantear á su prometida; pero cumplía esos deberes sin gusto y sin voluntad; no quiere esto decir que Bernerette le fuese tan querida que le hiciera renunciar á un enlace ventajoso; pero las últimas circunstancias le habían impresionado con exceso para que pudiera reponerse con tanta rapidez. En un corazón perturbado por el recuerdo, no queda sitio para la esperanza; estos dos sentimientos, en su extrema vitalidad, se excluyen mutuamente; sólo se concilian al debilitarse, y al desvanecerse acaban por llamarse uno á otro.

La señorita en cuestión tenía un carácter muy melancólico. No sentía por Federico ni simpatía ni repugnancia; como él, se prestaba por obediencia á los proyectos de sus padres. Gracias á la facilidad con que se les dejaba hablar á solas, pudieron ambos darse cuenta de la verdad. Comprendieron que el amor no parecía, mientras llegaba sin esfuerzo la amistad. Un día que las dos familias reunidas celebraron una partida de campo, Federico, al regreso, dió el brazo á su futura. Ella le preguntó si había dejado en París algún afecto, y él le contó su historia. Ella empezó por encontrarla divertida y por tratarla de bagatela: Federico la refería también como una locura sin importancia; pero el final del cuento le pareció serio á la señorita Darcy (era el nombre de la joven). «¡Dios mío! — dijo ella — el caso es cruel. Comprendo lo que le ha ocurrido y me da motivo para que le aprecie aún más. Pero no es usted culpable; deje hacer al tiempo. Sus padres tienen, seguramente, tanta prisa como los míos para realizar nuestro matrimonio; pero fíese de mí. Le ahorraré toda suerte de mortificaciones, y en último caso, el disgusto de una negativa.»

Y con estas palabras se separaron. Federico sospechó que la señorita Darcy tenía que hacerle también una confidencia. No se engañaba. Amaba á un pobre oficial sin fortuna que había pedido su mano y había sido rechazado por la familia. Ella dió, á su vez, prue-

bas de franqueza, y Federico juró que no se arrepentiría de ello. Estableciόse entre ambos una tácita convención de resistencia á sus padres, fingiendo someterse á su voluntad. Veíaseles sin cesar uno al lado del otro, danzando juntos en el baile, conversando en el salón, andando lejos de los demás en el paseo; pero después de haberse portado todo el día como amantes, se daban las manos y se separaban repitiéndose cada día que no se casarían nunca.

Tales situaciones son muy peligrosas. Tienen un encanto que arrastra, y el corazón se entrega á la confianza; pero el amor es una divinidad celosa que se irrita cuando no se la teme, y á veces se ama porque se ha prometido no amar. Al cabo de algún tiempo, Federico había recobrado su alegría; decíase que al fin y al cabo no era culpa suya si una ligera intriga había tenido un desenlace tan siniestro; que cualquier otro en su lugar hubiera obrado como él, y, en fin, que hay que olvidar lo que es imposible de reparar. Empezó á hallar deleite en ver todos los días á la señorita Darcy; parecíale más hermosa que al principio. No por esto cambió su conducta para con ella; pero poco á poco introdujo en sus discursos y en sus protestas de amistad un calor que dejaba poco lugar á dudas. Y en efecto, la joven no se engañó; el instinto femenino la avisó con rapidez de lo que ocurría en el corazón de Federico. Y se sintió lisonjeada y casi conmovida; pero, sea que fuese más constante que él; sea que no quiso volver atrás su palabra, tomó la resolución de romper enteramente con él y quitarle toda esperanza. Precisaba, para ello, esperar á que él se explicara con más claridad, y bien pronto se ofreció la ocasión.

Una noche que Federico se mostró más jovial que de costumbre, la señorita Darcy, mientras los demás tomaban el té, fué á sentarse en una salita algo separada. Cierta disposición novelesca, que es á menudo natural en las mujeres, prestaba aquel día á su mirada y á su acento un atractivo indefinible. Sin darse cuenta de

lo que sentía, sabíase con fuerzas para producir una sensación violenta, y cedió á la tentación de valerse de su poder, aun cuando debiera sufrir ella misma. Federico la vió salir, la siguió, se acercó á ella y después de algunas palabras sobre el aspecto de tristeza que notaba en ella:

— ¡Vamos á cuentas, señorita! — le dijo. — ¿Recuerda usted que se acerca el día en que tendrá que decidirse de un modo positivo? ¿Ha encontrado algún medio para eludir esta necesidad? Vengo á consultarla respecto á esto. Mi padre me pregunta sin cesar y yo no sé qué contestarle. ¿Qué puedo objetar contra esta alianza, y cómo decirle que no me conviene usted? Si finjo no hallarla bastante bella, juiciosa ó inteligente, nadie querrá creerme. He de decir, pues, que amo á otra, y cuanto más tardemos, más mentiré diciéndolo. ¿Y cómo no ser así? ¿Puedo verla, acaso, impunemente de continuo? ¿Cómo no se ha de borrar, ante usted, la imagen de una persona ausente? Dígame, pues, lo que tengo que contestar y lo que usted misma piensa. ¿Han cambiado sus intenciones? ¿Dejará usted que se consuma su juventud en la soledad? ¿Permanecerá usted fiel á un recuerdo, y este recuerdo le bastará? Si he de juzgar por mí, confieso que no puedo creerlo; porque comprendo que es engañarse resistir al propio corazón y al común destino, que exige que se olvide y que se ame. Yo mantendré mi palabra, si usted lo manda; pero no puedo abstenerme de decirle que esta obediencia será cruel para mí. Sepa, pues, que de usted sola depende nuestro porvenir, y pronuncie la sentencia.

— No me sorprende lo que me dice — respondió la señorita Darcy; — así hablan todos los hombres. Para ellos, el momento presente lo es todo, y sacrificarían su vida entera á la tentación de decir una galantería. Las mujeres tienen también tentaciones semejantes; pero la diferencia estriba en que saben resistirlas. He hecho mal en fiarme de usted, y justo es que lleve mi

castigo; pero aunque mi negativa debiese mortificarle y valerme su resentimiento, sabrá usted de mí una cosa cuya verdad reconocerá más tarde; y es que no se ama más que una vez en la vida, cuando se es capaz de amar. Los inconstantes no aman, juegan con el corazón. Ya sé que para el matrimonio dicen que basta la amistad; esto es posible en ciertos casos; pero ¿cómo sería posible para nosotros, puesto que sabe que amo á un hombre? Suponiendo que abusara usted hoy de mi confianza para persuadirme á que me casara, ¿qué haría usted de este secreto cuando yo fuera su esposa? ¿No es suficiente para hacer imposible nuestra dicha? Quiero creer que sus amores parisienses no son más que una locura juvenil. ¿Opina usted que me han hecho formar buen concepto de su corazón, y que me sea indiferente saber lo frívolo de su carácter? Créame, Federico — añadió tomando la mano del joven, — créame usted, llegará día en que amará, y aquel día, si se acuerda usted de mí, conservará, sin duda, alguna estima para la que se ha atrevido á hablarle así. Entonces sabrá usted lo que es el amor.

La señorita Darcy se levantó al pronunciar estas palabras, y salió. Había observado la turbación de Federico y el efecto que en él producía su discurso; y le dejó sumido en la tristeza. El pobre muchacho tenía aún poca experiencia para sospechar que, en una declaración tan formal, cupiera la coquetería. No conocía los móviles extraños que gobiernan á veces los corazones de las mujeres; no sabía que la que quiere negar rotundamente se limita á decir: No; y que la que se explica desea ser convencida.

Sea lo que fuere, aquella conversación tuvo sobre él la más perniciosa influencia. En vez de procurar convencer á la señorita Darcy, evitó, los días sucesivos, la ocasión de hablar á solas con ella. Demasiado orgullosa para arrepentirse, ella le dejó alejarse en silencio. Federico habló con su padre y le demostró la necesidad de hacer la reválida. En cuanto al matrimo-

nio, la señorita Darcy tomó sobre sí la misión de contestar la primera; no se atrevió á rehusar definitivamente, por miedo á irritar á la familia, pero pidió que le concedieran tiempo para reflexionar, y obtuvo que la dejaran tranquila por un año. Federico se dispuso, pues, á volver á París; se le aumentó algo la pensión, y se marchó de Besançon más triste que cuando llegó. El recuerdo de la última entrevista con la señorita Darcy le perseguía como un presagio funesto, y mientras la silla de postas lo conducía lejos de su país, repetíase en voz baja: «Sabrá usted lo que es el amor».

IV

Esta vez no se alojó en el barrio Latino; su objeto estaba en el Palacio de Justicia, y tomó un cuarto en proximidad del muelle de las Flores. Llegado apenas, recibió la visita de su amigo Gérard. Este, durante la ausencia de Federico, había sido agraciado con una considerable herencia. La muerte de un anciano tío le había hecho rico; tenía un piso en la calzada de Antin, coche y caballos; mantenía, además, á una bonita amante; frecuentaba la compañía de muchos jóvenes, que pasaban jugando en su casa todo el día y á veces toda la noche. Iba á los bailes, á los espectáculos, á los paseos; en una palabra, de modesto estudiante se había vuelto un joven á la moda.

Sin abandonar sus estudios, Federico se dejó arrastrar por el torbellino que envolvía á su amigo. Bien pronto aprendió á despreciar sus antiguos placeres de la Cabaña. No era aquél un sitio á propósito para lucir lo que llaman la juventud dorada. Frecuenta á menudo peores compañías, pero, ¿qué importa? La costumbre lo exige, y es mucho más noble divertirse en casa

de Musarda con la canalla, que en el boulevard Nuevo con personas de bien. Gérard no organizaba una partida á la que no invitara á Federico. Este se resistía todo lo posible, pero acababa por dejarse llevar. De este modo trabó conocimiento con un mundo desconocido para él; vió de cerca actrices y bailarinas, y el contacto con aquellas divinidades produce un efecto inmenso en un provinciano; se relacionó con jugadores, con calaveras, con gentes que hablaban sonriendo de doscientos luises que habían perdido la víspera; llegó á pasar la noche con ellos, y les vió, al apuntar el nuevo día, después de doce horas transcurridas bebiendo y revolviendo las cartas, preguntarse mientras se vestían, cuáles serían los placeres del nuevo día. Fué invitado á cenas en que cada uno tenía á su lado una mujer que le pertenecía, á la que no dirigían la palabra, llevándosela al salir como se toma el bastón y el sombrero. En pocas palabras, asistió á todas las calaveradas, á todos los placeres de aquella vida ligera, atolondrada, al abrigo de la tristeza, que sólo conducen algunos elegidos que parece no pertenezcan más que por sus goces, al resto de la raza humana.

Empezó por hallarse bien con ellos, porque le hacían olvidar sus penas y sus importunos recuerdos. Y en realidad, no hay medio alguno, en semejante esfera, de estar preocupado aunque se quiera; hay que divertirse ó marcharse. Pero Federico se perjudicó al propio tiempo, porque perdió la reflexión y sus metódicas costumbres, su suprema salvaguardia. No tenía con qué jugar por largo tiempo, y jugó; quiso su desgracia que empezara ganando, y merced á sus ganancias tuvo con qué perder. Vestíale un sastre antiguo de Besançon que hacía muchos años servía á su familia; escribióle que no quería más trajes suyos y tomó un sastre á la moda. Pronto no le quedó tiempo para ir al palacio: ¿cómo hubiera podido con aquellos jóvenes que, en su activa holgazanería, ni siquiera leen un periódico? Hacía, pues, su reválida en el boulevard; co-

mía en el café, iba al bosque de Bolonia, llevaba buenos trajes y tenía los bolsillos repletos de oro; sólo le faltaba un caballo y una querida para ser un completo *dandy*.

No es poco, que digamos; en los pasados tiempos, un hombre no era hombre, y no vivía en realidad, si no poseía tres cosas: un caballo, una mujer y una espada. Nuestro prosaico y pusilánime siglo ha empezado por separar al más noble de esos tres amigos, el más seguro y el más inseparable del hombre valeroso. Ya nadie lleva espada al cinto; pero ¡ay! pocas son las personas que posean caballo y las hay que se alaban de vivir sin amante.

Un día que Federico tenía deudas urgentes que satisfacer, se vió obligado á hacer algunas gestiones cerca de sus compañeros de placer, que no pudieron servirle. Por fin, pudo lograr, merced á un pagaré, tres mil francos de un banquero que conocía á su padre. Cuando tuvo aquella suma en el bolsillo, sintiéndose alegre y tranquilo después de tanta agitación, dió una vuelta por el boulevard antes de volver á casa. Mientras estaba atravesando el ángulo de la calle de la Paz para regresar por las Tullerías, una mujer que se apoyaba en el brazo de un joven se echó á reir al verle; era Bernerette. El se detuvo y la siguió con los ojos; por su parte, ella volvió varias veces la cabeza; entonces Federico cambió de camino sin saber precisamente por qué, y se fué al café de París.

Se paseó por allí una hora, é iba á subir para comer, cuando Bernerette volvió á pasar. Iba sola; él la detuvo y le preguntó si quería acompañarle á comer. Ella aceptó y tomó su brazo, pero le rogó que la condujera á un restaurant menos visto.

— Vámonos á la taberna — dijo alegremente; — no me gusta comer en medio de la calle.

Subieron á un coche, y, como en otro tiempo, se dieron mil besos antes de pedirse noticias mutuamente.

La entrevista fué jovial, y de ella se desecharon los

malos recuerdos. Bernerette se quejó, no obstante, de que Federico no hubiera ido á verla, pero éste se contentó con responderle que ella debía saber muy bien por qué. Ella leyó en seguida en los ojos de su amante, y comprendió que era mejor callar. Sentados frente á una buena lumbre, como en el primer día, no pensaban más que en gozar en libertad del feliz encuentro que debían á la casualidad. El vino de champaña animó su alegría, y con él vinieron las tiernas palabras que inspira aquel licor de poeta, desdeñado por los delicados. Después de comer, se fueron al teatro. A las once, Federico preguntó á Bernerette dónde debía acompañarla; ella guardó silencio por algunos instantes, entre avergonzada y temerosa; luego, rodeando con sus brazos el cuello del joven, le dijo tímidamente al oído:

— A tu casa.

Federico manifestó alguna extrañeza al verla tan libre.

— ¡Ea! y aun cuando no lo fuera — respondió, — ¿dudarías de mi amor? Pero lo estoy — añadió en seguida, viendo que Federico vacilaba; — la persona que me acompañaba hoy te ha dado qué pensar, ¿te has fijado en él?

— No, sólo te he mirado á ti.

— Es un buen muchacho; es comerciante de novedades y muy rico; quiere casarse conmigo.

— ¿Casarse contigo? ¿lo dices seriamente?

— Muy seriamente; yo no le he engañado; sabe la historia entera de mi vida; pero está enamorado de mí. Conoce á mi madre, y hace un mes que le pidió mi mano. Mi madre nada quería decirle respecto de mí; y cuando supo que yo se lo había explicado todo, por poco me pega. Quiere que yo esté en el mostrador; sería un buen partido, porque gana anualmente unos quince mil francos; desgraciadamente no puede ser.

— ¿Por qué? ¿hay algún obstáculo?

— Ya te lo diré; empecemos por ir á tu casa.

— No; háblame en seguida francamente.

— Es que te vas á burlar de mí. Siento una gran estimación y amistad por él, es el hombre mejor de la tierra; pero está demasiado grueso.

— ¿Demasiado grueso? ¡Qué locura!

— Tú no le has visto; es gordo y pequeño ¡y tú eres tan esbelto!

— ¿Y su cara, cómo es?

— No es feo; posee un mérito, el de tener aspecto de bondadoso y el de serlo. No tengo palabras para expresarle mi agradecimiento, y si hubiese querido, aún sin casarse conmigo, me hubiera favorecido. Por nada del mundo quisiera disgustarle, y si pudiese hacerle algún favor, lo haría de muy buena gana.

— Cásate con él, si es como dices.

— Está demasiado gordo; es imposible. Vamos á tu casa y hablaremos.

Federico se dejó llevar, y cuando se despertó al día siguiente, había olvidado sus antiguos malos humores y los hermosos ojos de la señorita Darcy.

V

Bernerette se marchó después de almorzar, y no quiso que él la condujera á su casa. Federico separó el dinero que le habían prestado, resuelto á pagar sus deudas; pero no se dió mucha prisa en satisfacerlas. Algún tiempo después, concurrió á una cena en casa Gérard; era día claro cuando se separaron. Al despedirse, Gérard le detuvo.

— ¿Qué vas á hacer? — le dijo; — es ya tarde para dormir; vámonos á almorzar al campo.

Quedó resuelta la partida; Gérard fué á despertar á su amante, y la hizo avisar de que se preparara.

— Lástima — dijo á su amigo — que no tengas algu-

na mujer que llevar contigo; formaríamos dos parejas, y nos divertiríamos más.

— Todo puede arreglarse — respondió Federico, cediendo á un impulso de amor propio; si te parece, escribiré dos palabras que tu *groom* llevará cerca de aquí; y aun cuando sea algo temprano, Bernerette vendrá, estoy seguro.

— A maravilla. ¿Quién es esa Bernerette? ¿No es tu griseta de aquel tiempo?

— Precisamente; por ella me sermoneabas.

— ¿De veras? — dijo Gérard riendo; — pero tal vez tenía razón — añadió, — porque tu carácter es constante, y esto es muy peligroso con tales señoritas.

Mientras hablaba, entró su amante; Bernerette tampoco se hizo esperar, y compareció vestida con sus mejores trapitos. Enviaron á buscar un coche de alquiler, y á pesar de que hacía un tiempo muy frío, partieron para Montmorency. El cielo estaba claro, el sol resplandecía, los jóvenes fumaban y las dos damas cantaban; al cabo de una legua, eran ya amigas.

Dieron un paseo á caballo; lanzado al galope por entre los bosques, Federico sentía palpitar su corazón; jamás se había sentido tan á gusto; Bernerette estaba á su lado, y no sin orgullo veía Federico la impresión que el lindo rostro de la joven, animado por la carrera, producía en Gérard. Después de dar un largo paseo por el bosque, se detuvieron en una pequeña eminencia, donde había una casita y un molino. La molinera les dió una botella de vino blanco, y fueron á sentarse al pie de un matorral.

— Hubiéramos debido traer algunos pasteles — dijo Gérard; — á caballo se hace la digestión de prisa y siento ya apetito; hubiéramos tomado un bocado sentados en la hierba antes de tomar el camino de la posada.

Bernerette sacó de su bolsillo una torta que había comprado al pasar por San Dionisio, y la ofreció con tan buena gracia á Gérard, que éste le besó la mano para darle las gracias.

— Podríamos arreglarlo mejor — dijo aquélla; — en vez de volver á la aldea, comamos aquí. Esta buena mujer tiene un cuarto de carnero en su casita; además, andan por aquí esos pollos que podrían asarse. Preguntemos si es posible; y mientras se prepara la comida daremos una vuelta por el bosque. ¿Qué les parece? Esto será tan bueno como las consabidas perdices del *Caballo blanco*.

La proposición fué aceptada; la molinera quería excusarse, pero deslumbrada por una moneda de oro que Gérard le dió, puso en seguida manos á la obra, y sacrificó sus pollos. Jamás comida alguna fué tan jovial. El caso es que se prolongó por mucho más tiempo del que habían calculado los comensales. El sol no tardó en desaparecer detrás de las hermosas colinas de Saint-Leu; espesos nubarrones cubrieron la llanura, y empezó á caer una gruesa lluvia.

— Y ahora ¿qué hacemos? — dijo Gérard. — Tenemos que andar dos leguas para regresar á Montmorency, y no se trata de una tempestad de verano, que puede dejarse pasar; es una verdadera lluvia de invierno, que lo menos durará toda la noche.

— ¿Y qué? — dijo Bernerette; — una lluvia de invierno pasa como cualquier otra. Juguemos á las cartas para distraernos; y cuando salga la luna, tendremos buen tiempo.

La molinera, como es de suponer, no tenía cartas en su casa; por consiguiente, nada de juegos. Cecilia, la amante de Gérard, empezó á echar de menos la posada, y á temblar por su traje nuevo. Fué necesario poner los caballos al abrigo de un cobertizo. Dos mocetones, de muy mala facha, entraron en el cuarto: eran los hijos de la molinera; y poco satisfechos por encontrar personas extrañas, pidieron la cena. Gérard se impacientaba y Federico había perdido su buen humor. Nada más triste cuando la gente se divierte, que un imprevisto accidente venga á turbar su alegría. Bernerette era la única que conservaba la suya, y parecía que nada le importaba.

— Puesto que no tenemos cartas — dijo, — voy á proponerles un juego. Y aun cuando nos hallamos en noviembre, procuremos hallar una mosca.

—Una mosca — dijo Gérard; — ¿qué quiere usted hacer con ella?

— Busquémosla antes; luego ya veremos. — Después de examinarlo todo, hallaron la mosca. El pobre animalillo estaba entorpecido por la proximidad del invierno. Bernerette la tomó delicadamente y la colocó en medio de la mesa. En seguida hizo sentar á todos.

— Ahora — dijo — tomemos cada uno un terrón de azúcar y coloquémoslo ante nosotros encima la mesa. Pongamos cada cual una moneda en un plato y esto será la apuesta. Nadie debe hablar ni moverse. Dejad que la mosca se despierte; ya va dando vueltas; tiene que posarse sobre un terrón de azúcar, luego se marchará, irá á otro, volverá, según su capricho. Cada vez que un terrón de azúcar la atraiga y la fije, aquel á quien pertenezca el terrón tomará una moneda, hasta que el plato esté vacío, y entonces volveremos á empezar.

La chistosa idea de Bernerette devolvió la jovialidad. Siguiéronse sus instrucciones; vinieron dos ó tres moscas más. Cada cual, con el más religioso silencio, las seguía con la mirada, mientras revoloteaban por encima de la mesa. Si una de ellas se detenía en un terrón, todos se echaban á reir. Así transcurrió una hora, y la lluvia había terminado.

— Yo no puedo sufrir una mujer desapacible — decía Gérard á su amigo durante el regreso; — hay que reconocer que la jovialidad es un gran bien; es tal vez el primero de todos, porque con él se puede prescindir de los demás. Tu griseta ha hallado manera de trocar en placer una hora de fastidio, y esto sólo me da mejor concepto de ella que si hubiese compuesto un poema épico. ¿Durarán mucho vuestros amores?

— No lo sé — respondió Federico, afectando la misma ligereza de su compañero; — si te gusta, puedes cortejarla.

CAMPS

— Tú no eres franco, porque la amas y ella te ama.

— Sí, por capricho, como la otra vez.

— Cuidado con esa clase de caprichos.

— Seguidnos de cerca, señores — gritó Bernerette, que galopaba delante con Cecilia. — Detuviéronse en una meseta, y la cabalgata hizo alto. La luna se levantaba; desprendíase lentamente de las masas obscuras, y á medida que subía, las nubes parecía que huían de ella. Por debajo la meseta se extendía una llanura donde el viento agitaba sordamente un mar de sombría verdura; la mirada no llegaba á penetrar en aquella obscuridad, y á seis leguas de París podía creerse ante un precipicio de la selva Negra. De pronto el astro salió del horizonte, un inmenso rayo de luz se deslizó por encima de los bosques y llenó en un instante el espacio; los altos bosques, las copas de los castaños, los espacios sin vegetación, los caminos, las colinas, se dibujaron á lo lejos como por ensalmo. Los paseantes se miraron, sorprendidos y satisfechos de verse. — ¡Vamos, Bernerette — exclamó Federico, — una canción!

— ¿Triste ó alegre? — preguntó.

— Como quieras. ¡Una canción de caza! Tal vez responda el eco.

Bernerette echó atrás su velo y entonó el estribillo de un canto cinegético; mas, de pronto, se detuvo. La brillante estrella de Venus, que lucía encima de la montaña, atrajo sus miradas; y como abstraída por una idea más tierna, cantó sobre un tema alemán los versos siguientes, que un pasaje de Osián había inspirado á Federico:

Pálido astro nocturno que cruzas el espacio
Y entre enlutados velos te vienes á asomar,
Lejano mensajero ¿desde tu azul palacio
Qué buscas al pasar?
La tempestad se aleja, los vientos se han calmado;
El bosque estremecido baña el suelo feraz;
Nocturna mariposa el valle embalsamado
Cruza en vuelo fugaz.

Dime, ¿qué es lo que buscas en la tierra dormida?
Más ¡ay! que tras los montes vas pronto á descender;
Huyes de mí sonriendo, estrella dolorida,
Y tu inquieta pupila se va á desvanecer.

Estrella que desciendes á la verde colina,
Como argentada lágrima que llora el mismo Dios,
Tú que ves á lo lejos el pastor que camina
Mientras que, paso á paso, le sigue el hato en pos.
Estrella ¿adónde vas en esta noche hermosa?
¿Buscas en las riberas un lecho en que posar?
¿O rauda te diriges en la hora silenciosa,
Como irisada perla, á caer en el mar?
¡Ah! si la muerte fiera te acecha ya anhelante,
Si tus guedejas de oro vas en el mar á hundir,
Antes de separarnos, detente un solo instante;
¡Astro de amor, no dejes tu trono de zafir!

Mientras Bernerette cantaba, los rayos de la luna, iluminando su semblante, le daban una encantadora palidez. Cecilia y Gérard la felicitaron por la frescura y afinación de su voz, y Federico la besó tiernamente.

Llegaron á la posada y cenaron. A los postres, Gérard, cuya cabeza se había calentado merced á una botella de vino de Madera, se puso tan cumplido y tan galante, que Cecilia le buscó quimera; disputáronse con aspereza, y habiendo dejado Cecilia la mesa, aquél la siguió de mal humor. Al quedarse solo con Bernerette, Federico le preguntó si había adivinado la causa de aquella disputa.

—Sí—respondió aquélla;—estas cosas no son muy poéticas, que digamos, y todo el mundo las comprende.

—Pues bien ¿qué es lo que opinas? Este muchacho siente simpatía por ti; su amante le cansa, y para hacérsela abandonar, me parece que sólo tendrías que decir una palabra.

—¡Qué nos importa! ¿estás celoso?

— Muy al contrario; y ya sabes que no tengo derecho á estarlo.

— Explícate; ¿qué quieres decir?

— Querida Bernerette, quiero decir que ni mi fortuna ni mis ocupaciones me permiten ser tu amante. No es de hoy que lo sabes, y nunca te he engañado respecto á este punto. Si quisiera hacer el gran señor contigo, me arruinaría sin hacerte feliz. Mi pensión me basta apenas; además, dentro de poco tiempo tendré que volver á Besançon. Ya ves que me expreso con claridad; aun cuando sea á pesar mío; pero hay ciertas cosas sobre las que no puedo ser explícito; toca, pues, á ti reflexionar y pensar en el porvenir.

— ¿Es decir que me aconsejas que haga el amor á tu amigo?

— No; es él quien debe hacértelo. Gérard es rico, y yo no lo soy; él vive en París, en el centro de todos los placeres, y yo estoy destinado á ser un simple abogado provinciano. Tú le gustas mucho, y tal vez puede hacer tu dicha.

A pesar de su aparente tranquilidad, Federico estaba impresionado al hablar de aquel modo. Bernerette guardó silencio, y fué á apoyarse en la ventana; lloraba y procuraba ocultar sus lágrimas; Federico lo notó y se acercó á ella.

— Déjame — le dijo. — Concibo que no te dignes siquiera estar celoso de mí, y lo sufro sin quejarme; pero me hablas con sobrada dureza, amigo mío; me tratas enteramente como á una mujerzuela, y me apenas sin motivo.

Había quedado decidido que pasarían la noche en la posada, y que volverían á París al día siguiente. Bernerette se quitó el pañuelo que le rodeaba el cuello, y enjugando sus lágrimas, lo anudó alrededor de la cabeza de su amante. Apoyándose luego en su hombro, lo atrajo suavemente hacia la alcoba.

— ¡Ah! ¡qué malo eres! — le dijo besándole; — ¿no hay medio de que me ames?

Federico la estrechó entre sus brazos. Pero pensó en lo que se exponía cediendo á un impulso de ternura; cuanto más tentado estaba, más desconfiaba de sí mismo. Iba á decirle que la amaba: la peligrosa palabra expiró en sus labios; pero Bernerette la oyó en su corazón, y ambos se durmieron contentos, el uno por no haberla pronunciado y la otra por haberla comprendido.

VI

Al regreso, esta vez, Federico acompañó á Bernerette á su casa. Hallóla tan pobremente alojada, que en seguida comprendió por qué motivo ella se había negado á dejarse acompañar. Vivía en una casa amueblada cuyo ingreso era un pasadizo obscuro, en la que poseía dos cuartitos mal alhajados. Federico le dirigió algunas preguntas sobre la triste posición á que parecía hallarse reducida, pero no recibió casi respuesta.

Algunos días después fué á verla, y al entrar en el pasadizo, oyó un rumor extraño en lo alto de la escalera. Algunas mujeres gritaban; oíanse voces de socorro, de amenaza. Alguien hablaba de avisar á los guardias. En medio de aquellas voces confusas, dominaba la de un joven que Federico no tardó en divisar. Estaba pálido, con los vestidos desgarrados, ebrio á la vez de vino y de cólera.

— ¡Tú me la pagarás, Luisa! — gritaba dando puñetazos á la baranda, — tú me la pagarás; volveré y sabré hacerte obedecer ó arrancarte de aquí. ¡Me burlo de vuestras denuncias y de gritos de mujeres! Pronto nos veremos. — Y con estas amenazas bajó las escaleras y salió furioso de la casa. Federico vacilaba en subir, cuando vió á Bernerette en la meseta. Por ella

supo la causa de aquella escena. El hombre que acababa de marcharse era su hermano.

— Ya has oído ese triste nombre de Luisa — dijo llorando, — y sabes que es el mío, por mi desgracia. Mi hermano ha estado esta noche en la taberna, y siempre que va, me trata de este modo, á pretexto de que no le quiero dar dinero para volver.

En medio de su desorden y de sus lágrimas, explicó á Federico lo que siempre había tratado de ocultarle. Sus padres eran carpinteros, muy pobres, y después de haberla maltratado horriblemente durante su infancia, la habían vendido, á la edad de diez y seis años, á un hombre casi viejo. Aquel hombre, rico y generoso, le había hecho dar alguna educación; pero murió muy pronto, y hallándose sin recursos, se contrató con una compañía de cómicos de provincia. Su hermano la había seguido de ciudad en ciudad en su nuevo estado, obligándola á entregarle lo que ganaba, y maltratándola de obra y de palabra cuando no podía satisfacer sus exigencias. Al llegar á los diez y ocho años, halló manera de hacerse emancipar; pero la misma protección de la ley no podía garantirla de las visitas de aquel odioso hermano que la espantaba con actos de violencia y la deshonraba con su conducta. Tal fué, en suma, poco más ó menos el relato que el dolor arrancó á Bernerette, relato del que no podía dudar Federico, atendido al modo con que ella se había explicado.

Aun cuando no hubiese sentido amor por aquella muchacha, se hubiera conmovido piadosamente. Se informó de dónde vivía el hermano; algunas monedas de oro y un enérgico lenguaje arreglaron las cosas. La portera recibió orden de decir que Bernerette había cambiado de casa, en caso de que su hermano se volviera á presentar. Pero poco era por cierto asegurar la tranquilidad de una mujer que carecía de todo. En lugar de satisfacer sus propias deudas, Federico pagó las de Bernerette; ésta trató en vano de disuadirle; él no quiso meditar la imprudencia que cometía, ni las conse-

cuencias que podría acarrearle: se dejó llevar de su corazón, y juró que, ocurriera lo que ocurriera, nunca se arrepentiría de lo que había hecho.

No obstante, tuvo que arrepentirse de ello; pues, para satisfacer los compromisos que había contraído, tuvo que contraer otros nuevos, más difíciles y más onerosos que los primeros. No había recibido de la naturaleza aquel carácter despreocupado que, en semejantes circunstancias, disipa el temor de futuros males; muy al contrario, de las cualidades que había perdido, quedábale tan sólo la previdencia: de modo que, á permitirlo su edad, se hubiera vuelto sombrío y taciturno. Sus amigos notaron en él un cambio; pero no quiso explicar la causa; para engañar á los demás respecto á su estado de ánimo, disimuló consigo mismo, y por debilidad ó por fuerza dejó hacer al destino.

Sin embargo, no cambió de lenguaje con Bernerette; hablábale siempre de su marcha; pero á pesar de sus palabras, no se marchaba, é iba á su casa todos los días. Cuando se acostumbró á la escalera, no halló ya el pasadizo tan obscuro; los dos cuartitos, que le parecían tan tristes al principio, los hallaba alegres; el sol los visitaba por la mañana, calentándolos merced á sus exiguas dimensiones; y aun se halló sitio para un piano de alquiler. Había en la vecindad un buen restaurant, del que mandaban subir la comida. Bernerette tenía un talento que sólo las mujeres poseen alguna vez, el de ser á un tiempo atolondrada y económica; y añadía otro mérito más raro todavía, el de contentarse de todo, y el de que su única opinión era la de ser agradable á los demás.

Hay que mencionar también sus defectos; sin ser holgazana, vivía en una inconcebible ociosidad. Después de desembarazarse con sorprendente presteza de los cuidados de su casita, se pasaba el día entero en su canapé, con los brazos cruzados. Hablaba de coser y bordar como Federico hablaba de partir, es decir, que no daba un punto. Desgraciadamente, así son muchas

mujeres, sobre todo en cierta clase que tendría necesidad de ocuparse más que ninguna otra. Hay en París muchacha nacida sin pan, que jamás ha sostenido una aguja, y que se dejaría morir de hambre mientras se frotaría las manos con pasta de almendras.

Cuando empezaron los placeres del Carnaval, Federico, que seguía los bailes, llegaba á casa de Bernerette á todas horas, ora de madrugada al apuntar el día, ora en medio de la noche. Alguna vez, mientras llamaba á la puerta, se preguntaba, á su pesar, si la encontraría acompañada; y si un rival le hubiese suplantado ¿tendría derecho á quejarse? No, sin duda alguna, puesto que de su propia voluntad rehusaba asumirse tal derecho. ¿Hay que decirlo? Lo temía y lo deseaba al mismo tiempo. Entonces hubiera tenido valor para marcharse, y la infidelidad de su amante le hubiera obligado á separarse de ella. Pero Bernerette estaba siempre sola; sentada en un rincón del hogar durante el día, peinaba sus largos cabellos que le caían sobre los hombros; si Federico llamaba de noche, ella corría medio desnuda, con los ojos cerrados y la sonrisa en los labios; echábase á su cuello dormida aún, encendía el fuego, sacaba del armario algo con que cenar, siempre atenta y previsora, sin preguntar jamás de dónde venía su amante. ¿Quién hubiera podido resistir á una vida tan dulce, á un amor tan raro y tan fácil? Por muchas que hubiesen sido las preocupaciones del día, Federico se dormía dichoso; ¿y podía despertarse con tristeza, cuando veía á su jovial amiga ir y venir por el cuarto preparando el baño y el desayuno?

Si es cierto que las entrevistas escasas y la sucesión de los obstáculos hacen más intensas las pasiones y prestan al placer el interés de la curiosidad, hay que confesar también que ejerce un extraño encanto, más dulce, más peligroso tal vez, la costumbre de vivir con el ser á quien se ama. Dicen que la costumbre engendra la saciedad, será posible; pero da la confianza, el olvido de sí mismo, y cuando el amor resiste, está al

abrigo de todo temor. Los amantes que sólo se ven á largos intervalos, no están jamás seguros de comprenderse; se preparan á ser dichosos, quieren convencerse mutuamente de que lo son, y buscan lo que no se puede encontrar, esto es, palabras que expresen lo que sienten. Los que viven juntos no tienen necesidad de expresar nada; sienten al mismo tiempo, cruzan las miradas, se aprietan la mano andando; conocen un placer delicioso, la dulce languidez del día siguiente; descansan de los transportes amorosos entregándose á la amistad: algunas veces he pensado en estos agradables lazos al contemplar dos cisnes que se dejan llevar por la corriente en un límpido lago.

Si Federico se dejó llevar al principio por un impulso de generosidad, fué atraído por aquella vida nueva para él, que le cautivó. Desgraciadamente para el autor de este cuento, no hay más que la pluma de Bernardino de Saint-Pierre que pueda prestar interés á los detalles familiares de un amor tranquilo. Y aun el hábil escritor contaba, para embellecer sus inocentes relatos, con las ardientes noches de la isla de Francia, y con las palmeras cuyas sombras temblaban en los desnudos brazos de Virginia. Al fin y al cabo, nos pinta á sus protagonistas frente á frente de la más hermosa naturaleza; ¿he de decir yo que los míos iban todas las mañanas al tiro de pistola de Tívoli, de allí á casa de su amigo Gérard, de allí á comer algunas veces en casa de Véry, y después al teatro? ¿He de decir que, cuando estaban cansados, jugaban á las damas al amor de la lumbre? ¿Quién leería tan vulgares detalles? ¿Y para qué, si basta una palabra? Se amaban, y vivían juntos; esto duró unos tres meses, poco más ó menos.

Al cabo de aquel tiempo, Federico se halló en una situación tan angustiosa, que anunció á su amiga la necesidad que tenía de separarse de ella. Bernerette hacía tiempo que lo esperaba, y no hizo esfuerzo alguno por retenerlo; sabía que había hecho por ella todos los posibles sacrificios; no le quedaba más que resignarse, y

ocultarle su sentimiento. Comieron juntos por última vez. Al salir, Federico deslizó en el manguito de su amiga un papelito que contenía todo cuanto le quedaba. Ella le acompañó á su casa, y guardó silencio durante el camino. Cuando el coche se detuvo, Bernerette besó la mano de su amante, que bañó con sus lágrimas, y se separaron.

VII

El caso es que Federico no tenía intención ni posibilidad de partir. De una parte las obligaciones que había contraído, y de otra su reválida, le retenían en París. Trabajó con ardor para echar de sí el mal humor que le embargaba; dejó de ir á casa Gérard, se encerró por un mes, y no salió más que para ir al Palacio de Justicia. Pero la soledad en que se hallaba de pronto, después de tanta disipación, le sumió en una profunda tristeza. Pasaba á veces días enteros paseándose arriba y abajo de su cuarto, sin abrir un libro y sin saber qué hacer. El carnaval había ya terminado; á las nieves de Febrero sucedieron las lluvias glaciales de Marzo. No distrayéndose por el placer ó por la compañía de sus amigos, Federico se entregó con amargura á la influencia de aquel triste momento del año, que llaman con razón estación muerta.

Gérard fué á verle, pidiéndole el motivo de tan inútil reclusión.. Federico no le ocultó la verdad; pero rechazó las ofertas de su amigo.

— Hora es ya de que rompa con esas costumbres que sólo pueden conducirme á la perdición. Vale más soportar alguna molestia, que exponerse á verdaderas desdichas.

No disimuló el pesar que le causaba el estar separa-

do de Bernerette, y Gérard no dejó de compadecerle y felicitarle á un tiempo por su determinación.

A media Cuaresma, fué al baile de la Opera. Había poca gente. Aquella última despedida á los placeres no tenía siquiera la dulzura de un recuerdo. La orquesta, más numerosa que el público, tocaba al desierto las contradanzas del invierno. Algunas máscaras erraban por el salón de descanso; por su aspecto y su lenguaje, notábase que las mujeres decentes no asisten ya á aquellas fiestas olvidadas. Federico iba á retirarse, cuando un dominó se sentó á su lado; reconoció á Bernerette, y ella le dijo que sólo había ido con la esperanza de encontrarle. El le preguntó qué había hecho desde que no se veían; ella le respondió que tenía esperanzas de volver al teatro, y que estaba aprendiendo un papel para debutar. Federico se sintió tentado de llevarla á cenar; pero pensó en la facilidad con que se había dejado arrastrar, á su regreso de Besançon, por una ocasión semejante; le estrechó la mano y salió de la sala.

Alguien ha dicho que el pesar es mejor que el fastidio; desgraciadamente, la triste frase es una verdad. Un alma bien nacida, encuentra contra la pena, cualquiera que sea, energía y valor; un gran dolor es con frecuencia un gran bien. El fastidio, por el contrario, roe y destruye al hombre; el espíritu se embrutece, el cuerpo permanece inmóvil, y el pensamiento flota al azar. No tener razón de vivir es un estado peor que el de la muerte. Cuando la prudencia, el interés y el raciocinio se oponen á una pasión, es fácil al primero que se presente censurar justamente al que se deja arrollar por aquella pasión. Los argumentos abundan en esa clase de asuntos, y de buena ó de mala gana, hay que someterse. Pero cuando el sacrificio está hecho, cuando la razón y la prudencia están satisfechas, ¿qué filósofo ó qué sofista no da fin con sus argumentos? ¿y qué contestar al hombre que os dice: He seguido sus consejos, pero lo he perdido todo; he obrado cuerdamente, pero sufro?

Tal era la situación de Federico. Bernerette le escribió dos veces. En su primera carta le decía que la vida se le había hecho insoportable, y le suplicaba que fuera á verla de vez en cuando, sin abandonarla enteramente. El desconfiaba demasiado de su ánimo para ceder á aquella demanda. La segunda carta vino algún tiempo después. «He vuelto á ver á mis padres — decía Bernerette, — y empiezan á tratarme con más dulzura. Un tío mío ha muerto y nos ha dejado algún dinero. Me hago confeccionar para mi debut algunos trajes que te gustarán y que deseo enseñarte. Si pasas por delante de mi casa, no dejes de entrar un momento.» Federico esta vez se dejó persuadir. Hizo una visita á su amiga, pero nada de lo que ella le había dicho era cierto. Sólo había querido verle una vez más. Ante aquella perseverancia se sintió conmovido; pero con más tristeza que nunca reconoció la necesidad de resistir. A las primeras palabras que pronunció para repetir su idea, Bernerette le cerró la boca.

— Ya lo sé — dijo; — bésame, y márchate.

Gérard se fué al campo por una temporada y condujo consigo á Federico. La hermosura de los primeros días, la equitación, le devolvieron cierta jovialidad; Gérard había hecho lo mismo que él; según decía, había *despedido* á su amante; quería vivir en libertad. Los dos jóvenes recorrían juntos los bosques y galanteaban á una linda cortijera de una aldea vecina. Pero bien pronto llegaron de París algunos invitados; dejáronse los paseos por el juego; las comidas se hacían interminables y ruidosas; Federico no pudo soportar aquella vida que le había deslumbrado poco antes, y se volvió á su soledad.

Recibió una carta de Besançon. Su padre le anunciaba que la señorita Darcy iba á París con su familia. Efectivamente, llegó aquella misma semana; Federico, muy á su pesar, se presentó en su casa. La encontró tal como la había dejado, fiel á su secreto amor, y dispuesta á servirse de aquella fidelidad como de un medio

de coquetería. Empero, confesó que se había arrepentido de algunas palabras algo duras pronunciadas durante la última entrevista de Besançon. Rogó á Federico que la perdonase por haber dudado aparentemente de su discreción, y añadió que, como no quería casarse, le ofrecía su amistad, pero esta vez para siempre: cuando no se está alegre ni se es feliz, tales ofrecimientos son siempre bien recibidos; el joven le dió, de consiguiente, las gracias, y halló cierto placer en pasar de vez en cuando las veladas á su lado.

Una extraña necesidad de emociones impele á veces á ciertos seres gastados, en busca de lo extraordinario. Parecerá sorprendente que una mujer tan joven como la señorita Darcy tuviera aquel extraño y peligroso carácter; sin embargo, era así. No le fué difícil obtener la confianza de Federico y hacerle relatar sus amores. Tal vez le hubiera podido consolar; sólo con mostrarse coqueta con él, le hubiera distraído de sus pesares; pero se complació en hacer todo lo contrario. En lugar de criticarle por sus desórdenes, le dijo que el amor lo excusaba todo, y que sus locuras le honraban; en lugar de afirmarle en su resolución, le manifestó que no concebía la hubiese tomado. Si yo fuera hombre — decía, — y si tuviera la misma libertad que usted, nada en el mundo podría separarme de la mujer á quien amase; y me expondría de buen grado á todas las desdichas, á la miseria, si fuera preciso, antes que renunciar á mi amante.

Semejante lenguaje sonaba muy extraño en boca de una joven que no conocía del mundo más que el interior de su familia. Pero por esta misma razón, su lenguaje causaba más efecto. La señorita Darcy tenía dos motivos para representar este papel, que, además, le gustaba. Por una parte, quería dar prueba de gran corazón, y echárselas de romántica; y por otra, probaba que, lejos de lamentar el olvido de Federico, aprobaba su pasión. El pobre muchacho fué, por segunda vez, juguete de aquellos manejos femeninos, y se dejó per-

suadir por una niña de diez y siete años. «Tiene usted razón — respondía; — después de todo, la vida es tan corta y tan rara la dicha aquí abajo, que es una insensatez reflexionar y hacerse víctima voluntaria de los pesares, cuando hay tantos otros que son inevitables.» La señorita Darcy cambiaba entonces de tema: «¿Le ama de veras su Bernerette? — preguntaba con acento de desprecio. — ¿No me decía usted que era una grisetа? ¿Y qué valor puede darse á esa clase de mujeres? ¿Es digna de ciertos sacrificios? ¿sabría apreciarlos? — Lo ignoro — respondía Federico, — y mi amor por ella tampoco vale gran cosa — añadía en tono ligero; — nunca pensé más que en pasar el tiempo agradablemente á su lado. Y ahora me fastidio; éste es todo mi mal. — ¡Es posible! — exclamaba la señorita Darcy — ¡y á esto le llama usted una pasión!»

Lanzada por este camino, la joven se exaltaba; y discurría como si se tratara de ella misma, y su activa imaginación hallaba campo donde ejercitarse. «¿Puede llamarse amor — decía — el pasar el tiempo? ¿Si no amaba usted á esa mujer, qué iba á hacer á su casa? ¿Y si la ama, por qué la abandona? Tal vez sufre, tal vez llora; ¿cómo puede hallar cabida en un noble corazón un miserable cálculo de dinero? ¿Tan frío es usted, tan esclavo de sus intereses como lo fueron mis padres hace poco, haciéndome desgraciada por toda la vida? ¿Es éste el papel de un joven, y no le da vergüenza? Pero no, ni usted mismo sabe si sufre, ni lo que echa de menos; la primera mujer que se presente le consolará; su espíritu no tiene más sino que está ocioso. ¡Ah! ¡no es así cómo se ama! Ya le predije, en Besançon, que un día sabría lo que es amor; pero si no tiene fuerzas, hoy le predigo que no lo sabrá jamás.»

Federico regresaba una noche á su casa después de una conversación de este género. Sorprendido por la lluvia, entró en un café donde bebió una taza de *punch*. Cuando un prolongado mal humor nos oprime el cora-

zón, basta la más ligera excitación para hacerlo palpitar, y entonces parece que llevamos dentro de nosotros un vaso demasiado lleno y que se desborda. Al salir del café, Federico apresuró el paso. Dos meses de soledad y de privaciones le pesaban; sentía un deseo invencible de sacudir el yugo de su razón y de respirar más á sus anchas. Sin reflexionar, tomó el camino de la casa de Bernerette; la lluvia había cesado; y contempló á la luz de la luna las ventanas del cuarto de su amiga, la puerta, la calle, que tan familiares le eran. Puso, temblando, la mano en la campanilla, y, como antes, se preguntó si encontraría en el cuartito la lumbre cubierta de ceniza y la cena pronta. Al ir á llamar, vaciló.

— Pero ¿qué mal habría — se decía á sí mismo — en que pasara allí una hora y en que pidiera á Bernerette un recuerdo de su antiguo amor? ¿Qué peligro puede amenazarme? ¿No seremos libres mañana, acaso? Si la necesidad nos separa ¿por qué he de temer verla un instante?

Eran las doce de la noche; llamó suavemente, y la puerta se abrió. Cuando iba á subir la escalera, la portera le llamó y le dijo que no había nadie. Era la primera vez que le ocurría no hallar á Bernerette en casa. Pensó que había ido al teatro y respondió que esperaría; pero la portera se opuso. Después de vacilar un rato, aquélla le manifestó por fin que Bernerette había salido temprano, y que no volvería hasta el día siguiente.

VIII

¿De qué sirve hacerse el indiferente cuando se ama, sino para sufrir cruelmente el día en que la verdad se sobrepone? Federico se había jurado tantas veces

que no tendría celos de Bernerette, lo había repetido tantas veces á sus amigos, que acabó por creerlo él mismo. Se fué á pie á su casa, silbando una contradanza.

— Tiene otro amante — se dijo; — mejor para ella; es lo que yo deseaba. Al fin quedo tranquilo.

Pero apenas hubo subido á su cuarto, sintió un desfallecimiento mortal. Sentóse y apoyó la frente entre ambos manos como para comprimir su pensamiento. Después de una lucha inútil, la naturaleza fué la más fuerte; se levantó con el semblante humedecido por el llanto, y sintió algún alivio en confesarse lo que sentía.

Una extremada languidez sucedió á aquella violenta sacudida. La soledad se le hizo insoportable, y durante algunos días pasó el tiempo en visitas, en paseos sin objeto. Unas veces intentaba recobrar la indiferencia que había afectado; otras se entregaba á una cólera ciega, á proyectos de venganza. Iba apoderándose de él el disgusto de la vida. Acordábase de la triste circunstancia que había acompañado su naciente amor; aquel funesto ejemplo estaba constantemente delante de sus ojos.

«Empiezo á comprenderlo— decía á Gérard; — ya no me sorprende que se desee la muerte en caso semejante. No se matan por una mujer, sino porque es inútil é imposible vivir cuando se sufre hasta este punto, sea la que fuere la causa.»

Gérard conocía demasiado bien á su amigo para dudar de su desesperación, y le quería demasiado para abandonarle á merced de ella. Halló manera, por medio de algunas poderosas influencias que no había cansado jamás para sí, de hacer agregar á Federico á una embajada, y una mañana se presentó á su casa con una orden de marcha del ministro del Exterior.

«Los viajes — le dijo — son el mejor, el único remedio contra las penas. Para determinarte á dejar París, me he decidido á solicitar, y, gracias á Dios, he obtenido. Si tienes valor, partirás al momento para Berna, adonde te envía el ministro.»

Federico no vaciló. Dió las gracias á su amigo, y se ocupó en seguida en arreglar sus asuntos. Escribió á su padre para notificarle sus nuevos proyectos, y le pidió su autorización. La respuesta fué favorable. Al cabo de quince días las deudas estaban pagadas; nada se oponía á la marcha de Federico, y fué á buscar su pasaporte.

La señorita Darcy le hizo mil preguntas, pero él evadió toda respuesta. Mientras no había visto claro en su propio corazón, se había prestado, por debilidad, á las curiosidades de su joven confidente. Pero el sufrimiento era ahora demasiado intenso para consentir que fuese objeto de juego, y al darse cuenta de lo peligroso de su pasión, había comprendido cuán frívolo era el interés que la señorita Darcy tomaba por él. Así es que hizo todo lo que hacen los hombres en caso semejante. Para ayudar á su propia curación, aseguraba que estaba curado, que un pasajero enamoramiento había podido aturdirle, pero que su edad le impelía á pensar en cosas más serias. La señorita Darcy, como es de suponer, no fué de la misma opinión; en el mundo, para ella, lo único serio que había era el amor; lo demás le parecía despreciable. Tal era, por lo menos, su manera de discurrir. Federico la dejó decir, y convino galantemente con ella en que no sabría amar nunca. Su corazón le decía lo contrario, y hubiera deseado no mentir atribuyéndose un carácter inconstante.

Cuanto menos valor tenía, más se apresuraba á partir. Sin embargo, no podía evitar una idea que le obsesionaba. ¿Quién era el nuevo amante de Bernerette? ¿Qué hacía ésta? ¿Debía verla una vez más? Gérard no opinaba así; tenía por máxima no hacer nada á medias. Del momento que Federico estaba dispuesto á alejarse, le aconsejaba el olvido de todo. «¿Qué quieres saber? — le decía; — Bernerette no te dirá nada, ó alterará la verdad. Puesto que es probado que tiene otro amor ¿qué necesidad hay de hacérselo confesar? Una mujer no es nunca sincera sobre este punto con un ex

CAMPS

amante, aunque sea imposible toda reconciliación. ¿Qué esperas, pues? Ya no te ama».

Deliberadamente y con ánimo de dar fuerzas á su amigo, Gérard se expresaba en términos tan duros. Dejo á los que han amado el juzgar el efecto que podían producir. Empero muchas personas que han amado, lo ignoran. Los lazos de este mundo, hasta los más fuertes, se desatan la mayor parte de las veces; sólo unos pocos se rompen. Aquellos á quienes la ausencia, el hastío, la saciedad debilitaron poco á poco sus amores, no pueden figurarse lo que hubieran sentido si les hubiera herido un golpe imprevisto. El corazón más frío brota sangre y se desgarra á tal golpe; el que permanece insensible no es hombre. De todas las heridas que la muerte nos infiere antes de derribarnos, ésta es la más honda. Hay que haber contemplado con los ojos inyectados en llanto la sonrisa de una amante infiel, para comprender estas palabras: *¡Ya no me ama!* Hay que haber llorado mucho tiempo para recordarlo; ¡triste experiencia! Si quisiera dar una idea de su intensidad á los que la ignoran, les diría que no sé lo que es más cruel, si perder á la mujer amada por su inconstancia, ó por su muerte.

Federico no podía objetar nada á los severos consejos de Gérard; pero un instinto más fuerte que su razón luchaba contra aquellos consejos. Para lograr su objeto, tomó otro camino; sin darse cuenta de lo que deseaba, ni de lo que podría ocurrir, buscó manera de saber á toda costa noticias de su amiga. Llevaba una bonita sortija, que Bernerette había visto siempre con deseo. A pesar de su amor por ella, nunca se había decidido á regalarle aquella joya, que provenía de su padre. La entregó á Gérard diciéndole que pertenecía á Bernerette y le rogó se encargara de devolverle la sortija, que, según decía, aquélla había olvidado en su casa. Gérard aceptó de buen grado el encargo, pero no se dió prisa en cumplirlo. Federico insistió y fuéle preciso ceder.

Ambos amigos salieron juntos una mañana, y mientras Gérard iba á ver á Bernerette, Federico le esperó en las Tullerías, confundiéndose tristemente con la muchedumbre de paseantes.

No sin pesar se desprendía de un recuerdo de familia que le era muy querido; y ¿qué provecho podía esperar de ello? ¿qué podía saber que le sirviese de consuelo? Gérard se iba á ver á Bernerette, y si á ésta se le escapaba alguna palabra, si vertía algunas lágrimas, ¿no procuraría su amigo ocultárselas? Federico contemplaba la verja del jardín, esperando á cada momento ver llegar á su amigo con aire indiferente. ¿Qué importa? Habría visto á Bernerette y era imposible que no tuviera algo qué decir; ¿quién sabe lo que podía hacer la casualidad? Tal vez sabría muchas cosas, gracias á aquella visita. Cuanto más tardaba en volver Gérard, más esperanzas concebía Federico.

Aquel día el cielo estaba sin nubes; los árboles empezaban á cubrirse de verdura. Hay un árbol en las Tullerías al que llaman el árbol del 20 de Marzo. Es un castaño que, según dicen, floreció el día del nacimiento del rey de Roma, y que, cada año, florecía en la misma época. Federico se había sentado muchas veces bajo aquel árbol; y por costumbre, volvió á hacerlo, fantaseando. El castaño seguía fiel á su poética fama; sus ramas esparcían los primeros perfumes del año. Iban y venían de continuo, mujeres, niños y jóvenes. En todos los semblantes se reflejaba la alegría de la primavera. Federico pensaba en el porvenir, en su viaje, en el país que iba á ver; una inquietud no exenta de esperanza le agitaba á su pesar; todo lo que le rodeaba parecía recordarle una nueva existencia. Pensó en su padre, de quien era el orgullo y el apoyo, de quien sólo había recibido, desde que vino al mundo, inequívocas pruebas de cariño. Poco á poco fueron apoderándose de su espíritu ideas más dulces y serenas. La multitud que se cruzaba ante él, le hizo pensar en la variedad y la inconstancia de las cosas. ¿No es, por

ventura, un espectáculo extraño el de esa multitud, cuando se reflexiona que cada ser se halla sujeto á su destino? ¿Hay algo que nos dé una idea más exacta de lo que valemos y de lo que somos á los ojos de la Providencia? Es preciso vivir — pensó Federico; — debemos obedecer al guía supremo. Hay que seguir andando aunque se sufra, porque nadie sabe adónde va. Soy libre y joven todavía; hay que animarse y tener resignación.

Mientras estaba sumido en estos pensamientos, apareció Gérard y corrió hacia él. Estaba pálido y conmovido.

— Amigo mío, tienes que ir — dijo. — Pronto, no hay tiempo que perder.

—¿Adónde me llevas?

— A su casa. Te aconsejé lo que creía justo. Pero hay ocasiones en que el cálculo yerra y la prudencia es inoportuna.

— Pero ¿qué ocurre? — exclamó Federico.

— Vas á saberlo; ven, corramos.

Y se fueron juntos á casa de Bernerette.

— Sube solo — dijo Gérard; — vuelvo al instante; — y se alejó.

Federico entró. Había la llave en la cerradura, y los postigos estaban entornados.

— Bernerette — dijo, — ¿dónde estás?

Nadie respondió.

Se adelantó entre las tinieblas, y á la luz de la lumbre medio apagada, divisó á su amiga sentada en el suelo al lado de la chimenea.

— ¿Qué tienes? — preguntó; — ¿qué ha sucedido?

El mismo silencio.

Se acercó á ella y le tomó la mano.

— Levántate — dijo; — ¿qué haces aquí?

Pero apenas hubo pronunciado estas palabras, retrocedió horrorizado. La mano que apretaba estaba helada, y un cuerpo exánime había rodado á sus pies.

Asustado, pidió socorro. Gérard entraba seguido de

un médico. Abrieron la ventana y condujeron á Bernerette á la cama. El médico la examinó, meneó la cabeza y dió algunas órdenes. Los síntomas no eran dudosos; la pobre muchacha se había envenenado, pero ¿con qué veneno? El médico lo ignoraba y en vano trataba de adivinarlo. Empezó por sangrar á la enferma; Federico la sostenía entre sus brazos, cuando Bernerette, abriendo los ojos, le reconoció y le besó, cayendo otra vez en su letargo. Por la noche le hicieron tomar una taza de café, y volvió en sí como si despertara de un sueño. Entonces le preguntaron cuál era el veneno de que se había servido. De pronto no quiso decirlo; pero instigada por el médico, lo confesó. Un candelero de latón que estaba sobre la chimenea mostraba las huellas de la lima; había tenido que emplear aquel espantoso medio para reforzar el efecto de una débil dosis de opio, porque el farmacéutico á quien se había dirigido no quiso darle más.

IX

Hasta pasados quince días no se halló fuera de peligro. Entonces empezó á levantarse y tomar algún alimento; pero su salud estaba destruída y el médico declaró que sufriría toda la vida.

Federico no se separó de ella ni un momento. Ignoraba todavía el motivo que le había hecho desear la muerte, y se sorprendía de que nadie absolutamente se interesarse por ella. En quince días, no compareció en aquella casa ni un pariente, ni un extraño. ¿Acaso su amante la habría abandonado en aquella circunstancia? ¿Sería aquel abandono la causa de la desesperación de Bernerette? Ambas suposiciones le parecían igualmente increíbles á Federico, y su amiga le hizo comprender que no estaba dispuesta á explicarse sobre aquel

punto. Permaneció, pues, en una duda cruel, amargado por sus recónditos celos, y sujeto por el amor y la amistad.

En medio de sus dolores, Bernerette le atestiguaba el más profundo cariño. Rebosando gratitud por los cuidados que le prodigaba, mostrábase á su lado más jovial que nunca, pero con una jovialidad melancólica y, por decirlo así, velada por el sufrimiento. Hacía todos los esfuerzos imaginables para distraerle y para persuadirle de que no la dejara sola. Si se alejaba, preguntábale á qué hora volvería. Quería que comiese á su cabecera, y adormecerse con su mano entre las suyas. Relatábale, para distraerle, mil anécdotas sobre su vida pasada; pero, cuando se trataba del presente y de su funesta resolución, permanecía silenciosa. Ninguna pregunta, ninguna súplica de Federico obtenían respuesta. Si insistía, nublábase su frente y se ponía triste.

Una noche estaba en la cama; acababan de sangrarla otra vez, y brotaba aún alguna sangre de la mal cerrada herida. Bernerette miraba sonriendo una lágrima de púrpura que rodaba por su brazo, blanco como el mármol.

— ¿Me amas siempre? dijo á Federico; — ¿no te cansan de mí todos estos horrores?

— Te amo — le respondió, — y nada podrá separarnos.

— ¿De veras? — prosigió aquélla besándole; — no me engañes; dime si es un sueño.

— No es un sueño, no, mi hermosa y querida amiga; vivamos tranquilos, seamos dichosos.

— ¡Ah! ¡no es posible, no es posible! — exclamó Bernerette con angustia. — Luego añadió en voz baja: — Y si no es posible, volveremos á empezar.

Aun cuando no hizo más que murmurar estas últimas palabras, Federico las oyó, y le hicieron estremecer. Al día siguiente las refirió á Gérard.

— Estoy resuelto — le dijo; — no sé lo que me dirá mi padre, pero yo la amo, y venga lo que viniere, no la dejaré morir,

En efecto, tomó una peligrosa resolución, pero era la única que se ofrecía. Escribió á su padre y le confió la historia de sus amores. En su carta olvidó la infidelidad de Bernerette; sólo habló de su belleza, de su constancia, de la tenacidad con que había deseado volverle á ver, y, por fin, de la horrible tentativa que había hecho contra sí misma. El padre de Federico, anciano septuagenario, amaba á su hijo único más que á su propia vida. Corrió presurosamente á París, acompañado de la señorita Hombert, su hermana, vieja solterona muy devota. Por desgracia, ni el digno hombre ni la buena tía poseían la virtud de la discreción, de modo que, desde su llegada, todas sus relaciones supieron que Federico estaba locamente enamorado de una griseta que se había envenenado por él. A continuación añadieron que Federico quería casarse con ella; los malvados hablaron del escándalo, del deshonor de la familia; á pretexto de defender la causa del muchacho, la señorita Darcy explicó cuanto sabía con los detalles más novelescos. En una palabra, pensando conjurar la tempestad, Federico la vió formarse de todos lados sobre su cabeza.

Primero tuvo que comparecer ante una reunión de parientes y amigos, y sufrir una especie de interrogatorio; no es que le trataran de culpable; por el contrario, atestiguábanle toda la posible indulgencia; pero le fué preciso descubrir su corazón y ver objeto de controversia sus más queridos secretos. Es inútil decir que no pudieron decidir nada. El señor Hombert quiso ver á Bernerette; fué á su casa, habló con ella mucho tiempo, y le dirigió mil preguntas á las que ella supo contestar con una gracia y una ingenuidad que conmovieron al anciano. Como todos, había tenido sus amoríos juveniles. Salió de la entrevista muy perturbado é inquieto. Llamó á su hijo y le manifestó que estaba decidido á hacer un pequeño sacrificio á favor de Bernerette, si ésta prometía, apenas restablecida, aprender un oficio. Federico transmitió la proposición á su amiga.

—¿Y tú qué harás?—le preguntó ésta:—¿te marchas ó te quedas?

Federico contestó que se quedaría; pero no era éste el parecer de la familia. Respecto á este punto, el señor Hombert se mantuvo intransigente. Expuso á su hijo el peligro, la vergüenza, la imposibilidad de semejante enlace, le hizo comprender, en términos benévolos y mesurados, que perdía con ello su reputación y que destruía su porvenir. Después de haberle obligado á reflexionar, empleó el irresistible argumento que constituye todo el poder paternal: suplicó á su hijo: éste prometió cuanto quiso. Habíanle agitado tantas sacudidas, tantos intereses opuestos, que no sabía qué resolver, y viendo por todas partes la desdicha, no se atrevía á luchar ni á escoger. El mismo Gérard, tan firme por lo común, buscaba en vano algún medio conveniente, y veíase obligado á decir que había que dejar hacer al destino.

Dos sucesos inesperados cambiaron de pronto la faz de las cosas. Federico se hallaba una noche solo en su cuarto, cuando vió entrar á Bernerette. Estaba pálida, y llevaba los cabellos en desorden; una fiebre ardiente hacía brillar sus ojos con inusitado fulgor; contra su costumbre, su palabra era breve, imperiosa. Según dijo, venía á obligar á Federico á que se explicara.

— ¿Quieres matarme? — le preguntó. — ¿Me amas ó no me amas? ¿Eres un niño? ¿Tienes necesidad de los demás para decidirte? ¡Estás loco consultando á tu padre para saber si puedes conservar á tu querida! ¿Qué es lo que desean esas personas? Separarnos. Si tú también lo quieres, nada te importa su opinión, y si no lo quieres, aún mucho menos. ¿Quieres marcharte? Llévame contigo. Nunca aprenderé un oficio; no puedo volver al teatro. ¿Y cómo he de volver, dado mi carácter? No quiero esperar más, sufro demasiado; decide.

Y siguió hablando en este tono durante una hora, interrumpiendo á Federico cuando quería hablar. En vano trató éste de aplacarla. Tan violenta exaltación no cedía á ningún razonamiento. Debilitada, al fin, por el cansancio, Bernerette se deshizo en llanto. El joven la estrechó entre sus brazos; era imposible resistir á tanto amor. Condujo á su amante á su cama.

— Quédate aquí — le dijo — ¡y que Dios me aniquile si te dejo arrancar! No quiero oir, no quiero ver más que á ti. Tú me reconvienes por mi cobardía, y tienes razón; pero yo decidiré, ya verás. Si mi padre me rechaza, tú me seguirás; y ya que Dios me ha hecho pobre, viviremos pobremente. Nada me importa ni mi nombre, ni mi familia, ni mi porvenir.

Estas palabras, pronunciadas con todo el ardor de la convicción, consolaron á Bernerette. Suplicó á su amigo que la acompañara á su casa á pie; á pesar de su debilidad, quería tomar el aire. Durante el camino convinieron el plan que debían seguir. Federico fingiría someterse á los deseos de su padre; pero le haría presente que con fortuna escasa no es posible atreverse con la carrera diplomática. Por lo tanto, pediría terminar su reválida; el señor Hombert es probable que cedería, á condición de que su hijo olvidase sus locos amores. Por su parte, Bernerette cambiaría de casa y así creerían que se había marchado. Alquilaría un cuarto en la calle de la Harpe ó en sus alrededores, y allí vivirían con tanta economía, que la pensión de Federico bastaría para ambos. Así que su padre se hubiese vuelto á Besançon, él se uniría con ella y vivirían juntos. Dios proveería á lo demás. Tal fué el proyecto que concibieron los dos amantes, y cuyo éxito creyeron infalible, como sucede siempre en semejantes casos.

Al cabo de dos días, Federico, después de una noche sin dormir, se fué á casa de su amiga á las seis de la madrugada. Turbábale una conversación que había tenido con su padre, quien le exigía que partiese para Berna, é iba á abrazar á Bernerette para recobrar á su lado su vacilante valor. El cuarto estaba desierto, la cama vacía. Preguntó á la portera y supo, sin ningún género de duda, que tenía un rival y que ella le engañaba.

Esta vez sintió menos dolor que indignación. La traición era demasiado palpable para que el desprecio no ocupara el sitio del amor. Al volver á su casa, escribió una larga carta á Bernerette, para aplastarla bajo

el peso de sus más amargas reconvenciones. Pero en el momento de avisarla, rompió la carta; tan miserable criatura no le pareció digna de su cólera. Resolvió partir lo más pronto posible; había un sitio vacante para el día siguiente en la diligencia de Estrasburgo; lo tomó y corrió á avisar á su padre; toda la familia le felicitó; y, por supuesto, nadie le preguntó el motivo de su súbita obediencia. Sólo Gérard supo la verdad; la señorita Darcy declaró que era una lástima, y que los hombres carecerían siempre de corazón. La señorita Hombert aumentó con sus ahorros la pequeña suma que se llevaba su sobrino. Reunióse la familia en un banquete de despedida, y Federico partió para Suiza.

X

Las distracciones y las fatigas del viaje, el atractivo del cambio, las ocupaciones de su nueva carrera, devolvieron sin tardanza la calma á su espíritu. Ya no pensaba más que con horror en la fatal pasión que estuvo á punto de perderle. Halló en la embajada la más simpática acogida; estaba bien recomendado: su semblante disponía en su favor; una modestia natural daba más valor á sus talentos, sin quitarles su relieve; muy pronto ocupó un lugar honroso, y se abrió ante sí el más risueño porvenir.

Bernerette le escribió varias veces. Preguntábale jovialmente si se había marchado definitivamente, y si pensaba regresar pronto. El, al principio, se abstuvo de contestar; pero como las cartas continuaban y se hacían más y más imperativas, perdió por fin la paciencia. Respondió y descargó su corazón. Preguntó á Bernerette, en términos amargos, si había olvidado su doble traición, y le suplicó que en lo sucesivo se abstuviese

de falsas protestas con las que no podía ya engañarle. Añadió que, después de todo, bendecía á la Providencia por haberle iluminado á tiempo; que su resolución era irrevocable, y que probablemente no volvería á Francia hasta después de una larga permanencia en el extranjero. Cuando hubo enviado esta carta se sintió más satisfecho y libre completamente del pasado. Bernerette dejó de escribirle desde entonces, y no oyó hablar más de ella.

En los alrededores de Berna vivía, en una hermosa quinta, una familia inglesa muy rica. Federico fué presentado; tres niñas, de las cuales la mayor sólo tenía veinte años, hacían los honores de la casa. La mayor era notablemente hermosa; observó en seguida la honda impresión que producía en el joven *agregado*, y no se le mostró insensible. No obstante, Federico no estaba aún curado del todo para entregarse á un nuevo amor. Empero, después de tantas agitaciones y tantos dolores, sentía la necesidad de abrir su corazón á un sentimiento puro y tranquilo. La hermosa Fanny no fué su confidente, como lo había sido la señorita Darcy; pero, sin que le relatara sus penas, ella adivinó que acababa de sufrir, y como la mirada de sus ojos azules parecía consolar á Federico, dirigíasela con frecuencia.

La benevolencia conduce á la simpatía y la simpatía al amor. Al cabo de tres meses, el amor no había llegado, pero estaba próximo á llegar. Un hombre de un carácter tan afectuoso y expansivo como Federico, no podía ser constante más que á condición de ser confiado. Gérard tuvo razón al decirle en otra época que amaría á Bernerette más tiempo de lo que creía; pero para ello hubiera sido preciso que Bernerette le amara también, al menos en apariencia. Cuando los corazones débiles se sublevan, ponen á la existencia en un conflicto; tienen que romperse ó que olvidar, pues carecen de fuerzas para conservarse fieles á un recuerdo que les hace sufrir. Federico, pues, se acostumbró de día en día á no vivir más que para Fanny; y no se tardó en hablar de ma-

trimonio. El joven no tenía una gran fortuna; pero su posición estaba hecha y tenía poderosas protecciones; el amor, que quita todos los obstáculos, peroraba por él; y quedó decidido que se pediría una gracia á la corte de Francia, y que Federico, ascendido á secretario segundo, se casaría con Fanny.

Llegó, por fin, este dichoso día; los nuevos esposos acababan de levantarse, y Federico, ebrio de dicha, estrechaba á su mujer entre sus brazos. Estaba sentado al lado de la chimenea; un chisporroteo de la lumbre y una llamarada le hicieron estremecer. Por un caprichoso efecto de la memoria, se acordó del día en que por primera vez se había hallado de aquel modo con Bernerette, al lado de la chimenea de su cuartito. Dejo los comentarios de esta extraña casualidad á aquellos cuya imaginación se complace en admitir que el hombre presiente su destino. En aquel momento entregaron á Federico una carta timbrada en París, que le anunciaba la muerte de Bernerette. No tengo necesidad de describir su sorpresa ni su dolor; me contentaré con poner á los ojos del lector la despedida de la pobre muchacha á su amigo: en ella se hallará la explicación de su conducta en pocas líneas, escritas con este estilo semijovial semitriste que le era peculiar.

«¡Ay! Federico, bien sabías que no era más que un sueño. No podíamos vivir tranquilamente y ser dichosos. Quise marcharme de aquí; pero recibí la visita de un joven que había conocido en provincia, en el tiempo de mi gloria; en Burdeos estaba loco por mí. No sé donde supo mi dirección; vino y se echó á mis pies, como si yo fuera todavía una reina de teatro. Me ofreció su fortuna, que no es gran cosa, y su corazón, que no vale absolutamente nada. Esto era al día siguiente ¿te acuerdas, amigo? Tú me habías dejado repitiéndome que partías. Yo no estaba muy alegre, ni muy segura de dónde tenía que comer. Me dejé conducir; desgraciadamente no pude aguantar; había hecho llevar mis zapatillas á su casa: mandé á buscarlas y me decidi á morir.

»Sí, mi pobre amigo, quise dejarte. Yo no podía vivir de aprendiza. Sin embargo, la segunda vez estaba decidida. Pero tu padre volvió á mi casa: esto es lo que ignoraste. ¿Qué querías que le dijese? Prometí olvidarte; y me volví á casa de mi adorador. ¡Ah! ¡cuánto me he fastidiado! ¿Es culpa mía que todos los hombres me parezcan feos y brutos desde que te amo? No obstante, no puedo vivir del aire. ¿Qué quieres que le haga?

»No me mato, amigo mío, me acabo; no se pierde gran cosa. Mi salud es deplorable, y está destruída para siempre. Todo esto nada sería sin el fastidio. Dicen que te casas: ¿es hermosa? Adiós, adiós. Acuérdate, cuando haga buen tiempo, del día en que regabas las flores. ¡Ah! ¡qué pronto te amé! Al verte sentía un sobresalto, y palidecía. Fuí muy dichosa contigo. Adiós.

»Si tu padre hubiese querido, no nos hubiéramos separado nunca; pero tú no tenías dinero: esta era la desgracia; y yo tampoco. Aun cuando hubiera estado en casa de una planchadora, no lo hubiera podido soportar; ¿qué quieres? ya van dos veces que lo pruebo... y nada: no me sale bien.

»Te aseguro que mi deseo de morir no es porque esté loca: tengo mis razones. Mis padres (que Dios perdone) han vuelto aún. ¡Si supieras lo que quieren hacer de mí! Da asco ser juguete de la miseria y verse importunar así. Cuando nos amamos la otra vez, si hubiésemos observado más economía hubiera sido mejor. Pero tú querías ir al teatro y divertirnos. ¡Qué noches tan buenas pasamos en la Cabaña!

»Adiós, querido, por última vez, adiós. Si mi salud fuera mejor, hubiera vuelto al teatro; pero apenas si tengo aliento. No te acuses nunca de mi muerte; comprendo que si hubieses podido, no hubiera sucedido nada de esto; yo así lo comprendía y no me atrevía á decirlo; vi cómo se iba preparando todo, pero no quería atormentarte.

»Te escribo en una noche muy triste, más triste,

créelo, que la noche en que me viniste á llamar y me hallaste fuera de casa. Nunca te había creído celoso; y cuando supe que estabas irritado, me dió pena y alegría. ¿Por qué no me esperaste para probarme tu autoridad? Hubieras visto la cara que ponía al volver de mi afortunada aventura; pero es igual; tú me amabas más de lo que me decías.

»Quisiera acabar y no puedo. Me agarro á este papel como á un resto de vida; voy apretando las líneas; quisiera reunir todas mis fuerzas y enviártelas. No, tú no has conocido mi corazón. Tú me has amado porque eres bueno; venías por piedad, y un poco también por tu gusto. Si yo hubiese sido rica, no me hubieras dejado: esto es lo que me digo: y es la única cosa que me da valor. Adiós.

»¡Ojalá que tu padre no tenga que arrepentirse del mal de que ha sido causa! Ahora, lo comprendo, ¡qué no daría yo para saber hacer algo, para tener un medio de ganarme la vida con mis manos! Es demasiado tarde. Si cuando se es niño pudiera verse la vida en un espejo, yo no acabaría así; tú me amarías aún, pero tal vez no, puesto que te vas á casar.

»¿Cómo pudiste escribirme una carta tan dura? Exigiéndomelo tu padre y marchándote tú, no creía hacer ningún mal buscando otro amante. Nunca he sentido cosa igual, ni jamás he visto cosa más divertida que su cara, cuando le declaré que me volvía á mi casa.

»Tu carta me ha desolado, me quedé al lado del fuego durante dos días, sin poder pronunciar una palabra, sin moverme. Nací muy desgraciada, amigo mío. No puedes imaginar cómo Dios misericordioso me ha tratado desde los pobres veinte años que existo: parece una prueba. De niña, me pegaban, y cuando lloraba, me mandaban fuera: «Vé á ver si llueve», decía mi padre. Cuando tenía doce años me hacían cepillar tablas; y cuando fuí mujer ¡me persiguieron! Mi vida ha transcurrido procurando vivir, para ver al final que hay que morir.

»¡Dios te bendiga, tú que me has dado mis únicos días felices! Contigo he respirado una ráfaga de aire. ¡Dios te lo pague! ¡Sé dichoso y libre, amigo mío! ¡Sé amado como te ama tu moribunda, tu pobre Bernerette!

»No te aflijas; esto se acaba. ¿Te acuerdas de una tragedia alemana que me leías una noche en nuestra casa? El protagonista de la obra pregunta: «¿Qué hemos de gritar mientras muramos? — *¡Libertad!*» —responde el pequeño Jorge. Tú lloraste al leer esta palabra. Llora; es el último grito de tu amiga.

»Los pobres mueren sin hacer testamento; no obstante, yo te mando un rizo de mis cabellos. Un día que el peluquero me los quemó con sus tenacillas, recuerdo que querías pegarle. Ya que no querías que me quemaran los cabellos, tampoco echarás al fuego este rizo.

»Adiós, adiós una vez más, para siempre.

»Tu fiel amiga

»BERNERETTE.»

Alguien me ha dicho que después de haber leído esta carta, Federico había atentado contra su vida. No lo explicaré aquí; los indiferentes hallan con frecuencia ridículos estos actos, cuando se sobrevive á ellos. Los juicios del mundo son tristes bajo este aspecto; se burla del que intenta morir, y el que muere es olvidado

FIN DE FEDERICO Y BERNERETTI

Biblioteca de Autores Americanos

OBRAS PUBLICADAS

Adoración, por Álvaro de la Iglesia.

Malos amores, por Felipe Sassone.

Caprichos, por Rodrigo de Rahaványez.

Azul..., por Rubén Darío.

Por el camino, por Adrián del Valle.

La transformación de las razas en América, por Agustín Alvarez.

Los simuladores del talento, por José María Ramos Mejía.

Ideaciones, por Juan Mas y Pi.

Mar y cielo, por Luis Reyna Almandos.

Las rosas del deseo, por Juan Julián Lastra.

La túnica de sol, por Luis María Jordán.

Bárbaros y europeos, por José León Pagano.

Cómo estrenan los autores, por José León Pagano.

Resonancias del camino, por Juan Zorrilla de San Martín.

Huerto cerrado.—Mitre.—Gómez.—Lavalleja, por Juan Zorrilla de San Martín.

EN PRENSA

Historias íntimas, por Joaquín V. González.

Vibraciones, por Juan Bautista Gómez.

Leyendas y parábolas, por Salvador Barrada.

Precio de cada volumen. . . . . 8 reales

Los mismos, elegantemente encuadernados en tela. . . . . 10 »

BIBLIOTECA DE ENSEÑANZA POP

Huxley.—Introducción al estudio de la Ciencia.
Meunier.—Historia del Arte.
Dufour.—Diccionario de las falsificaciones.
Ferrière.—El darwinismo.
F. Paulhan.—La fisiología del espíritu.
L. Brothier.—Historia de la Tierra.
P. Secchi, Briot, Wolf, Delaunay y Tisserand.—Las estrellas y los cometas.
Flammarión.—Astronomía popular.
Flammarión.—A tr espacio.
Flammarión.—¿Qu Cielo?
Flammarión.-Los ter
J. Lemonnier.—Higi cocina.
Zaborowsky.—Los desaparecidos.
Seriex y Mathieu.—holismo y sus estra
Amigues.—Excursi lestes.
A. Acloque.—Los insec judiciales.

EN PREPARACIÓN

Mahaffy.—La antigüedad griega.
Wilkins.—La antigüe mana.

Precio de cada tomo á la rústica . . . . . 0'50
» » » en tela . . . . . 0'75

LA ACTUALIDA

REVISTA MUNDIAL DE INFORMACIÓN GRÁFICA

Publicación semanal **Año IV de su publ**

REGALA un

Diccionario Enciclopédico de la Lengua Caste

profusamente ilustrado

¡¡15 céntimos!! 36 páginas profusamente ilustradas ¡¡15 cént

Suscripción: España, trimestre, 2 ptas. - Extranjero, un año, 12

Se remite GRATIS un ejemplar á quien lo solicite

Redacción y Administración: Diputación, 344 — BARCELONA — Talleres: Paseo de San

3 0112 098518696